Cuando Pecadores Dicen



Descubriendo el Poder del Evangelio para el Matrimonio

DAVE HARVEY

PRÓLOGO POR PAUL DAVID TRIPP

Cuando Pecadores Dicen, "Acepto"

Descubriendo el Poder del Evangelio para el Matrimonio

Dave Harvey

Shepherd Press
Wapwallopen, Pennsylvania

Para Kimm,

Por convertir todos mis lamentos en “¡Ay! nana, nana”

Veinticinco años después,

todavía no puedo creer que dijiste “¡Acepto!”

Table of Contents

Reconocimientos

Para algunas almas talentosas, el escribir es un ejercicio solitario que brota en reclusión. Me maravillo al ver eso, porque yo soy lo opuesto. John Piper escribió en cierta ocasión, “La perseverancia en la fe es un proyecto comunitario.”[1] Así es para mí el escribir.

Permítame presentarle a la comunidad de personas sin quienes, simple y sencillamente, no hubiera escrito o terminado este libro. La primera tanda de agradecimientos es para el círculo cercano—aquellos que aceptaron la misión editorial de hacer de mis escritos algo mucho mejor de lo que son. Por más de dos décadas, Andy Farmer ha demostrado ser no sólo un amigo confiable, sino también un hombre que toma lo que digo y lo hace descifrable. Kevin Meath, editor extraordinario para Ministerios Gracia Soberana al momento que escribí esto, hizo a un lado una acumulación de proyectos para servir en este proyecto. Su trabajo editorial resultó en un mejoramiento notable. Erin Sutherland, mi secretaria excepcional, superó las obligaciones de su deber al contribuir con su abundante talento en casi cada aspecto de este proyecto. A este círculo de colegas, un simple agradecimiento parecerá bastante insuficiente.

Entre aquellos que se unieron a la comunidad desde una distancia está C.J. Mahaney, quien demostró su célebre bondad al aconsejarme durante todo el proyecto. Indiscutiblemente el ojo entrenado de Rob Flood para la redacción, acentuado por su servicio con Family Life Ministries (ministerios dedicados a la vida familiar), aumentó la calidad de este proyecto. Trish Donohue también tuvo la gentileza de dejar a un lado los deleites de la domesticidad por un tiempo para ayudarnos con el desarrollo de uno de los capítulos.

Si a usted le gustó la fotografía en la portada tanto como a mí, un aplauso para David Sacks, quien ve el mover de Dios a través de un lente de su cámara y quien despejó su ocupada agenda para servir. El equipo pastoral de la iglesia Covenant Fellowship merece un agradecimiento particular, no simplemente por reestructurar sus compromisos para liberarme un poco, sino también por concederme el indescriptible honor de dirigirlos durante los últimos diecisiete años. Y finalmente, mi familia—Kimm, Tyler, Alyce, Asa y Shelby—sin cuyo amor y apoyo, este libro sería un desperdicio de palabras.

Esa es la comunidad que me ayudó. Ahora, sé que es costumbre liberar a esta

gente de responsabilidad por las deficiencias de este libro, pero me parece que un libro no convencional amerita un método diferente. Así que, si a usted no le gusta el libro, es culpa de ellos.

Prólogo

Habían venido conmigo para recibir consejos. Ahora Jeff y Ellie estaban frente a mí sentados en los extremos opuestos del sillón. Se sentía una fuerte tensión. Habían estado casados por quince años, y habían llegado al punto de apenas poder decirse una palabra cortés. Casi todo lo que decían era una acusación, sus palabras lanzadas con enojo extremo. Mi corazón se entristeció. Yo sabía que antes se habían adorado. Yo sabía que antes habían vivido para aferrarse a las palabras que decían mutuamente y que en el pasado su deleite era estar juntos. Y aunque habían anticipado su matrimonio con emoción y esperanza, ahora les era un motivo de enojo (¡“No puedo creer que el/ella me hizo esto”!) y de lamento (¡“Quisiera nunca haberme casado”!).

Dave Harvey sabe exactamente lo que está mal con esta pareja. Él sabe lo que los llevó a pasar de adoración a aspereza y sabe cómo llevarlos a donde Dios diseñó que estuviera su matrimonio. Pienso que eso es lo que va a ser de ayuda práctica en este libro que usted va a leer. Está escrito por un hombre que entiende. No es porque sea pastor (aunque ello definitivamente ayuda), o un buen teólogo (aunque este libro es rico en teología), o que entienda la destrucción y restauración de un matrimonio. No—él entiende lo que está mal en los matrimonios de todos los Jeff y Ellie del mundo porque está dispuesto a verse a sí mismo en el espejo de la Palabra de Dios y a reconocer lo que allí ve. Se ha dicho que el mejor pastor es el que está dispuesto a escuchar su propia enseñanza.

Este libro comprende el drama central de cada pareja casada. Este drama no respeta raza, origen étnico, ubicación, o período en la historia y es lo único que explica la fatalidad y la esperanza de cada relación humana. Este tema se encuentra en cada página de este libro de alguna manera. ¿Cuál es este drama? Es el drama del pecado y de la gracia.

¿Qué hacemos todos en nuestros matrimonios de alguna forma u otra? Todos tendemos a negar nuestro pecado (mientras señalamos el del otro). Al negar

nuestro pecado le quitamos valor a la gracia. Lo importante de este libro es que al nivel de entrar a los pasillos y cuartos familiares de la vida diaria, es muy honesto acerca del pecado y muy alentador acerca de los asombrosos recursos de la gracia de Dios en Jesucristo.

No puedo sino desear que Jeff y Ellie hubieran leído este libro. Me hubiera gustado yo mismo haberlo leído años atrás, porque vez tras vez me ví reflejado en él.

Este libro me recordó de nuevo algunas cosas muy importantes. Me recordó que yo soy mi problema matrimonial más grande (difícil de aceptar, pero bíblicamente cierto). Me recordó, de manera muy práctica, que Jesús es la única solución. Me animó a recordar que la gracia hace posible nuevos comienzos. Y me retó a vivir como si realmente creyera que puedo ser un instrumento de la gracia de Dios en la vida de Luella.

No importa si usted está esperando casarse o si ha estado casado por muchos años. Hay una cosa de la que estoy seguro—su relación no es perfecta. Y porque no lo es, usted y su cónyuge necesitan verse en el espejo de la Palabra de Dios una vez más. Este libro les va a ayudar a hacer precisamente eso.

Paul David Tripp
13 de abril, 2007

Prefacio

Tal vez tenga curiosidad sobre el hombre que escribiría un libro titulado *Cuando Pecadores Dicen "Acepto."* Mi nombre es Dave y ...bueno ...soy pecador. Haber dicho "acepto" hace veinticinco años a mi hermosa esposa no resolvió ese problema, lo multiplicó por diez. Las personas comprometidas a veces se pueden preguntar si la palabra "acepto" tiene poderes mágicos que nos encantarán y nos transformarán en personas instintivamente no egoístas y afectuosas. No los tiene. ¿Hubiera yo dicho "Acepto" si hubiera sabido lo que "acepto" realmente significaba? Sin duda. ¿La amplia sonrisa en mis fotos de boda se percibiría un poco menos confiada y un poco más, cómo lo digo, desesperada? ¡Con toda certeza!

¿Qué quiero comunicar cuando digo que soy pecador? Imagínese a un hombre llevando túnica de penitente, postrado en el suelo, echando tierra sobre su cabeza en vergüenza.

No, olvide eso. Imagínese mejor lo siguiente.

Antes yo tenía un sistema infalible para aspirar mi coche. Con sólo cincuenta centavos y cuatro minutos, yo podía utilizar mis tapetes como mesa de quirófano. La clave se encuentra en la colocación de las alfombrillas, en pies ágiles, y en puertas abiertas. Una vez que la máquina cobraba vida, yo trabajaba como un agujero negro humano, chupando con la aspiradora todo lo que no estaba atado al coche. Claro que había un costo—perdí papeles importantes, cheques y hasta una o dos mascotas—pero siempre hay víctimas en el mantenimiento de un sistema con orden. Era mi manera de hacerlo. La única manera.

¿Nunca le ha pasado que está tan dedicado a su manera de hacer las cosas que eso le vuelve pues ...medio tonto?

Un día en el lavado de coches, deposité mis dos monedas y giré rápido a trabajar sólo para golpearme la rodilla contra la puerta abierta. El contundente impacto a mi rodilla fue tan agudo que mis piernas se doblaron. Mientras gemía allí pos-trado, el zumbido tenue de la aspiradora penetró mi conciencia recordándome que segundos preciosos se me estaban escapando. Sabía que el "Sistema Limpia-Autos de Cuatro Minutos" de Dave estaba en peligro. Mareado con dolor y asiendo mi rodilla punzante, tambaleante, me puse de pie y me arrojé dentro del auto. Todavía se habla de ese espectáculo en el servicio de lavado de autos. Pero, que conste en el acta que exitosamente limpié el auto entero en los

cuatro minutos requeridos. Es obvio que tengo un ánimo un tanto ridículo para competir.

Tal vez piense que un hombre que ha aconsejado a parejas por más de veintiún años ya debiera haber superado ese tipo de conducta. Continúe leyendo—es peor de lo que piensa.

Tengo problemas de control. Agréguele a eso que me encanta tener la razón. Eso quiere decir que tiendo a ver las opiniones de los demás como inferiores. Odio estar equivocado. También, a veces lo que la gente piensa de mí determina lo que hago. Me preocupo por problemas que no puedo resolver. Descubrirá mucho más acerca de mi conjunto particular de motivaciones mixtas a través de este libro. Pero le aseguro que cuanto más a mí me conozca más admirará a mi esposa.

Encontré un pasaje en la Biblia que describe mi mayor problema y el reto más grande en mi matrimonio. "Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, pues éstos se oponen el uno al otro, de manera que no podéis hacer lo que deseáis" (Gálatas 5:17).

Lo que me encanta de este pasaje no es sólo que describe mi vida tan bien, sino que fue escrito por alguien que podría suponerse que ya habría resuelto los problemas de pecado en la vida. ¿No fue Pablo el que escribió, "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:13)? Cierto, pero también es el que confesó, "¡Miserable de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?" (Romanos 7:24).

¿El apóstol Pablo era miserable? ¿Cómo es que funciona eso? Vaya, ha de haber sido muy malo. Pero qué si le digo que un gran matrimonio—una unión que glorifica a Dios, que inspira el alma y que perdura toda la vida—brota de la convicción de que somos pecadores igual que Pablo. ¿Eso le intriga lo suficiente como para seguir con el próximo capítulo? Para allá vamos si tiene el valor para acompañarme. ¿Le provoca curiosidad?

Déjeme ayudarle con algo que me ha ayudado a mí. El decir "soy un pecador" es encarar audazmente la realidad fundamental a la que mucha gente ni siquiera quiere voltear a ver. Mas cuando reconocemos esa realidad dolorosa en nuestras vidas, se aclaran varias cosas importantes. Nos encontramos en buena compañía—los héroes de la fe, desde el Antiguo Testamento al presente, quienes experimentaron la lucha contra el pecado en el frente de la batalla. También reconocemos lo que todos a nuestro alrededor ya saben, en particular nuestros cónyuges. Pero, sin duda, el mayor beneficio de reconocer nuestra

pecaminosidad, es que hace que Cristo y su obra sean preciosos para nosotros. Como dijo Jesús, "Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento" (Lucas 5:31–32). Sólo los pecadores necesitan un Salvador.

Si usted está casado, o pronto se casará, está descubriendo que su matrimonio no es una novela romántica. El matrimonio es la unión de dos personas quienes llegan cargando el bagaje de la vida. Y ese bagaje siempre contiene pecado. A menudo se abre en la misma luna de miel, y a veces espera hasta la siguiente semana. Pero las maletas siempre están allí, a veces haciendo tropezar a sus dueños, a veces abriéndose sin aviso y desparramando su contenido olvidado. No debemos ignorar nuestro pecado, porque es el contexto en el cual el evangelio luce más brillante.

Esto me conduce al punto central de este libro. *Cuando Pecadores Dicen "Acepto"* no es un pensamiento deprimente. Este libro reconoce que para llegar al corazón del matrimonio debemos tratar con el corazón del pecado. Un gran pastor alguna vez dijo, "Hasta que el pecado sepa amargo, Cristo no será dulce."[1] Éste descubría una verdad profunda del evangelio. Hasta que entendamos el problema, no podremos deleitarnos en la solución. La gracia es verdaderamente asombrosa por causa de aquello de lo que fuimos salvos.

Creo que hay una aplicación fuerte aquí: *cuando el pecado se vuelve amargo, el matrimonio se vuelve dulce.* Cuando el pecado que traemos al matrimonio se vuelve real para nosotros, entonces el evangelio se hace vital y el matrimonio se vuelve dulce.

¿Le causa temor? Claro que sí. Pero el evangelio es la buena nueva que resuelve el problema de las malas noticias. El mismo pecado que usted teme ver es precisamente la razón por la cual Cristo murió en su lugar. El evangelio convierte nuestro temor en alabanza.

Mi pecado, oh, ¡la dicha de este pensamiento glorioso!
Mi pecado, no en parte sino todo
Está clavado a esa cruz, y ya no lo llevo yo
¡Alaba al Señor, Alaba al Señor, oh alma mía!

Si ya no nos tenemos que preocupar por la vida venidera, ¿por qué entonces no trabajar en mejorar la vida actual? Su matrimonio se puede construir o reconstruir sobre un fundamento sólido y perdurable. Pero debemos comenzar en donde comienza el evangelio; allí está la esperanza para los pecadores que dicen,

“Acepto”.

Capítulo Uno

Lo que realmente importa en el matrimonio

Teólogos ante el altar

Un despliegue de coloridas luces adornó el santuario al momento en que las puertas se abrieron. Un himno procesional se unió al dulce aire primaveral que entraba suavemente por las ventanas abiertas. La madera negra de los bancos crujía al ritmo de la tradición, el decoro y la decencia, mientras amigos y familiares se ponían de pie.

Temblando imperceptiblemente, con el labio entre los dientes para calmarse, la novia empezó su marcha—una marcha que había ensayado en su desván por dos décadas. Su destino era un joven entusiasmado, un manojo de energía vestido con un traje de etiqueta. Una sonrisa había secuestrado su cara y sus ojos bailaban con deleite mientras contemplaba acercarse a su novia.

El ministro que oficiaba inclinó su cabeza en un gesto de aprobación mientras padre e hija hicieron la transferencia ceremonial, colocando la mano de la hija en la del novio. “Si hay alguien aquí,” anunció el pastor, “que puede presentar razón por la cual no se deben unir este hombre y esta mujer, ¡que hable ahora o que calle para siempre!” Todos esperaban en cortés anticipación mientras el ministro pausó, respetando esta obligación de la costumbre. De repente la voz de un anciano penetró el atento silencio.

“¿Cómo saben?”

Estaba parado atrás, agarrado del banco frente a él, sus ojos penetrantes ardientemente apasionados. “Con todo respeto,” apeló, cuando cada rostro volteó a verlo.

“Pero, ¿cómo pueden saber—digo, realmente saber—que este matrimonio va a funcionar?”

Su tono era serio, pero no insolente. Su exabrupto tal vez fue sorprendente para la congregación, pero era completamente sincero.

Luego, en voz baja y con los ojos viendo hacia abajo, sus últimas palabras salieron lenta y deliberadamente.

¿Cómo ...cómo puede alguien saber?”

Algunos miraron a este hombre con curiosidad. Otros indignados lo miraron con ojos feroces. Y mientras su inesperada pregunta hacía eco en las vigas, parecía que el tiempo se hubiera congelado, mientras docenas de personas formularon sus respuestas en silencio, cada una escuchando su propia voz en su propia mente.

Están enamorados—el amor triunfa sobre todo, pensó la dama de honor.

La compatibilidad es la clave. Este matrimonio es una garantía, pensó un amigo mutuo.

El pastor de jóvenes, quien los había servido en años anteriores y conocía a ambas familias desde hacía muchos años, se dijo, *Tiene todo que ver con la crianza. Estos jóvenes irán lejos porque ambos vienen de buenas familias.*

El tío Roberto, el Contador Público, acomodó su corbata y se rió entre dientes. ¿Tienes una idea de lo que será su portafolio de inversiones en unos pocos años, amigo? Una buena planeación financiera elimina el factor más amenazante a matrimonios sanos.

Han leído todo libro que existe sobre el matrimonio—¿qué más necesitan saber? se preguntaba el padrino de honor.

Con el fin de rescatar la ceremonia el pastor interpuso su solución. “Qu...eridos hermanos, estamos reunidos aquí para consagrar este matrimonio a Dios. Él lo hará funcionar. Oremos ...”

Buena pregunta, buenísima respuesta

Imagínese que esta historia fuera verídica. ¿Qué pensaría? ¿Quién tiene la razón? ¿Todos? ¿Ninguno? ¿Qué hubiera pasado por su mente en ese momento?

Aun más importante, ¿qué le respondería a ese anciano si a usted le hiciera esa misma pregunta acerca de su matrimonio ahora? Tal vez para usted la pregunta no es tanto, “¿Funcionará?” sino más bien, “¿Puede mi matrimonio llegar a ser todo lo que debería ser?”

Si está leyendo esto, es obvio que para usted es importante esa pregunta. Nuestras metas en el matrimonio no se limitan a “¿perdurará?” o “¿funcionará?” Lo que la gente anhela en estas relaciones tan significativas es que un

matrimonio prospere y crezca aun en tiempos difíciles. Así que me gustaría presentar una respuesta que tal vez no se le haya ocurrido. Es una respuesta que refleja la idea central de todo este libro.

Antes que nada, permítame comentar que tienen mérito todas las respuestas dadas por los asombrados invitados en nuestra boda imaginaria: amor, compatibilidad, buena crianza, buena planeación, conocimiento, una fe compartida. Cada uno es un componente de gran ayuda y hasta indispensable para un matrimonio floreciente. Tal vez usted pueda pensar en otras respuestas igualmente buenas.

Pero hay una respuesta que respalda todas las demás, y las hace colaborar de la mejor manera posible. Es una respuesta tan amplia que vamos a pasar el resto de este libro desarrollando algunas de sus implicaciones. A lo mejor no suena tan estremecedora al principio, pero según las Escrituras y todo lo que he aprendido siendo pastor por los últimos veintiún años, le aseguro que esta verdad puede sacudir su mundo.

Aquí se la presento: Lo que creemos acerca de Dios determina la calidad de nuestro matrimonio.

No se me pierda

Permítame tomar un momento para explicarlo. Todo el mundo ve la vida desde una perspectiva—lo que algunos llaman la cosmovisión. Nuestra cosmovisión se forma a través de muchas cosas: nuestra cultura, nuestro género, nuestra crianza, nuestra situación actual, etc. El factor más profundo que determina la cosmovisión de cualquier persona es su entendimiento de Dios. Lo que una persona cree acerca de Dios determina lo que él o ella piensa acerca de cómo llegamos a estar aquí, cuál es nuestro propósito, y qué nos pasa cuando morimos. Entonces, básicamente, nuestra cosmovisión, nuestra perspectiva de la vida, está determinada por nuestra perspectiva de Dios. Y cuando hablamos acerca de la teología, realmente estamos hablando de lo que pensamos acerca de Dios. Lo que usted realmente cree acerca de Dios y de lo que significa vivir para Dios *es* su teología. En otras palabras, los teólogos no son solamente ancianos muy inteligentes en seminarios, u hombres muy inteligentes ya muertos y reposando en cementerios ...¡usted es un teólogo también! Escuche a lo que dice un teólogo bien conocido en nuestros tiempos, R.C. Sproul:

> Ningún cristiano puede evitar la teología. Cada cristiano es un teólogo. Tal vez no en el sentido técnico o profesional, pero no obstante, teólogo. La pregunta para los cristianos no es si vamos a ser teólogos, sino si vamos a

ser buenos o malos teólogos.[1]

¿Qué tipo de teólogo es usted? No es difícil saberlo. Nos demos cuenta o no, nuestras ideas en cuanto a la vida, necesidades, matrimonio, romance, conflicto, y todo lo demás se revelan continuamente en nuestras palabras y acciones, inevitablemente reflejando nuestra perspectiva de Dios. Si usted presta atención, verá que la teología brota de nuestros labios todos los días. A ver si lo reconoce en este fragmento de conversación.

"¡Cómo me frustra cuando haces eso!"

"¡Ah si! ¡Pues ni modo! Así soy yo—no es mi culpa que mi forma de ser te presione todos tus botones equivocados."

"Te digo que realmente no te importan mis necesidades."

"¿Tus necesidades? ¿Y qué de mis necesidades? ¿Aparentemente mis sentimientos no tienen valor en este matrimonio."

"¿Por qué no puedes confiar en mí?"

¿Un duelo de palabras típico en el matrimonio? Tal vez. Pero es mucho más que eso. Tales declaraciones tan sencillas, que cada persona casada pudiera pensar (aun si no siempre las decimos), provienen de corazones que han aceptado ciertas suposiciones acerca de quiénes somos, qué necesitamos, lo que realmente importa, y cómo entra Dios en todo ello. En una conversación como esta, a la teología se le saca de la cochera y se le lleva a dar un paseo.

Tal vez no sea muy obvio ahora pero espero que quede claro a medida que progrese este libro. Un buen cónyuge-teólogo cotidiano puede ver en esta conversación cuáles son las creencias acerca de Dios y de uno mismo, de problemas y relaciones, y del bien y el mal que están siendo fervientemente defendidas y alegadas. Se encuentran en el término, "frustra". Se revelan en los puntos de referencia "mis necesidades". Y se muestran en las suposiciones subyacentes "así soy yo".

Así que no cabe duda. La manera en que un marido y mujer construyen su matrimonio día a día y año tras año se forma fundamentalmente por su teología. Gobierna cómo piensan, lo que dicen, y cómo actúan. Su teología gobierna su vida entera. Y determina cómo viven dentro de su matrimonio.

Primero lo primero: alinear los botones

¿Nunca se ha abrochado mal los botones de la camisa? Ya sabe, de manera que los ojales y los botones no coinciden y la camisa se ve como si un niño de

primaria se la hubiera puesto. (Es sólo una corazonada, pero creo que esto sólo les sucede a los hombres.) Me sucedió a mí recientemente. Metí el primer botón en el ojal equivocado y le seguí hasta que estaba luciendo una moda horripilante. Lo que da risa es que, yo pensé que me veía muy bien—tal vez tenía un botón adicional al final de la camisa, pero era obvio que eso era defecto de la camisa.

Momentos así ponen a mi esposa Kimm en una situación difícil. *¿Se la arreglo otra vez?* considera *¿o dejo que los muchachos en la oficina lo disfruten?* Esta vez tuvo misericordia, y todos mis botones quedaron bien abrochados.

Es impresionante cuan distorsionado y desaliñado se puede ver uno al equivocarse con ese primer botón. Si empieza mal, ya no hay manera de remediar el problema. Atinarle al primero es la clave para atinarle a todo lo demás.

El matrimonio es como esa camisa. Si uno hace bien las primeras cosas, entonces los muchos otros “botones” del matrimonio—la comunicación, el resolver conflicto, el romance, los roles—todos empiezan a alinearse de tal manera que sí funciona.

¿Cuál es el primer botón en el matrimonio? Correcto ...¡la teología! Pero ¿cómo se identifica una teología “bien abrochada”? Vamos a hablar brevemente de tres de los componentes más importantes de una sólida y bíblica teología del matrimonio.

El fundamento de su matrimonio—la Biblia

Para ser un buen teólogo y por lo tanto un buen cónyuge, debemos estudiar a Dios como Él realmente es. Debemos adquirir nuestro entendimiento e interpretación de Dios y de la realidad de las Escrituras. Es en las Escrituras donde Dios se revela verazmente—su carácter, su obrar, su corazón, y su plan glorioso y redentor. Y lo más profundo de todo es que en la Biblia encontramos a Dios como Él finalmente se dio a conocer en la persona de Jesucristo. Cristo es “la verdad” (Juan 14:6). Conocerlo a Él es conocer la verdad. Los matrimonios fundados en la verdad están intrínsicamente centrados en Cristo.

Obviamente vivimos en tiempos en que el significado del matrimonio está en el aire. Desligado de toda fuente de autoridad, el matrimonio sigue a la cultura, sin importar a dónde vaya la cultura. Después de una noche loca de fiesta, una estrella del pop se casó para luego anular el matrimonio a la mañana. Tal vez para ella el matrimonio sólo fuera algo divertido que hacer por un par de

horas, no muy diferente a pasear una tarde en un centro comercial o ir un rato a Starbucks. Sólo un capricho espontáneo. No pasa nada.

Es por esto que la Biblia es tan importante. Siendo la Palabra de Dios, infunde el matrimonio de importancia eterna y gloriosa. También habla con autoridad acerca de lo que un matrimonio debiera ser. Es a la vez el estándar de evaluación y la clave para el gozo en el matrimonio. Es una cosa maravillosa y liberadora el darse cuenta de que la durabilidad y la calidad *de* su matrimonio no depende finalmente del vigor de su compromiso *a* su matrimonio. Más bien, depende de algo completamente *aparte de* su matrimonio: la verdad de Dios; una verdad que encontramos sencilla y claramente en las páginas de las Escrituras.

Conozco a un ingeniero con un trabajo demasiado complicado como para que yo siquiera lo empiece a entender. Hace poco me contó de un programa informático con un manual operativo que requería una explicación personal del creador del programa. Ingenieros de todas partes del mundo volaron para reunirse con este inventor para tener sesiones sobre cómo interpretar el manual y usar el programa. La razón de esto era estar con el creador del programa quien había escrito el manual y quien, por tanto, tenía la autoridad para hablar de ello. ¡Buen punto de partida! Me suena lógico.

Suena lógico en el matrimonio también. Dios creó el "programa" del matrimonio, escribió el "manual operativo", y es fiel a explicarlo. Él es la única autoridad confiable y fidedigna sobre el tema del matrimonio. Como el "inventor" (vea los primeros dos capítulos de Génesis), Él sabe cómo funciona y sabe cómo hacerlo durar. Señor sobre el matrimonio, Él nos ha dado todo lo que necesitamos para la vida y la piedad—y para el matrimonio—en su Palabra.

La Biblia es la base para un matrimonio fructífero.

La fuente de su matrimonio—el Evangelio

Si queremos vivir teniendo la Biblia como la base para el matrimonio, debemos asegurarnos de que estemos bien claros acerca de qué se trata realmente. He aquí una breve visión general de la perspectiva de la Biblia.

Bueno, vamos a ver.En los primeros dos capítulos de Génesis vemos que Dios creó al hombre y a la mujer para que vivieran dependiendo de Dios y para Su gloria. Sin embargo, después de tres capítulos de la Biblia, se han apartado de Dios hacia ellos mismos—el pecado ha entrado al panorama. Como resultado directo, han perdido la relación extraordinariamente personal que gozaban con Dios—un rompimiento que afectaría a cada persona que existiera después de

ellos. Muchas, *muchas* páginas después, al final del libro de Apocalipsis, Dios ha restaurado por completo, la relación personal que fue perdida por Adán y Eva, y ha creado un cielo nuevo y una tierra nueva para su pueblo.

Veamos—en la antigüedad había una relación que se rompió por el pecado. Luego, en un momento futuro sería removido el pecado y restaurada por completo la relación. Hay un patrón bastante claro allí. Ahora, ¿qué sucede con los sesenta y cuatro libros de por medio? Sucede el evangelio. Dios envió a su Hijo como respuesta al problema del pecado, no sólo como un ejemplo de bondad moral o para enseñarnos cómo vivir, sino para sobrellevar el juicio por el pecado prometido en Génesis 3, a fin de que pudiéramos vivir en una relación restaurada con Dios para siempre.

El evangelio es el corazón de la Biblia. Todo lo que está en las Escrituras es una preparación *para* el evangelio, una presentación *del* evangelio, o una participación *en* el evangelio. En la vida, muerte, y resurrección de Cristo, el evangelio provee una solución final para nuestro pecado—para hoy, para mañana, para el día en que estemos delante de Dios, y para siempre.

Realmente no hay fin a las glorias del evangelio, y es por eso que pasaremos la eternidad maravillándonos de que un Santo Dios eligiera humillar a su hijo primogénito por el bien del hombre pecador. El evangelio explica nuestro problema más obvio y más básico—el pecado nos ha separado de Dios y de los demás. Así que somos objetos de ira. Un cristiano entiende la necesidad de la cruz; ¡nuestro pecado era tan grave que requería sangre, la sangre de Dios, para quitarlo! Sin la cruz estamos en enemistad con Dios, y Él está enemistado con nosotros.

Así que el evangelio es central a toda verdad teológica, y es la realidad preponderante que le da sentido a toda realidad. Sería un gran error pensar que el evangelio sólo sirve para el evangelismo o para la conversión de la gente. *Por* el evangelio entendemos que, aun siendo salvos, seguimos siendo pecadores. Y *por* el evangelio recibimos poder para luchar contra el pecado. Entender correctamente y aplicar continuamente el evangelio *es* la vida cristiana.

Esto también significa que el evangelio es una fuente inagotable de la gracia de Dios en su matrimonio. Para ser un buen teólogo y para tener la esperanza de un matrimonio duradero y fructífero, usted debe tener un entendimiento claro del evangelio. Sin eso, usted no *podrá* ver a Dios, ni a usted mismo, ni a su matrimonio como realmente son.

El evangelio es la fuente de un matrimonio próspero.

El punto central de su matrimonio—la gloria de Dios

Cuando empezamos a centrar nuestros matrimonios en verdades bíblicas, vemos algo asombroso. El matrimonio no sólo fue *inventado* por Dios, sino que también a Él le *pertenece*. Él tiene derechos únicos sobre su diseño, propósito y metas. De hecho, realmente existe *más* para Él que para usted, para mí, y para nuestros cónyuges.

Así es. El matrimonio no se trata primeramente de mí o de mi pareja. Obviamente el hombre y la mujer son una parte esencial, pero a la vez son secundarios. Dios es el personaje más importante en un matrimonio. El matrimonio es para nuestro bien, pero primero es para la gloria de Dios.

Puede ser que suene raro o sorprendente, o que le sea difícil de aceptar, pero es una verdad vital para toda pareja cristiana casada. Un servicio en la iglesia puede inyectarle formalidades religiosas a una boda, pero el hacer a Dios la autoridad en el matrimonio es una realidad diaria.

En mi ministerio pastoral, he visto el triste fruto de fracasar en darle a Dios lo que le pertenece:

- Parejas jóvenes que abrazaron precipitadamente el romance, menospreciando la sabiduría de la gente más cercana a ellos, tratando de usar el matrimonio para legitimar deseos descontrolados. No vieron el matrimonio como algo que en primer lugar se trata de Dios.
- Parejas cristianas casadas que abandonaron sus papeles bíblicos y responsabilidades matrimoniales a favor de "lo que funciona," aun si esto significa conformarse a tener mucho menos de lo que pudieran tener. No vieron el matrimonio como algo que en primer lugar se trata de Dios.
- Y lo más trágico de todo, familias cristianas destrozadas por el divorcio cuando uno o ambos cónyuges simple y sencillamente decidieron que las necesidades personales eran más importantes que lo que Dios había unido. Ellos no vieron el matrimonio como algo que en primer lugar se trata de Dios.

El apóstol Pablo pasa mucho tiempo en el quinto capítulo de Efesios hablándole a la gente casada. Habiendo delineado en capítulos previos lo que Cristo había hecho por ellos individualmente, ahora exhorta a maridos y mujeres a "que viváis de manera digna de la vocación con que habéis sido llamados" (Efesios 4:1). El capítulo 5 está lleno de instrucciones específicas para construir un matrimonio fructífero. El punto más notable de Pablo es que *Cristo es el*

punto de referencia para todas nuestras acciones dentro del matrimonio.

Las mujeres deben someterse a sus maridos “como al Señor” (v. 22). Los maridos deben amar a sus mujeres “así como Cristo amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella” (v. 25). Maridos deben nutrir y amar a sus esposas, “así como también Cristo a la iglesia” (v. 29). En cada caso podemos ver que aunque la conducta sí es nuestra, existe un drama mayor que se está llevando a cabo a través de esa conducta.

Vemos ese drama otra vez en el versículo 32, donde algo glorioso y desconcertante sucede. “Este misterio es profundo, y estoy diciendo que se refiere a Cristo y la iglesia.” El comentarista George Knight provee esta útil perspectiva:

Sin haberlo sabido la gente de los tiempos de Moisés (era un “misterio”), el matrimonio fue *diseñado por Dios* desde un principio para formar una imagen o parábola de la relación entre Cristo y la iglesia. En aquel tiempo cuando Dios estaba planeando cómo sería el matrimonio, lo planeó para este gran propósito: daría una imagen terrenal hermosa de la relación que algún día existiría entre Cristo y Su iglesia. Por muchas generaciones, la humanidad no tuvo conocimiento de esto, y es por eso que Pablo lo llama un “misterio”. Mas ahora, en la era del Nuevo Testamento Pablo revela este misterio, y es asombroso.

Esto quiere decir que cuando Pablo necesitó hablarles a los Efesios acerca del matrimonio, no sólo buscó por ahí alguna analogía útil y de pronto se le ocurrió que “Cristo y la iglesia” pudiera ser una buena ilustración para su enseñanza. No, era mucho más fundamental que eso: Pablo captó que *cuando Dios diseñó el matrimonio original, ya tenía en mente a Cristo y a la iglesia.* Este es uno de los grandes propósitos de Dios dentro del matrimonio: ¡el representar la relación entre Cristo y su pueblo redimido para siempre![2]

Creo que eso califica como algo profundo. El matrimonio está establecido dentro del mundo—y dentro de su hogar y el mío—como un recordatorio, una parábola viviente de la relación de Cristo con la iglesia.

Los meses de preparativos, el Gran Día, la luna de miel inolvidable—todos son importantes, pero hay algo más importante en juego que un buen álbum de boda. Cuando un hombre y una mujer se unen en matrimonio, se pone en marcha un modelo nuevo, y de por vida, de la relación entre Cristo y su iglesia.

Es demasiado fácil actuar como si el esposo y la esposa fueran las únicas partes relevantes en el matrimonio. Pero el matrimonio finalmente se trata de Dios. Además, el matrimonio no es asombroso porque brinda gozo a la gente, ni

porque permite un ambiente de cuidado y cariño para los niños, ni porque trae estabilidad a la sociedad (aunque sí hace todo esto). El matrimonio es maravilloso porque Dios lo diseñó para mostrar su gloria.

El punto central de un matrimonio floreciente es la gloria de Dios.

El matrimonio es la teología al nivel de la vida diaria

Bueno, hemos empezado a construir una teología clara, correcta y bíblica del matrimonio. Pero si su matrimonio es algo semejante al mío, usted no vive su teología en un mundo de torres de marfil con bibliotecas apacibles y pensamientos profundos. Somos teólogos cotidianos, tratando de practicar nuestra fe en un mundo donde las parejas se enojan y las puertas se cierran mediante un portazo.

Así que con las buenas nuevas del evangelio en mente—que Cristo vino al mundo para rescatar a pecadores—tengo que hacer la pregunta tonta de la semana: ¿sigue usted pecando? ¿y su cónyuge? Permítame ponérselo fácil.

Hombres, ¿la mujer radiante en cuyo dedo pusieron el anillo matrimonial?...*pecadora*. Mujeres, ¿el hombre que les ofreció su voto de fidelidad perfecta y sacrificio de por vida?...*pecador*. En ceremonias en todas partes del mundo, cada día, sin excepción, son pecadores quienes dicen, “Sí, acepto.” Son pecadores quienes celebran su décimo aniversario, el de veinticinco, y el de cincuenta años. Son pecadores quienes comparten un beso final en el lecho de muerte de su cónyuge. Es un pecador el que escribió este libro. Y son pecadores los que lo están leyendo.

La lucha diaria contra el pecado experimentada por cristianos genuinos subraya el hecho de que mientras que Cristo ciertamente nos salvó, Él no nos transforma instantánea y completamente en no-pecadores. Ese proceso glorioso inicia en el momento en que nos convertimos, y continúa durante el curso de nuestra vida terrenal, pero sólo se consumará cuando dejemos este mundo caído.

Por eso, aquí en el primer capítulo—¡y hasta en el mismo título del libro!—he intentado enfatizar y personalizar la realidad del pecado. Dios nos está transformando a nosotros pecadores. Ese proceso de cambio apunta a una meta gloriosa—hacernos semejantes a Su hijo, nuestro Salvador. Pero para llegar a ser más como Cristo, tenemos que enfrentar el hecho de que somos pecadores; perdonados, sí, pero luchando aun con el impulso interno de alejarnos de Dios y volvernos hacia nosotros mismos.

Sin esa claridad bíblica, no tenemos contexto para la cruz ni una conciencia

continua de nuestra necesidad de gracia y misericordia. Sin una perspectiva robusta del pecado, la mera noción de lo que significa conocer a Dios se debilita grandemente. Cornelius Plantinga escribió, “La grave verdad es que sin una completa revelación del pecado, el evangelio de la gracia se vuelve impertinente, innecesario, y finalmente aburrido.”[3] Sin una “revelación completa del pecado,” la auto-confianza ciega nos lleva a tratar de hacer que nuestros matrimonios funcionen en nuestra propia fuerza. Y todo lo que intentamos hacer en nuestras propias fuerzas nunca tiene la gloria de Dios como meta final, y no obtiene su vida de la fuente del evangelio.

Si su luna de miel ya es una memoria distante y su matrimonio ha perdido algo de su ardor y chispa, considere esto: ¿qué si abandona la idea de que los problemas y debilidades en su matrimonio son causados por una falta de información, dedicación, o comunicación? ¿qué si usted viera sus problemas como realmente son: causados por una guerra dentro de su propio corazón?

Si acaso está leyendo este libro en medio del resplandor y éxtasis de su luna de miel, ahora sería un buen momento para acercarse a su terroncito-de-azúcar-con-miel y susurrarle tiernamente, “Realmente soy un gran pecador—y soy tuyo(a) de por vida.”

Así es como se practica la teología cotidiana dentro del matrimonio.

Hasta que el pecado sepa amargo, Cristo no será dulce

En este libro, le quiero convencer de que tratar con el problema del pecado es la clave para un matrimonio fructífero. Cuando aplicamos el evangelio a nuestro pecado, nos da esperanza en nuestras vidas personales y en nuestros matrimonios. Las malas nuevas llevan a unas grandiosas nuevas. Así es la historia de la Biblia y la historia de nuestras vidas.

El gran pastor a quien mencioné en el prefacio era Tomás Watson. ¿Recuerda sus palabras? “Hasta que el pecado sepa amargo, Cristo no será dulce.” Quiere decir que hasta que verdaderamente entendamos el problema, no disfrutaremos la solución. ¿No es este su testimonio? ¿No ha visto que, cuánto más claramente usted entiende el alcance horrible del pecado, más rápido corre hacia el Salvador, revelado de nuevo en su gloria, santidad, belleza y poder?

Ver primero nuestro propio pecado como la raíz de los problemas en nuestro matrimonio no es fácil, y definitivamente no nos “brota naturalmente”. El pecado que permanece en su corazón y en el mío se opone a Dios y a su pueblo. Obstruye nuestro gozo y santidad. Eclipsa matrimonios fructíferos y sanos, los

cuales son testimonios de la bondad y misericordia de Dios.

Sin embargo, a medida que empezamos a reconstruir nuestros matrimonios sobre la Palabra de Dios y sobre el evangelio de la victoria de Cristo sobre el poder del pecado, a medida que encaramos la triste, dolorosa e innegable realidad de nuestro pecado remanente ...cuando lo vemos como la cosa amarga y odiosa que es .... y reconocemos sus metas insidiosas como la raíz de cada dificultad relacional con la cual nos enfrentamos, algo maravilloso sucede. Corremos hacia el evangelio como el único remedio.

Entonces empezamos a darnos cuenta de que hay una nueva esperanza para nuestros matrimonios. Mucha esperanza. Una esperanza que emerge del poder del evangelio, el mismo poder que resucitó a Cristo de la tumba. Captamos un vislumbre de la dulce relación en la que se puede convertir nuestro matrimonio —una unión viva y provechosa en la cual los pecados son confesados y perdonados. Amigos, cuando el pecado se vuelve amargo, el matrimonio se vuelve dulce.

Como aquel anciano que interrumpió lo que por todo lo demás era una linda boda, a muchos de nosotros nos entristece ver matrimonios que han empezado tiernamente, pero que no permanecen así. Cada, “acepto” viene con la esperanza de que perdurará ese amor devoto. ¿Pero cómo podemos estar seguros? ¿Cómo sabemos que nuestros matrimonios no sólo perdurarán, sino también darán fruto, volviéndose más dulces y deleitosos con el pasar del tiempo?

Lo que realmente buscamos es un matrimonio que prospere, cuyo resplandor vaya en aumento, que se vea y funcione como lo que habíamos esperado desde el principio—tal vez hasta más allá de lo que habíamos esperado. La promoción de matrimonios agradables, que glorifiquen a Dios es el motivo de este libro. Espero que eso sea lo que usted busca al leerlo.

¿A dónde proseguimos de aquí?

Hace veinticinco años, en las escaleras de mi universidad, le canté una canción a Kimm y le pedí la mano en matrimonio. Cualquier persona que me hubiera escuchado cantar hubiera apostado a que ella no me iba a aceptar. Pero dijo, “¡Sí!” No tenía ni idea de la aventura que Dios tenía para nosotros.

Ahora tenemos cuatro hijos y un gato. No me gustan los gatos, pero estoy enloquecido por Kimm, y porque a *ella* le encantan los gatos, trato de tolerarlo.

Nuestras vidas son complicadas; “tambaleantes” sería mejor palabra. Nuestro matrimonio es un caos rico y dulce. Pero nuestro caminar se sostiene, a través de

la gracia de Dios, por un compañerismo apasionado que se profundiza cada año. Es un misterio para mí, pero no lo es para Dios. Fue Su idea exaltar Su nombre cuando pecadores dicen, “acepto”.

Por la gracia de Dios, el consejo de los hombres a quienes rindo cuentas en mi iglesia local, y mucha enseñanza excelente, la mayoría del tiempo los botones de nuestro matrimonio están bien alineados. Inició hace años cuando empezamos a aprender una verdad sencilla acerca de la importancia de prestar mucha atención a la Palabra de Dios. “Lo que se nos viene a la mente cuando pensamos acerca de Dios,” dice A.W. Tozer, “es lo más importante de nosotros.” Ese es el primer botón en mi libro, y es por eso que enfatizo “el ver a Dios, a usted mismo, y a su matrimonio por lo que realmente son.”[4]

Al llegar al final de este primer capítulo, tal vez usted se esté dando cuenta de que algunos de sus botones están fuera de lugar. Tal vez esté pensando que si su experiencia del pecado no es tan amarga, y su experiencia en el matrimonio no tan dulce, tal vez su teología no es lo que debiera ser.

Está bien. Acompáñeme por el resto del libro y haré mi mejor esfuerzo para compartirle muchas cosas maravillosas del matrimonio que he aprendido de las Escrituras y de otros mucho más sabios que yo. Veremos que el pecado, aunque engañoso, es a la vez sorprendentemente predecible. Investigaremos los gloriosos misterios de la misericordia, la gracia, y el perdón, y veremos cómo estos se convierten en herramientas prácticas y poderosas en manos de un buen cónyuge-teólogo. Examinaremos una variedad de maneras en que podemos ayudar y servir a nuestro cónyuge, desde la intensidad de la confrontación hasta la ternura de la intimidad sexual. Y veremos hacia el futuro, cuando nuestro tiempo en esta tierra se acorte, aprendiendo qué significa honrar a Dios en el matrimonio cuando nuestro cuerpo se debilita.

¿Pudiera ser que usted y su amado(a) sean de verdad pecadores? ¡Entonces este libro es para ustedes! Y ¿pudiera ser que Dios ya *sabe* que son pecadores, y que aun así les da todo lo necesario para construir un matrimonio fructífero *de todos modos*? Dios apoya completa y totalmente cada esfuerzo para construir un matrimonio fuerte, que glorifique a Él. Él quiere que nos deleitemos en el matrimonio. El quiere hacerlo fuerte, perdurable y dulce.

Venga conmigo, vamos a explorar lo que realmente significa ver a Dios, a nosotros mismos y a nuestro matrimonio por lo que realmente son. Es allí donde empieza todo.

Capítulo Dos

Despertando con el peor de los pecadores

Las nuevas sobre quiénes realmente somos

S*uspiré* ...había metido la pata otra vez.

Mi esposa se había retrasado un poco en nuestro plan original. Y en lugar de esperarla pacientemente (o tal vez hasta tomar la iniciativa para ayudarle) hice lo que hago con tanta excelencia: pontifiqué, poniéndome a especular en voz alta sobre cuántos minutos en total de nuestra vida ella había desperdiciado en retrasos. Mis cálculos no la impresionaron, pero el impacto devastador de mis palabras fue obvio al observar su rostro. *Qué bien, Dave,* pensé demasiado tarde, *qué constructivo. ¡Qué oportuno comentario!*

Podría pensarse que un pastor, alguien llamado a pensar y hablar de manera considerada, alentadora y bíblica, hubiera encontrado algo mejor que decir en ese momento, o por lo menos algo menos dañino. Pero a pesar de mis palabras arrogantes y pecaminosas, Kimm pudo, una vez más, perdonarlas en amor y con paciencia ayudarme a ver el error en ellas.

Mientras estoy inmensamente agradecido por el espíritu de gracia y perdón en Kimm, la pregunta subsiste: *¿Por qué no soy más amoroso?* Después de todo, hemos estado casados por más de dos décadas. Yo he estado en el ministerio la mayor parte de esos años, he leído muchos libros acerca del matrimonio, he dirigido varios seminarios matrimoniales, y realmente pienso que Kimm es un regalo de Dios para mí. *Si amo a mi esposa, ¿por qué me es tan fácil tratarla como si no la amara?*

Me sucede lo mismo con mis hijos también. El otro día, uno de ellos se estaba comportando de una manera que merecía lo que mi abuelita llamaría “una platicadita”. Una vez más el Gran Pontificador abrió su boca. En lugar de aprovechar la oportunidad de amar a mi hijo en gracia, mis palabras fueron ásperas y críticas. Era un tema diferente, con una persona diferente, pero el problema era el mismo: yo había tratado a alguien a quien amaba, como si no le tuviera amor.

Hombres, ustedes saben de lo que hablo. Han planeado una cena romántica, hasta en el restaurante favorito de ella. Pero entonces ella dice algo, o usted lo

dice, o quizá el mesero, y en el transcurso de apenas un par de minutos, aquello se convierte en otro tipo de recuerdo. ("Amor, ¿te acuerdas de cuando tuvimos ese conflicto tan caro?")

¿O qué tal lo siguiente? En lugar de ver un juego de fútbol en su día de descanso, usted decide terminar los proyectos de reparación que su esposa le ha estado pidiendo. Después de cinco horas frustrantes, usted guarda las herramientas, y espera la expresión de gratitud de parte de su esposa por el sacrificio personal. En lugar de eso, ella mira su trabajo y le dice, "Quisiera que me hubieras preguntado antes de hacerlo así." Se encienden los pirotécnicos.

Mujeres, él les dice que va a llegar del trabajo a las 9:00 p.m. y llega a las 10:45. "Perdón amor, la junta se alargó." Sin avisar, sin llamar, sin *realmente* disculparse, y sin considerar su angustia. Hace un momento usted ya se preguntaba cómo iba a proveer para su familia siendo viuda. Ahora, con imágenes de echarlo a dormir en el auto por una semana, no está segura de lo que vaya a salir de su boca, pero probablemente no sea nada bueno.

La confesión de Pablo y la nuestra

La realidad de vivir con alguien día tras día en un mundo caído es la parte desagradable del matrimonio. ¿Pero qué es lo que revela? Cuándo veo mi degeneración ¿qué me indica? ¿Que el enemigo me ha señalado para recibir alguna atención particular? Quizás soy una amenaza a su reino, como Frodo lo era a los poderes de Mordor o Luke Skywalker al Imperio Maligno. Eso no excusa el hecho de que yo sé lo que es correcto, y sin embargo a menudo elijo hacer algo diferente.

Pues, ¿adivine qué? Si el pecado es un problema persistente para nosotros, estamos en muy buena compañíia. Por tan malos que seamos nosotros, el apóstol Pablo aparentemente cree ser aun peor. Tal vez podamos aprender algo de él.

Pablo le escribió a Timoteo, "Palabra fiel y digna de ser aceptada por todos: Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, entre los cuales yo soy el primero" (1 Timoteo 1:15). ¿Medio sobrio no? No hay mucha flexibilidad allí. Pablo inicia llamándola, "Palabra fiel y digna de ser aceptada por todos". Eso es el equivalente antiguo de poner puntos de exclamación en un correo electrónico —¡Esto es de alta prioridad!

Su "palabra" tiene dos partes. "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores ..." Esto nos lanza al corazón del evangelio y nos prepara para la segunda parte: "...entre los cuales yo soy el primero". Ahora bien, ¿qué debemos

hacer con esto? ¿Cómo puede el apóstol de los gentiles—el teólogo original de la fe cristiana—decir esto con honestidad? ¿A quién se está comparando? ¿Y cuál estándar está empleando?

Estas son preguntas importantes. No nos atrevemos a descartar la declaración de Pablo como una exageración temporal o un ejercicio en falsa humildad. Esta es la Palabra de Dios, y aquí se está mostrando un punto sumamente importante.

Antes que nada, está claro que Pablo *no* se está comparando objetivamente con el resto de la raza humana, ¡porque a la mayoría de ellos ni los conoce! Esto nos muestra que su enfoque primordial no es externo. Es interno. Tampoco está sugiriendo que su carácter moral esté en bancarrota o que su madurez espiritual esté en cero. Simplemente está hablando de lo que sucede dentro de su propio corazón.

Simplemente está diciendo, "Miren, yo conozco mi pecado. Y lo que he visto en mi propio corazón es más tenebroso y horrible; es más arrogante, egoísta, y auto-enaltecido; y es más insistente y constante en su rebelión contra Dios que cualquier otra cosa que haya visto en el corazón de otro. Por lo tanto, el pecador más grande que conozco soy yo."

Pablo era un estudiante de su corazón. Prestaba atención a los deseos e impulsos que se le agitaban por dentro. Y no creo que sería exageración decir que él sabía de lo que era capaz—dadas las circunstancias precisas—de los peores pecados y los motivos más viles. Pablo era realista. El quería *verdaderamente* ver a Dios y a sí mismo.

Para él no había escape tras una fachada de amabilidad o religiosidad. Como comenta Henry Scougal acerca de este versículo, "Nadie puede pensar más abominablemente de [Pablo] que él mismo."[1]

Veamos ahora el siguiente versículo. "Sin embargo, por esto hallé misericordia, para que en mí, como el primero, Jesucristo demostrara toda su paciencia como un ejemplo para los que habrían de creer en Él para vida eterna" (1 Timoteo 1:16).

Con el pasar de cada día, dos cosas crecían en la perspectiva de Pablo: su pecaminosidad a la luz de la santidad de Dios, y la misericordia de Dios a la luz de su pecado. El conocer a Dios y a sí mismo correctamente no fue desalentador ni deprimente en lo más mínimo. Más bien, esto profundizó su gratitud por la vasta misericordia de Dios en redimirlo, y la paciencia de Cristo en continuar amándolo e identificándose con él en su lucha diaria contra el pecado.

Esta confesión de Pablo a Timoteo nos presenta un ejemplo impactante de honestidad moral y de madurez teológica: ¡la conciencia aguda, hasta dolorosa, de Pablo de su propia pecaminosidad lo llevó a magnificar la gloria del Salvador!

La realidad bíblica de los desgraciados gozosos

Esta profunda conciencia de la pecaminosidad innata no es un aspecto teológico enigmático ni un ejemplo de fervor religioso fracasado. Una gran conciencia de la pecaminosidad propia muchas veces va de la mano con un gran gozo y confianza en Dios. El mismo Pablo, quien se llamó a sí mismo el primero de los pecadores, pudo exultar dos versículos después, "Al Rey eterno, inmortal, invisible, único Dios, a *Él* sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén" (1 Timoteo 1:17).

Este es un tema que también resuena en el libro de los salmos. En el salmo 40 vemos el regocijo en el Señor y la lamentación por el pecado lado a lado.

Tú, oh SEÑOR no retengas
Tu compasión de mí;
Tu misericordia y Tu verdad me guarden
continuamente,
porque me rodean males sin número;
mis iniquidades me han alcanzado, y no
puedo ver;
son más numerosas que los cabellos
de mi cabeza,
y el corazón me falla.

¿Qué sucede aquí? ¿Es una especie de espiritualidad bipolar? ¡De ningún modo! Es el gozo de la salvación que brota, a pesar de vivir en un mundo caído y con un corazón que todavía lucha contra el pecado. Es la realidad vista a través de la verdad bíblica.

Esta realidad es muy diferente a la que normalmente tenemos hasta el cuello—esa realidad atractiva, lustrosa, y falsa de una sociedad opulenta y motivada por la comodidad y obsesionada con la autoestima. En su lugar, esta otra realidad nos lleva al Salvador, el cual une la santidad y la misericordia de Dios en la cruz. El gran predicador del siglo XIX, Charles Spurgeon, fue otro hombre quien vio esta realidad en toda su gloria Cristo-céntrica.

> Demasiada gente toma a la ligera el pecado, y por consiguiente, toma a la ligera al Salvador. Aquel que ha estado delante de su Dios, culpable y condenado, con la soga alrededor del cuello, es aquel que debería llorar con gozo al estar perdonado, debería odiar el mal que fue perdonado, y debería vivir para honrar al Redentor cuya sangre lo ha limpiado.[2]

¿Recuerda lo que Jesús dijo acerca de la mujer sorprendida en adulterio? "Por lo cual te digo que sus pecados, que son muchos, han sido perdonados, porque amó mucho; pero a quien poco se le perdona, poco ama" (Lucas 7:47). Si yo, como Pablo (y como David y Spurgeon ...) reconozco la inmensidad de mi pecado, viéndome como el peor de los pecadores, entonces reconozco que se me ha perdonado *mucho*. Allí es donde la realidad bíblica empieza a tener sentido. Empiezo a ver a Dios como realmente es. Su inmensidad se vuelve más grande que mis problemas. Su bondad viene a mí aunque yo no sea bueno. Y su sabiduría y su poder son visibles en las maneras perfectas en que Él obra para transformarme desde adentro hacia afuera.

Así que nuestro pecado—el mío y el suyo—es indeciblemente feo. Es vil; es perverso. Pero a la vez provee el fondo para un drama mayor. Seremos obras en proceso, tristemente propensos a pecar, sin embargo podemos ser obras gozosas, porque—gracias a Dios—hemos sido redimidos por gracia a través de la muerte y resurrección de Cristo. Nuestro Salvador ha venido a rescatarnos de la pena del pecado y a otorgarnos una vida en abundancia por medio de su Espíritu.

Cuando dos personas casadas abrazan esta perspectiva de la realidad, y viven en acuerdo con ella, sus vidas y su matrimonio comienzan a verse más y más como la imagen que Dios quiere mostrarle a un mundo perdido. Hasta que el pecado sepa amargo, el matrimonio no podrá ser dulce.

Pedro, Ana, y todos nosotros

Pedro y Ana han sido cristianos por mucho tiempo, y al igual que muchas parejas, cada uno de ellos ha adoptado ciertas suposiciones de cómo debe comportarse el otro, y ambos sienten que tienen ciertas necesidades que consideran que el otro debe cumplir. Y aunque asisten a la iglesia y viven vidas cristianas concienzudas, Pedro y Ana están experimentando un serio conflicto matrimonial. Lo que no ven es que sus pleitos están arraigados en una perspectiva equivocada de la realidad, así que las soluciones significativas siempre se les escapan.

Aquí le presento un par de ejemplos. Pedro dice que necesita ser respetado, pero al parecer lo único que recibe cada noche son comentarios críticos por parte

de Ana cuando llega del trabajo. Ella dice que necesita que Pedro la busque y le provea un mayor sentido de seguridad en su matrimonio, pero al parecer lo único que recibe de Pedro es su pasividad día tras día. Realmente no hay nada malo en estos deseos particulares. Los problemas emergen cuando meditan, varias veces a la semana, sobre las fallas del otro, insisten en el cambio del otro, y repiten (con poca variación) los comentarios dañinos que se han estado intercambiando por meses. Curiosa—y trágicamente—tanto Pedro como Ana se sienten vindicados por muchos de los libros sobre el matrimonio que han leído, libros que alimentan su sentido de justicia negada y parecen legitimar las necesidades que sienten con tanta convicción.

Como amigo(a) que observa la erosión gradual del matrimonio de Pedro y Ana, ¿cómo intentaría ayudarles? Claro, ellos necesitan a alguien que los escuche y que intente comprenderlos. Pero su mayor necesidad se encuentra en su propia teología. Necesitan reconocer que algunas de las expectativas que tienen el uno del otro—y las perspectivas subyacentes del las cuales emergen esas expectativas—no son bíblicas. Sin duda sus acusaciones, palabras ásperas, y actitudes egoístas y exigentes están plagadas de pecado. Como pareja, necesitan ayuda para alinearse con las Escrituras—con la perspectiva de Dios acerca de la realidad.

La raíz del problema de Pedro y Ana se revela en el hecho de que lo dicho por Pablo en 1 Timoteo 1:15 todavía no les es "digno de confianza". El reconocimiento sincero y la responsabilidad honesta de su propia pecaminosidad individual no han sido "del todo aceptados". Al igual que muchos creyentes casados, Pedro y Ana han reducido el dicho fidedigno de Pablo y lo han re-planteado de una manera no bíblica: "Cristo Jesús vino al mundo para ...cumplir mis necesidades, ¡*de las cuales yo tengo más que tú!*"

En pocas palabras, Pedro y Ana carecen de entendimiento de cómo el evangelio realmente funciona; y gozan de mucha compañía. John MacArthur lamenta la pérdida general de la realidad bíblica entre creyentes:

> Va aumentando el número de cristianos que están perdiendo de vista el pecado como la raíz de todos los ayes humanos. Y muchos cristianos están explícitamente negando que su propio pecado pueda ser la causa de su angustia personal. Más y más personas están tratando de explicar el dilema humano en términos que claramente no son bíblicos: temperamento, adicción, familias disfuncionales, el niño por dentro, co-dependencia, y un montón de excusas promovidas por la psicología secular.
>
> El impacto potencial de tal movimiento da miedo. Si usted quita la

> realidad del pecado, usted quita la posibilidad del arrepentimiento. Si usted anula la doctrina de la depravación humana, usted anula el plan divino para la salvación. Si usted borra la noción de culpabilidad personal, usted elimina la necesidad de un Salvador.[3]

Esta necesidad continua de un Salvador es a lo que los cristianos profesantes deben aferrarse. La cruz hace una declaración abrumadora acerca de maridos y mujeres: que somos pecadores cuya única esperanza es la gracia. Sin una conciencia clara del pecado, vamos a seguir evaluando nuestros conflictos fuera de la historia bíblica—a saber, la obra consumada de Jesucristo en la cruz—eliminando así toda base para un entendimiento verdadero, una reconciliación verdadera, o un verdadero cambio. Sin el evangelio de nuestro Salvador crucificado y resucitado, nuestro matrimonio se desliza a lo superficial. Empezamos a flojamente justificar nuestra conducta pecaminosa, y nuestros conflictos matrimoniales acaban, en mejor instancia, en acuerdos parciales e inquietos.

Pero al momento de encontrar que 1 Timoteo 1:15–16 es fidedigno, una vez que pueda aceptarlo totalmente, una vez que sepa que verdaderamente soy el peor de los pecadores, ya veré que mi cónyuge no es mi mayor problema: L*o soy yo*. Y cuando me encuentro caminando en los zapatos del peor pecador, haré todo esfuerzo para extenderle a mi cónyuge la misma gracia espléndida que Dios me ha extendido a mí.

Lo peor del pecado

A estas alturas tal vez esté pensando, ¡este hombre piensa demasiado acerca del pecado! ¿El peor de los pecadores? Hombre, relájate y calma el medidor moral ¿no? ¿Por qué te mortificas?

Hay motivo para mortificarme porque mi pecado no me ofende primeramente a mí ni a mi matrimonio. Todo pecado es primeramente contra Dios. Y eso cambia todo.

Véalo así. Mi estatus como "esposo" señala algo importante de mí: señala que tengo una esposa. Al identificarme así, apunto a la realidad de otra persona—mi esposa. También indico quién *no* soy, porque si soy esposo, obviamente no soy soltero.

Ahora recuerde que la Biblia tiene una manera específica de describir a los seres humanos—es decir, como pecadores (Salmo 51:5, Romanos 3:23, 5:12). Todos caemos en esa categoría juntos. No es un club exclusivo. El aceptar el

nombramiento de "pecador" es reconocer quién soy *en relación a Dios.* También indica quién no soy: no soy un personaje neutral. Por mi mera naturaleza (la cual es pecaminosa), soy una ofensa a la mera naturaleza de Dios (la cual es perfectamente santa).

Así que el término "pecador", cuando es usado en las Escrituras, claramente implica que hay alguien (*por lo menos* uno) contra quien pecamos. Cuando yo le hablo crítica y duramente a Kimm enfrente de nuestros hijos, mi pecado es de cierta manera contra mis hijos. Obviamente, es mucho más contra Kimm. Pero lo que necesito ver, es que ¡este pecado es primero y más fuertemente contra Dios! Y *eso* es algo que tiene en común con cualquier otro pecado que yo haya cometido o que vaya a cometer. Cada pecado, tan chico o grande como sea su aparente impacto con la gente, viola la pureza del perfectamente justo y santo Dios. El pecado siempre es primera y principalmente contra Dios (Deuteronomio 9:16, 1 Samuel 15:24, Salmo 51:4). Jerry Bridges nos lo remacha cuando escribe:

> El pecado no es malo por lo que me hace a mí, o a mi cónyuge, o a mi hijo, o a mi vecino, sino porque es un acto de rebelión contra el Dios infinitamente santo y majestuoso.[4]

Hace varios años me empecé a dar cuenta de un hábito sutil y destructivo. Siempre que sentía que había pecado contra Kimm, iba con ella, confesaba, y buscaba resolver la situación. Se ve bien cuando lo cuento así ¿no? Pero empecé a discernir que mi meta no era noble. Yo quería una restauración rápida y eficiente de nuestra relación, para ya no sentirme mal y para pasar a "cosas más importantes". En otras palabras, la confesión simplemente era una herramienta que yo estaba empleando para salirme con la mía. Con razón me quedaba con un sentimiento hueco y atormentante, que ahora reconozco como el lindo impulso del Espíritu Santo.

Después de un tiempo de oración, fue sorprendente reconocer que Dios había quedado olvidado en mis palabras de arrepentimiento a Kimm. Vi que yo había estado casi completamente indiferente al hecho de que mi pecado había sido primeramente contra Dios, y que yo era culpable delante de su santidad infinita. Había contemplado mis pecados como errores, o en el peor de los casos como "pecaditos" que no requerían que yo escudriñara mucho mi corazón. Mi verdadera meta era simplemente una especie de control de los daños, no una rendición de cuentas honesta ante mi Padre Celestial. Pero por la gracia de Dios empecé a ver, como tan bien lo dice J.I. Packer, "No puede haber pecados chicos contra un gran Dios."[5]

A medida que esta realidad bíblica empezaba a asentarse, sucedían cosas maravillosas. Empecé a experimentar un sincero lamento por mis "pecaditos". Mi conciencia de Dios y de su misericordia creció. En mi matrimonio empecé a ver pecados muy reales pero no tan obvios que estaba cometiendo regularmente contra Kimm—pecados con los cuales nos habíamos "acomodado" que, sin embargo, estaban minando lentamente nuestra relación. Empecé a reconocer situaciones donde pudiera ser tentado a pecar contra ella, empecé a aprender cómo luchar contra esas tentaciones. Mis confesiones, igual que nuestras conversaciones acerca de los problemas en nuestro matrimonio, empezaron a tener una profundidad rica y satisfactoria. Esas conversaciones no siempre eran fáciles, pero definitivamente ayudaban a nuestra relación. Había llegado a ver a Dios, a mí mismo, y mi matrimonio de una manera un poco más clara.

El peor de los pecadores—¡Lo mejor del mundo!

He aquí mi conclusión: Soy un mejor esposo y padre, y un hombre más feliz cuando me reconozco como el peor de los pecadores. Ese estatus se me hace más obvio con el pasar de cada semana. Pero a la vez, usted también es el peor de los pecadores. También lo es su cónyuge. Por lo menos no estamos tan solos aquí en el fondo.

¿Le preocupa que tal vez sea muy estricto consigo mismo? De ser que sí, nada más recuerde que para Pablo su perspectiva de ser "el peor de los pecadores" sólo era una evidencia de una auto-examinación honesta y una sana conciencia de la santidad de Dios. Recuerde quienes somos en Cristo *a pesar de* nuestro pecado: somos hijos atesorados del Padre, quien nos amó lo suficiente como para enviar a su hijo unigénito a padecer el castigo por nuestros pecados, aun los pecados que todavía no hayamos cometido. Y recuerde que Dios está obrando en usted, conformándolo a un ejemplo genuino, de adentro hacia afuera, de Cristo. Una evaluación sobria de nuestra condición pecaminosa no impide esa obra, más bien ¡la celebra!

La pregunta que antes me quebraba la cabeza, *"Si amo a mi esposa, ¿por qué me es tan fácil tratarla como si no la amara?"* tiene ahora una respuesta universal. Todos somos el peor de los pecadores, así que todo lo que *no* es pecado es simplemente la gracia de Dios obrando. En el siguiente capítulo vamos a ver cómo emplear esa gracia para pelear la batalla que proviene de ser el peor de los pecadores y a la vez un hijo de Dios. Pero no debemos concluir este capítulo sin apreciar el regalo escondido que viene de vernos como el peor de los pecadores.

Es la humildad—la humildad que aplasta nuestro orgullo y que nos quita las escamas de los ojos. “Hay dos cosas que funcionan para humillar el alma del hombre,” escribió John Owen, “una consideración apropiada de Dios, y luego de nosotros mismos. De Dios en cuanto a su grandeza, gloria, santidad, poder, majestad, y autoridad; y de nosotros en nuestra condición insignificante, despreciable, y pecaminosa.”[6]

El camino de la humildad está abierto a cada marido y mujer que esté dispuesto a darle una “consideración apropiada” a quiénes realmente son, en sí mismos, ante un Dios santo. Yo quiero caminar ese camino. Sé que usted también lo desea o no estaría leyendo este libro. En estos dos capítulos iniciales ha sido confrontado con algunas verdades incómodas. Espero que esté sintiendo la promesa que Dios extiende a aquellos que reconocen con humildad su pecaminosidad. No hay nada como ser un pecador perdonado, agradecido al Dios vivo por la vida, el aliento, la salvación, y cada provisión que Él nos da. Realmente es la única perspectiva que le permite empezar a ver a Dios, a sí mismo, y a su matrimonio en genuina realidad.

Pero espere. En el siguiente capítulo vamos a ver estas cosas más de cerca; este peregrinaje está a punto de ponerse aún más emocionante.

Capítulo Tres

La niebla de la guerra y la ley del pecado

Preparación para lo inevitable

El 21 de julio de 1861. La primera gran batalla de la guerra civil de los Estados Unidos comenzó antes del amanecer. El rugir de la artillería intentaba despertar a todo el estado de Virginia mientras los ejércitos del norte y del sur se enfrentaban entre las granjas cerca de un arroyo llamado Bull Run. Pero algo extraño sucedió mientras la batalla se intensificaba. Cientos de ciudadanos de Washington—senadores, representantes, trabajadores judiciales y sus familias, todos vestidos en atuendo informal y cargando cestas de meriendas—corrían hacia la loma cerca de Manassas para observar el desarrollo de la batalla. Armados con prismáticos para contemplar la pelea, charlaban amablemente mientras continuaba la matanza en los campos de abajo. Un simpatizante del Norte comentaba, “Es genial. ¡Increíble! ¿No es esto de primera clase? Me imagino que vamos a estar en Richmond para esta misma hora mañana.”[1]

Todos estaban de buen ánimo y brindaban. A pesar de todo, pensaban que era un pasatiempos espléndido para una tarde veraniega.

De repente un contra ataque de los sureños rebeldes llevado a cabo por la caballería, barrió el flanco de los norteños, haciéndolos retirar. Aun los ignorantes podían ver las implicaciones; la merienda serena estaba a punto de convertirse en campo de batalla. Una confusión colectiva estalló mientras los espectadores huían, unos momentos antes de que la ola de los confederados pasara por encima de la loma. El entretenimiento se había acabado. La batalla se les venía encima.

Los excursionistas descubrieron algo acerca de la guerra ese día. Uno no puede estar cerca de ella y estar seguro a la vez. Solamente los ingenuos piensan que pueden pararse a orillas de la contienda y sólo ser entretenidos. Cuando la guerra entra en escena, todo lo que toca se convierte en un campo de batalla.

En el primer capítulo aprendimos acerca de la importancia central de tener una teología bíblica correcta. En el segundo capítulo, repasamos una verdad central

de esa teología: que cada uno de nosotros es, de hecho, el peor de los pecadores. En este capítulo y en el siguiente, queremos entender este asunto del pecado un poco mejor, examinando su naturaleza y aprendiendo cómo tendemos a responder a él. Después de todo, cuando somos el peor de los pecadores, conviene saber unas cosas acerca de cómo funciona realmente el pecado.

Por eso inicié este capítulo con una batalla. La naturaleza del pecado, como ya veremos, es la guerra. El pecado crea la guerra—guerra con Dios, guerra con los demás, y guerra dentro de usted mismo. Ahora, en el matrimonio, ¿qué encontramos? Dos pecadores, cada uno con el potencial de la guerra acechando constantemente dentro de sí. El matrimonio, después de todo, no es más que la vida en una forma particularmente concentrada. Es de esperar entonces que, de la misma manera en que la guerra invadió a los excursionistas asustados e ignorantes en la batalla de Bull Run, la guerra del pecado a veces nos puede invadir cuando menos lo esperamos.

Sin embargo, a diferencia de los excursionistas, esta guerra con el pecado es una en la que sí tenemos algo de control. Y cuando nos enfrentemos con un ataque del pecado, nuestra respuesta dependerá del tipo de batalla que se nos presente. Cuando inicialmente somos tentados a pecar—por ejemplo, tentados a enojarnos con nuestro cónyuge—la batalla es interna, y debemos tomar la ofensiva: nuestra meta es derrotar al pecado, no dejar que estalle. Si llegáramos a fallar en esto, y el pecado surgiera de nuestro corazón al campo de batalla más amplio de nuestro matrimonio, hemos sido llamados a ser pacificadores: nuestra meta es ponerle un alto a la pelea.[2]

¿Ha visto que usted es el peor de los pecadores? En este capítulo vamos a aprender más acerca de la naturaleza guerrera de nuestro pecado. Es cierto que las epístolas del Nuevo Testamento dan por sentado la presencia activa y combativa del pecado en los creyentes. Afortunadamente también proveen tanto la instrucción como la esperanza al enseñarnos cómo luchar contra ese pecado. Los beneficios del nuevo nacimiento—el perdón de nuestros pecados y una relación con Cristo—no nos alejan de la batalla. ¡Más bien, nos garantizan la victoria! Informados por la Palabra de Dios, y con el poder del Espíritu Santo, podemos reducir el número de batallas, hacerlas más cortas, y no sólo menos dañinas, sino también verdaderamente redentoras, permitiendo que nuestro matrimonio crezca en dulzura.

Luchando por libertad en el conflicto de los deseos

Los miembros de la nueva iglesia en Galacia estaban confundidos. Los

Judaizantes—hombres quienes acechaban a Pablo y predicaban una versión falsa del evangelio—habían surgido tras la salida de Pablo, para obligar a los nuevos creyentes a que volvieran a las prácticas religiosas formales arraigadas en la ley del Antiguo Testamento. Pablo no lo iba a permitir. Su carta a los Gálatas es su defensa elocuente y apasionada de la justificación a través de la gracia por medio de la fe en el sacrificio expiatorio de Jesucristo.

> Pues mediante la ley yo morí a la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No hago nula la gracia de Dios, porque si la justicia viene por medio de la ley, entonces Cristo murió en vano (Gálatas 2:19–21).

En la epístola aprendemos algo maravilloso. Aquellos que están en Cristo por fe en el evangelio son realmente libres en Cristo—libres de la carga de tratar de justificarse por medio de su obediencia a la ley del Antiguo Testamento (Gálatas 5:1). Estoy agradecido de que Pablo, quien entendía tanto acerca de la pecaminosidad de su propio corazón, haya anticipado hacia dónde se inclinarían los Gálatas (y usted y yo) teniendo esa libertad. Sin la carga del desempeño religioso, somos propensos a interpretar nuestra libertad como licencia para la impiedad. Así que Pablo advirtió, "Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; sólo que no uséis la libertad como pretexto para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros" (Gálatas 5:13).

Pablo no quiere que permanezcamos bajo la tiranía de la ley. Tampoco quiere que abusemos de nuestra libertad en Cristo al abrazar el pecado. Su solución a ambos errores es la misma. Debemos luchar por la libertad—libertad en Cristo y por Cristo. Vea qué tan claro es Pablo acerca del conflicto que produce el pecado en nuestros corazones, "Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, pues éstos se oponen el uno al otro, de manera que no podéis hacer lo que deseáis" (Gálatas 5:17).

Allí está. Los adversarios en esta guerra no son hombre *versus* mujer, esposo *versus* esposa, o controlador *versus* capacitador. Más bien, es un choque de deseos—los deseos de la carne contra los deseos del Espíritu—en una guerra de trincheras para ganar supremacía en el corazón humano.

En las Escrituras, "la carne" es otra manera de hablar acerca del principio permanente del pecado. De hecho, hay varias frases que emplean los cristianos y que por lo general significan lo mismo: "el pecado que mora dentro", "pecado remanente", "la naturaleza del pecado", "la carne", y "el viejo hombre", para nombrar unas cuantas. Algunas de estas aparecen en las Escrituras y algunas no, pero cada cónyuge-teólogo debe entender que todas se refieren al pecado que todos llevamos en el corazón. Como sea que usted lo llame, la meta de "la

carne” es sencilla: “que no podáis hacer lo que deseáis” (Gálatas 5:17).

John Newton, autor del himno “Sublime Gracia”, con elocuencia describió su experiencia de Gálatas 5, “Yo [no *quiero*] ser el blanco o la presa de imaginaciones locas, vanas, necias y peores; pero existe esta maldad dentro de mí: mi corazón es como una carretera, como una ciudad sin muros ni puertas”.[3]

Newton estaba expresando algo que las personas casadas pronto descubren, a veces aun antes de la luna de miel: “existe dentro de mí” una maldad. Aunque el castigo por mi pecado ha sido pagado por Cristo, el pecado aun permanece, y me puede impedir hacer las cosas que quiero hacer.

Usted se da cuenta de que hay deseos dentro de sí que se organizan para oponerse a las cosas buenas que usted quiere hacer en el matrimonio, ¿verdad? Cuando no nos estamos acercando a Dios, estos deseos no nos causan problemas. Pero, por ejemplo, intente planear un tiempo regular de oración con su cónyuge. O busque la ayuda para un área en la cual le gustaría crecer. O ¿qué tal cuando empieza a confesar un pecado “pequeño”, y de repente siente el impulso de señalar el pecado más “grande” que su cónyuge le confesó la semana pasada? Sus deseos belicosos y pecaminosos aparecen tirando golpes. ¿Por qué? Porque el propósito de ellos es impedir que usted haga las cosas que quiere hacer para Dios.

A pesar de la claridad de la declaración de Pablo, las personas casadas a veces piensan que la causa de su mala conducta en parte es su cónyuge. Quizás hasta intenten justificar palabras y hechos pecaminosos basados en eso.

Mire, así es. (Yo sé de lo que hablo.) Aquí estoy sentado, sencillo y adorable, neutral y noble, ocupado con mis asuntos, y mi esposa dice o hace algo que, desde mi punto de vista irrefutable, claramente cruza la línea. Actuando veloz y eficientemente como juez y jurado a la vez, evalúo su conducta como un pecado obvio. La transgresión de ella es tal que exige una justa pero firme respuesta de mi parte. Para poder tratar rápidamente con cualquier violación de mi espacio personal emocional y no arriesgar que ponga en peligro mi seguridad personal, debo exponer su pecado francamente y condenarlo abiertamente. Si esto crea un impacto negativo en mi esposa—la obvia agresora, en mi opinión—pues, una respuesta “severa” de mi parte es desafortunada pero necesaria para mantener la paz. De hecho, simplemente estoy llevando a cabo un acto de liderazgo; tal vez con esto ella aprenda una lección para el futuro.

Sí, parece bien ¿no?—parece ser muy claro. Pero es sólo mi carne pecaminosa haciendo lo que mejor hace: haciendo la guerra contra el Espíritu, y en esta

instancia, contra Kimm también.

Kimm me dice que ella puede sentir una escaramuza similar en su alma cuando sus deseos entran en conflicto con mi liderazgo legítimo. Mujeres, ¿se identifican con esto? Si su esposo decidiera prepararle un baño de burbujas fragantes, su matrimonio repentinamente sería un éxtasis, casi como estar en el jardín del Edén. Pero, ¿qué pasa cuando el liderazgo de él interfiere con sus planes? ¿Se convierten las palabras “Amor, podrías ...” en uñas que rechinan contra el pizarrón de su agenda para ese día?

Para una esposa activa con una vida llena, las sugerencias o el liderazgo inesperado de su esposo puede parecer como una emboscada a sus prioridades. Muchas veces Kimm tiene un plan para el día, con mucho que hacer. Ese plan refleja su deseo sincero de servir de la mejor manera nuestro matrimonio y a nuestra familia. Pero si mis peticiones la retan a tener que reestructurar su día o semana, alterando el horario que ella había organizado cuidadosamente, ese deseo noble rápidamente se puede convertir en un afán sutil de manejar y controlar su vida de acuerdo a sus propias condiciones. De repente mi, “Amor, podrías ...” se convierte en una granada que inicia la batalla dentro de ella. Ella no quiere una batalla de Espíritu/carne pero en ese momento, se le viene encima.

Si echarle la culpa a su cónyuge por causar su propio pecado suena un poco sospechoso, ¿cuánto más absurdo será el echarle la culpa al matrimonio mismo? ¿Soy yo el único, o todos batallamos con eso a veces?

“Estoy bien cuando estoy en el trabajo,” pudiera decir un cónyuge. “No es hasta que llego a la casa que empieza la batalla”. Qué fácil es usar la frase, “Estamos teniendo problemas matrimoniales,” como si el matrimonio los hubiera creado.

“Oye hermano, ¿podrías orar por mi? Mi matrimonio está pasando por algunos problemas (o más raro aun, por algunos “asuntos”). Ah ¿*yo*? No, yo estoy bien. Nada más tengo que resolver estos *problemas matrimoniales*, ¿sabes?”

Esta idea de ver a Dios, a nosotros mismos, y nuestro matrimonio como realmente son tiene que ver con una manera de pensar clara y bíblicamente. Culparle al matrimonio por los problemas matrimoniales es como decir que la batalla de Bull Run fue causada por tierras de labranza problemáticas. La batalla se peleó *en* campos agrícolas, pero la causa de la batalla tuvo otro origen.

Entonces, ¿cómo inició esta pelea?

La causa de nuestras batallas matrimoniales, amigo, no es nuestro matrimonio, ni nuestro cónyuge. Es el pecado en nuestros corazones—entera, total, y exclusivamente, sin excepción. Esto se enseña clara y consistentemente en las Escrituras, desde el primer pecado hasta el juicio final. Al dirigirse a los intentos vanos de los Fariseos de tratar al pecado como algo "allá afuera", Jesús ofrece un diagnóstico penetrante y suficiente de la raíz de nuestro problema.

> Pero lo que sale de la boca proviene del corazón, y eso es lo que contamina al hombre. Porque del corazón provienen malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios y calumnias. Estas cosas son las que contaminan al hombre. (Mateo 15:18–20a)

Santiago toma este principio fundamental de la naturaleza humana y le da en el clavo, aplicándolo a nuestras relaciones personales.

> ¿De dónde vienen las guerras y los conflictos entre vosotros? ¿No vienen de vuestras pasiones que combaten en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis, por eso cometéis homicidio. Sois envidiosos y no podéis obtener, por eso combatís y hacéis guerra. No tenéis, porque no pedís. Pedís y no recibís, porque pedís con malos propósitos, para gastarlo en vuestros placeres (Santiago 4:1–3).

Sencillo ¿no? Lo que aparece en mis palabras o acciones proviene de un solo lugar: mi corazón. Dios nos ama tanto que no nos deja buscando respuestas a las preguntas y a los retos del matrimonio. El problema no está a nuestro alrededor ni afuera de nosotros. El problema es "la gran oposición" dentro de nosotros mismos.

G.K. Chesterton una vez respondió a un artículo en el periódico que invitaba a los lectores de todo el mundo a responder a la antigua pregunta, "¿Qué está mal con nuestro mundo?"

Su respuesta breve y al grano fue, "Yo."[4]

¿Cuál es el mayor problema en mi matrimonio? Lo soy yo.

La niebla de la guerra

¿Nunca ha escuchado la frase, "la niebla de la guerra"? Es algo que sucede en medio de la batalla—todo parece caótico y nada tiene sentido. En la niebla de la guerra, la gente hace cosas que son completamente fuera de carácter, cosas que hubieran jurado que nunca harían. La guerra entre la carne y el Espíritu puede asemejarse a eso—somos lanzados de aquí para allá por cualquier impulso dominante en un momento dado. Y en tal momento podemos hacer y decir cosas que nunca habíamos considerado posibles. ¿Qué nos motiva a hacer cosas que lamentaremos después? Considere el reporte del apóstol Pablo desde el frente de batalla en Romanos 7.

> Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo la ley de que el mal está presente en mí. Porque en el hombre interior me deleito con la ley de Dios, pero veo otra ley en los miembros de mi cuerpo *que hace guerra*

> *contra la ley de mi mente, y me hace prisionero de la ley del pecado* que está en mis miembros (Romanos 7:21–23, énfasis agregado).

Pablo descubrió que el pecado tiene un propósito, una intención. Encontró una ley, una especie de "sistema operativo" (para ustedes que les gusten las computadoras) constantemente obrando dentro de sí mismo. Pablo dijo, "Parte de mí se deleita en la ley de Dios, pero veo otra ley intentando llevarme cautivo." ¿Alguna vez usted o su esposa ha dicho lo siguiente?

"¡No puedo creer que hice eso!"

"¿De dónde salió eso?"

"¡Yo no soy así!"

Pablo se puede identificar. Él lo llama la ley del pecado en acción. Esta ley se opone específicamente a nuestros deseos de Dios, aun a la ley de Dios que está siendo escrita en nuestros corazones. La ley del pecado quiere esclavizarnos al pecado, y a pesar de nuestra garantía de salvación en Cristo, esto es algo serio. Cualquier pecado se puede volver esclavizante. Todo pecado hace daño, el cual puede ser complejo y perdurable. De seguro cosechamos lo que sembramos, y nuestras batallas tienen verdaderas consecuencias. No son juegos de guerra, sino la guerra misma.

Bienvenido a la realidad.

R.C. Sproul escribe, "De cierta manera, la vida no se vuelve complicada hasta que uno se convierte en cristiano. Cuando somos nacidos del Espíritu renacemos a una lucha feroz entre el viejo hombre y el nuevo hombre".[5] ¿Es usted cristiano? ¿Está usted casado(a)? Usted es un hombre nuevo *y* un hombre viejo; una mujer del Espíritu *y* una mujer de la carne. Ahora mismo dentro de su propio corazón, usted está en una batalla.

Yo me convertí hace veintiséis años y todavía tengo "la ley del pecado" obrando en mi cuerpo. Ahora, no se confunda con la palabra "ley". No quiere decir que estamos bajo el reinado del pecado o que debemos expiar continuamente nuestros pecados. ¡La expiación completa por todos nuestros pecados para siempre fue lograda a nuestro favor en la cruz, por nuestro maravilloso Salvador! Pero permanece la influencia poderosa y activa del pecado dentro de nosotros. Se presenta como "ley" porque así es como opera dentro de nosotros—busca gobernar y someternos, insiste en ser obedecida; se opone a nuestro deseo de hacer el bien.

Digamos que voy conduciendo hacia mi casa después de un día lleno de trabajo, anticipando la cena ya puesta en la mesa, un besote de mi esposa, y una

casa tranquila. Mis comodidades rara vez amenazan a la ley del pecado. Sin embargo, supongamos que la segunda o tercera cosa que me dice Kimm es, “Necesitamos hablar acerca de lo que pasó hoy ...” y está usando ese tono de voz que me indica que por ahí anda un hijo culpable de algo.

Sé lo que sería correcto hacer. Entiendo mi responsabilidad de proveer liderazgo a mi familia. Comprendo la gravedad de la situación. Incluso alcanzo a entender la sabiduría que hay en atender a esta situación lo más pronto posible. Pero la ley del pecado combate en el momento de la decisión. Quiere que yo haga todo *menos* lo correcto. Así que me presenta un plan mucho más atractivo: echarle un suspiro profundo a mi esposa que le comunica “¡Ay, las cargas del liderazgo!”, gritarle una reprensión general a cualquier hijo que esté más cerca, y retirarme al Internet para ponerme al tanto de *cualquier* cosa que esté sucediendo *fuera* de mi casa.

¿Qué hago cuando la ley del pecado me da una orden así? En medio de una disputa, cuando uno *sabe* que está equivocado, ¿qué nos impide simplemente decir, “Bueno, tienes razón, ¿me perdonas?” La ley del pecado.

¿Cuál se imagina que es el factor más grande que le impide tener una vida devocional constante? Sí, la ley del pecado.

Cuando sabe que su matrimonio pudiera beneficiarse de una inversión romántica, ¿Por qué no hace el esfuerzo? Una vez más, la ley del pecado.

Usualmente somos expertos en identificar la ley del pecado obrando en nuestros cónyuges, pero no tan perspicaces en notar su obra en nosotros mismos. La ley del pecado puede hacernos sentir fuertemente como si sólo se tratara de, “así soy”, o “es la manera en que fui hecho”. Después de todo, los mandatos de esta ley provienen de nuestro interior. Pero todos los hombres y mujeres casados deben poder decir junto con Pablo, “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo la ley de que el mal está presente en mí” (Romanos 7:21).

Donde antes éramos ciudadanos del reino de la oscuridad del pecado ahora, por la obra consumada de Cristo en la cruz, somos ciudadanos del reino de Dios y de luz. Cada uno de estos reinos tiene leyes diferentes para sus ciudadanos. El convertirnos en ciudadanos del reino de luz garantiza nuestro destino final. Pero, entre ahora y entonces, nuestro pecado puede transformar nuestros corazones en una máquina de niebla muy eficaz.

La traición del pecado

Hay tres cosas acerca de la naturaleza del pecado que le permiten generar una

niebla tan densa: el pecado es astuto, es seductor, y es traicionero.

El pecado es astuto

El pecado es astuto. Es inherentemente engañoso. La artimaña espiritual suprema del pecado es quedarse en la sombra mientras intenta controlarnos y llevarnos cautivos. Pero, a diferencia de un timador quien sólo quiere privarnos de nuestro dinero, el pecado nos quiere separar de Dios mismo. A través de sus mentiras, el pecado nos presiona a adoptar una perspectiva falsa de nuestra relación con Dios.

Dependemos de Dios para nuestras vidas mismas. Él es nuestro proveedor benévolo de toda cosa buena, y es nuestro sabio y amoroso Padre quien tiene nuestro bien en mente. Pero el pecado quisiera que viéramos a Dios como alguien *responsable de suplir* nuestros deseos. Esto convertiría a Dios en un genio mágico cuya responsabilidad primordial sería corregir cualquier circunstancia que al momento nos estuviera molestando, o en un déspota malhumorado cuya falta de disposición o de habilidad para suplir nuestras necesidades fuera la fuente de nuestros problemas.

Aunque hemos sido *bendecidos* por Dios, el pecado quisiera que nos viéramos como *víctimas* de Dios. Así es como funciona el pecado ahora mismo. Así es como funcionó “en el principio”.

El pecado es seductor

En Génesis 3, la serpiente empieza a suscitar el interés de la mujer preguntando, “¿Qué te dijo Dios?”. Cuando ella responde, la serpiente revela su verdadera hostilidad contra Dios al contradecir la palabra de Dios y distorsionar su carácter. “Y la serpiente dijo a la mujer: Ciertamente no moriréis. Pues Dios sabe que el día que de él comáis, serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal” (Génesis 3:4–5).

Permítame interpretar esto en el vocabulario del pecado, “No seas tonta, Eva. No vas a morir. Dios sabe lo que va a pasar si comes este fruto—serás como Dios *...¡y a Él le da miedo eso!* De hecho, Dios tiembla ante el potencial de un humano auto-realizado y semejante a Dios. Por eso quiere impedirte que comas del árbol. De hecho, esto es lo verdaderamente sorprendente Eva: ¡Dios te está negando cosas! Estás padeciendo una grave injusticia ...vamos Eva, ¡tú tienes derechos!”

Vamos a la repetición de la jugada. Según lo pintado por esa conversación, Adán y Eva habían emprendido un camino largo y peligroso. Eva había pasado

de ser un individuo responsable ante un Dios amoroso a ser la víctima de un Dios inseguro que se sentía patéticamente amenazado por su autonomía. Adán fue completamente excluido de la conversación entre Eva y la serpiente. A través de la amable persuasión, el pecado le vendió a la primera pareja—al igual que a todos nosotros—una conclusión totalmente demente: que el Dios que nos creó y que sostiene nuestro aliento en cada momento, ¡no es confiable!

El pecado nos traiciona

Cuando vemos el pecado como astuto y seductor, la neblina de la guerra se despeja y la destrucción, necedad e inutilidad que crea el pecado se pueden ver claramente. Tomás Watson escribió, "El pecado primero corteja, y luego mata ... el que fue matado por el pecado, también fue traicionado por él."[6] Aquí "la traición" significa el uso de una relación de confianza para entregar a alguien en manos del enemigo. Es la máxima carnada y cambiazo, la promesa de bendición que al final entrega maldición. Watson estaba contemplando la misma verdad espiritual que Pablo había contemplado cuando escribió Romanos 7:24, "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?"

Para los seres humanos es casi imposible experimentar un enojo que sea completamente santo. Por lo general le mezclamos una cucharadota de auto-justicia. Pero cuando realmente entendamos las sutilezas maliciosas que el pecado usa continuamente para traicionarnos, creo que podremos acercarnos bastante. Ver que la traición del pecado es el problema más grande en nuestro matrimonio, puede evocar, si no un enojo perfectamente santo, por lo menos una valentía indignada. Y esa es una emoción útil en el campo de batalla.

Danzando en el campo de la victoria

Amigo, *tenemos* que pelear la batalla contra el pecado. Si no lo hacemos, *nos va a* atropellar. Pero he aquí una promesa que hace toda la diferencia: ¡Por la cruz de Cristo la batalla ya ha sido ganada! Escuche el grito de batalla en Romanos 8:

> Por consiguiente, no hay ahora condenación para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte. Pues lo que la ley no pudo hacer, ya que era débil por causa de la carne, Dios lo hizo: enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y como ofrenda por el pecado condenó al pecado en la carne, para que el requisito de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. (Romanos 8:1–4)

¿Qué significa esto para nosotros en nuestra lucha con la carne? Significa que no importa qué tan derrotados nos sintamos en la batalla, somos más que vencedores por medio de dos expresiones asombrosas de la gracia de Dios.

Podemos levantarnos *perdonados en el tribunal de Dios* por medio del sacrifico expiatorio de Cristo—Dios ya no nos ve en relación a nuestro pecado. ¡Y nos da la bienvenida como *justos en los atrios de Dios* por la justicia imputada de Cristo! (“Imputada” significa que Dios considera la justicia de Jesús como la nuestra.)

Dios lo considera a usted más que un pecador perdonado. Lo considera una persona santa. Aun cuando el poder del pecado sigue obrando dentro de nosotros, su reinado ha sido quebrantado y Dios ya no nos ve a la luz de eso. Por favor entienda esto: No importa que tan violenta sea su batalla contra el pecado, está peleando como un pecador perdonado. Está peleando del lado de Dios, ¡y Dios siempre gana al final!

¿Cómo afecta a la batalla esta relación que gozamos con Dios? En el fragmento de Romanos 8 que leímos anteriormente, Pablo indica que el Espíritu Santo mismo obra a nuestro favor a medida que caminamos “conforme al Espíritu”. Esto hace eco a las mismas palabras que usó Pablo en Gálatas 5, donde la imagen es de poderes opuestos—el fruto del Espíritu sobreponiéndose a las obras de la carne (vs. 18–25). En Romanos, la imagen es de leyes opuestas—la ley del pecado vencida por la ley del Espíritu. En ambos casos el resultado es el mismo—una vida liberada de la tiranía del pecado y un corazón que se conforma más y más al gobierno de Cristo.

El matrimonio se vive sobre un campo de grandes batallas espirituales. Pero descansa dentro de una guerra que ya ha sido ganada. Nuestro verdadero oponente no está en el lado opuesto de la cama, sino dentro de nuestros corazones. Nuestro enemigo son los deseos de nuestra carne que se oponen a los deseos del Espíritu. Este es el enemigo más feroz, y realmente el único verdadero enemigo de nuestro matrimonio. Debemos conocer bien a este enemigo.

Este descubrimiento extraordinario, acerca de la verdadera naturaleza del pecado que mora en nuestro interior, no es el fin de nuestras batallas matrimoniales, pero sí es un inicio importante. Es el inicio de un nuevo gozo en nuestro Salvador y un nuevo deleite en nuestros cónyuges. Significa que no hay casos perdidos ni conflictos sin esperanza. Cada día es un día de nueva misericordia y poder para confesar, amar, perdonar, y restaurar. Mejor aun, las batallas matrimoniales no son sólo algo que hay que superar, esperando poder salir del conflicto con la relación todavía intacta. Más bien, nuestros conflictos tienen todavía posibilidades redentoras porque la guerra con el pecado está ganada en Cristo, por la gracia y el poder de nuestro Dios soberano.

Pero como ya dije, el conocimiento ganado hasta ahora en este libro es sólo el principio. Ahora que sabemos cómo el pecado se comporta *hacia nosotros*, necesitamos aprender, en el siguiente capítulo, cómo muchas veces respondemos *a él*. Porque son nuestras respuestas a la ley del pecado las que determinan el resultado de una batalla dada.

Comenzamos este capítulo hablando de la Batalla de Bull Run durante la Guerra Civil de los Estados Unidos. Esa batalla se llevó a cabo en la granja de un hombre llamado Wilmer Malean. Después de que se acabó la batalla, Wilmer decidió que estaba demasiado cerca a toda la acción, así que se mudó tan lejos como pudo llegar—a un pueblecito en el sur de Virginia. Pasaron cuatro años de guerra, en los que Wilmer vivió en una paz relativa—hasta abril del año 1865, cuando los ejércitos del general Grant y del general Lee, devastados por la guerra se encontraron de frente una vez más—a unos trescientos metros del refugio de Wilmer Malean en Appomattox, Virginia. Afortunadamente, para Wilmer y el resto de los habitantes en esa región, en lugar de atacarse de nuevo, las fuerzas opositoras hicieron la paz.

No sé si Wilmer era cristiano, pero no puedo evitar aprender un par de lecciones de su odisea. Antes que nada, no importa nuestro esfuerzo, nunca vamos a poder evitar por completo la guerra con el pecado en este lado del cielo. Pero aun más profundamente, se supone que el fin de la guerra es la paz. A medida que peleamos esta batalla en nuestro interior, y ayudamos a nuestro cónyuge en la batalla, tenemos la seguridad de que un día la lucha acabará, y la paz, que ahora nos guarda en Cristo, será nuestra plenamente y para toda la eternidad.

Capítulo Cuatro

Sacándolo a dar un paseo

Una prueba de su doctrina

¿De qué sirve estar aquí dando acelerones si no vamos a ningún lado?” En aquel momento la pregunta se me hizo algo inspirado. En retrospectiva, creo que estuve brevemente poseído.

Terry, mi compañero de trece años, había decidido que impresionaría a los chicos del vecindario si tomara las llaves del coche de su hermano, encendiera el motor del Chrysler modificado y se estuviera allí sentado afuera de su casa acelerando el motor. Lo acompañé como co-piloto, porque yo apenas tenía doce años, demasiado joven para la responsabilidad asombrosa de acelerar el motor. Humo resoplaba del tubo de escape mientras Terry, colocado tras el volante, apretaba el acelerador. Funcionó el plan, causando un alboroto. Niños desde Canadá se acercaron para ver qué estaba pasando.

Fue en ese momento que se formuló la pregunta en mi mente. Probablemente hubiera sido mejor *dejarlo* sólo como una pregunta, pero para mí no tenía sentido el quedarnos allí estacionados en esa máquina tan grandiosa que ya estaba lista para dar una vuelta. Mi mano se acercó a la palanca de cambios.

Terry no estaba prestando atención. Estaba saludando al grupo creciente de niños, con una sonrisa triunfante en su rostro. En el mundo de la niñez, esto era el equivalente a ganar el mundial. No sabía que en un momento íbamos a dar la vuelta de victoria.

En una fracción de segundo le di un jalón a la palanca de cambios en el momento exacto en que Terry le picó al acelerador. Descubrí dos cosas. ¡Ese Chrysler tenía arranque! Y Terry no sabía cómo funcionaban los frenos.

Afortunadamente, el pánico obró a nuestro favor, pues Terry por instinto se puso en la postura de choque, una especie de posición fetal. De alguna manera el auto cambió de marcha y gradualmente nos detuvimos sin haberle pegado ni a una sola casa, árbol, o persona. No pasó nada, pensamos ...hasta que salimos del coche y nos enfrentamos con un mar de rostros de padres muy serios. Sin duda entenderían lo aburrido que es sólo sentarse en un coche sin ponerlo en marcha.

No entendieron.

Ponerlo en marcha

¿Qué inspira a dos niños adolescentes a actuar de manera tan audaz (o imprudente, dependiendo de su punto de vista)? Los adolescentes no se quieren quedar sentados. Quieren poner la vida en marcha. Y hay algo de ese deseo inquieto en nuestra relación con Dios. La gracia de Dios obrando en nosotros nos obliga a no quedarnos sentados detrás del volante, sino a poner en marcha lo que sabemos. Cuando Dios nos salva, somos atraídos por las cosas no familiares—la santidad, la verdad, las Escrituras, y el amor asombroso de Dios. Sin embargo, al aprender más, tenemos el deseo de actuar sobre lo que sabemos y creemos de Dios.

¿Pero cómo lo hacemos? ¿Cómo ponemos en marcha nuestro conocimiento de Dios—específicamente para nuestro matrimonio? Hablando bíblicamente, el poner la teología en marcha quiere decir que conducimos sobre el camino de la sabiduría. La sabiduría de la Biblia no es una especie de conocimiento místico ni un sentido común callejero. Es la vida y las decisiones de alguien correctamente relacionado con Dios. Es aplicar lo que sabemos que es verdad. El teólogo Graham Goldsworthy dice,

> ...[la sabiduría] no es algo que depende de qué tan astutos seamos ni de cuanta información hayamos logrado amontonar en nuestras mentes. Más bien es una decisión moral entre ser independiente de Dios, o estar sujeto a Él en nuestro pensar al igual que en nuestro andar.[1]

El camino de la sabiduría está abierto a cualquiera que ha creído el evangelio, porque Cristo mismo es nuestra sabiduría (1 Corintios 1:30). Es por eso que podemos pedir sabiduría confiadamente, y esperar que Dios nos la otorgue (Santiago 1:5). Esta carretera está abierta a nosotros por medio del evangelio. Así que, la sabiduría para nuestros matrimonios no se encuentra en manuales de “Cómo hacer ...”, o en fórmulas para el éxito. Se encuentra en poner nuestras creencias en marcha e irnos por el camino de la sabiduría, con Dios detrás del volante.

Entonces, ¿por qué quedarnos sentados acelerando el motor de nuestra teología del pecado a menos que lo vayamos a poner en marcha? ¿Por qué tener una máquina poderosa si nunca va a salir del garaje? El progreso viene cuando le metemos el cambio al auto y descubrimos lo que puede hacer. Permítame ofrecer cuatro caminos en los cuales usted puede practicar. Tengo la confianza de que si usted puede conducir en estos caminos, puede llegar a donde necesita llegar en

su matrimonio.

Primera marcha: En humildad, sospeche primero de sí mismo

Es muy importante, en nuestras vidas cristianas, sospechar de cualquier pretensión de nuestra propia justicia que traemos a nuestra relación con Dios. Es en Cristo solamente, y en sus méritos solamente, que confiamos. La humildad verdadera vive confiada en la justicia de Cristo y sospecha de la nuestra.

La palabra "sospecha" muchas veces tiene malas connotaciones. Una nube siniestra la persigue—casi siempre se usa negativamente. Las personas bajo custodia de las autoridades son sospechosas. Las pandillas por las noches son sospechosas. Los niños risueños alrededor de un recipiente para galletas—vacío—son sospechosos. Los cristianos no deben de ser sospechosos. ¿O sí?

Vamos a recorrer el camino del conflicto más reciente. Ella dijo algo; él hizo algo. Las cosas no salieron bien—pasa con frecuencia. Cuando buscamos abordar dificultades en nuestro matrimonio, ¿influirá sobre nuestras suposiciones y métodos el tener una sospecha humilde de nuestros corazones?

Tal vez esto le sacuda, pero *debemos* ser suspicaces ... de manera selectiva, permanente e interna. ¡Siendo el peor de los pecadores, y estando en medio de los conflictos diarios del matrimonio, debo ser *primordialmente* desconfiado, y *regularmente* desconfiado de *mí mismo*! Ser desconfiado de mi propio corazón es reconocer dos cosas: que mi corazón tiene un papel central en mi conducta, y que mi corazón tiene una tendencia a oponerse a Dios y a sus planes.

Esta es un área en la cual nos tenemos que entrenar. La humildad manifestada en tener una sana auto-sospecha, definitivamente no nos es natural. Siempre es un camino firme y seguro, pero no necesariamente el que tiene los mejores paisajes. Y tristemente, a menudo es el camino menos recorrido en el matrimonio.

Cuando está en un conflicto con su cónyuge, o evaluando conflictos pasados, ¿nunca ha dicho (en voz alta o en su mente), "Dios conoce mi corazón en esta situación"? ¿Fue ese un pensamiento confortante o tranquilizante? ¿Se imaginó que una inspección divina de sus motivos y deseos ocultos sólo revelaría únicamente los motivos más puros y semejantes a Cristo? Si es así, estaba en un tramo peligroso sin ningún tipo de barrera de protección, y probablemente a punto de caerse en el abismo de auto-engaño. Estamos hablando de choque e incendio. Pero el vivir sospechando de los motivos de nuestros corazones es

conducir espiritualmente protegidos.

Muchos problemas matrimoniales pudieran resolverse más pronto si el marido y su mujer verdaderamente vivieran como si fueran “pecadores” quienes dijeron, “Acepto”.

Los pecadores humildes crecen en el conocimiento de sus propios corazones. Al hacer eso, descubren lo que realmente está pasando—que el hecho de afirmar una justicia fuera de Cristo mina la verdad del evangelio. ¿Por qué no reconocer lo que la cruz dice de nosotros y disfrutar la verdad que J. I. Packer afirma tan vívidamente, “nuestras mejores obras están plagadas con pecado y contienen algo por el cual necesitamos ser perdonados”?[2] ¿Suena sombrío? Claro que sí. Pero es la puerta al camino firme y seguro de la humildad.

Segunda marcha: En integridad, inspecciónese a sí mismo

Tal vez ha escuchado la historia del hombre de montaña que llevó a su familia a la ciudad por primera vez. Caminando por las calles, cautivada por los rascacielos, la familia sigue a la multitud por unas puertas de vidrio giratorias. Cuando todos emergen a un área interior enorme, la madre e hija se detienen para maravillarse ante una escalera móvil plateada. El padre e hijo siguen más allá en el edificio, y en unos momentos se encuentran enfrente de una pared llena de puertas brillantes metálicas, con botones encendidos a un lado de las puertas.

Mientras contemplan unos números intermitentes arriba de las puertas, una anciana desaliñada y sucia con una bolsa roja para ir de compras se acerca a las puertas más próximas a ellos. Como por arte de magia las puertas se abren, revelando un cuarto chico y vacío con paneles de madera. La mujer se mete y las puertas se cierran. La familia se queda paralizada: ¿Qué está pasando allí dentro? ¿Por qué quiso meterse en un cuarto tan chico? Después de un minuto más o menos las puertas mágicas se abren otra vez. Ahora sale una mujer hermosa y enérgica que pasa rozándolos, con una bolsa de compras roja en su mano.

Sin quitar los ojos del ascensor, el padre inclina su cabeza a su hijo y le susurra, “Hijo, ve por tu madre.”

Aparte del valor cómico, me gusta este cuento porque habla de una tendencia común que todos tenemos: a menudo queremos arreglar nuestro matrimonio al “arreglar” a nuestro cónyuge. Más adelante en este libro vamos a examinar más de cerca qué hacer cuando el amor requiere que confrontemos el pecado de nuestro cónyuge. Pero nunca se debe *empezar* allí en un matrimonio. Las Escrituras no me permiten hacer de los pecados de mi cónyuge mi primera

prioridad. Necesito calmarme, ejercer la humildad de la auto-sospecha, e inspeccionar mi propio corazón primero.

Considere las palabras de Cristo acerca de cómo debemos dirigirnos al pecado del otro.

> ¿Y por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, y no te das cuenta de la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo puedes decir a tu hermano: "Déjame sacarte la mota del ojo", cuando la viga está en tu ojo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás con claridad para sacar la mota del ojo de tu hermano. (Mateo 7:3–5)

Imagínese a un esposo, con una viga de ferrocarril sobresaliendo de su cara, intentando sacar una mota del ojo de su esposa. La va a dejar golpeada mucho antes de poder dirigirse a su mota. El simple hecho de acercarse a ella la lastima.

Al usar la imagen de vigas y motas, Jesús revela que este método es erróneo, ineficaz (para usar palabras livianas), y absurdo. Cuando nuestra meta es tratar con el pecado de otro, Jesús nos dice, *nuestro propio pecado* debe sobresalir en nuestro punto de vista. Debe ser, por mucho, el asunto más significativo y primordial. Lo que nos sorprende es su uso de la palabra "hipócrita" para describir a los que se centran en la mota. ¿Por qué hace una evaluación tan, aparentemente, dura? Tiene que ver con lo obvio de la viga. Jesús está diciendo que el ignorar la viga tan "obvia" a favor de una mota no-tan-obvia no es simplemente incorrecto, es hipocresía. De otra manera, carece de integridad ignorar un problema mayor para concentrarse en uno trivial, simplemente porque usted prefiere enfocarse allí.

Vamos a decir que usted y su cónyuge recientemente tuvieron un conflicto en el cual ambos han contribuido con algo de pecado (a propósito, ¡esto probablemente describe cada uno de los conflictos que ha vivido en su vida entera!). ¿Qué pasaría si usted evaluara ese conflicto a la luz de este pasaje, *y su cónyuge hiciera lo mismo?* ¿Qué si la viga (no la mota) era suya ...y su cónyuge viera que él o ella tenía una viga (no una mota) también? ¿Estaría equivocado uno de ustedes? ¿Sería una aplicación incorrecta de este pasaje? No creo. ¡Creo que es precisamente lo que debe pasar!

A Jesús no le importa cuál de ustedes es *más culpable* en un caso particular. Su énfasis está en el *enfoque*, en lo que para usted es *el hecho más obvio* cuando el pecado está a plena vista. El llamado de Jesús es que la inspección empiece con nosotros mismos. A la luz de quiénes somos en comparación con Dios, y por la realidad del pecado remanente en nosotros, no es nada más que la integridad básica considerar nuestro pecado antes de considerar el de nuestro cónyuge. Hacer algo diferente carece de integridad. Es hipocresía.

La sabiduría une la integridad a la humildad de una manera muy sencilla. Si usted se *sospecha* de sí mismo (humildad), es más probable que se vaya a *inspeccionar* a usted mismo primero (integridad). Este camino se nos hace estrecho, porque siempre estamos buscando una salida para concentrarnos en el pecado de otra persona. Pero si permanecemos en él, podemos confiar que nos llevará a donde Jesús quiere que vayamos. Así que, ¿cómo permanecemos en el camino estrecho de la integridad?

Asegúrese de sospechar e inspeccionar la precisión de sus percepciones. Cuando surge un conflicto, ¿siente que su perspectiva con respecto al pecado de su cónyuge es clara, aguda y obvia? ¿Está anticipando el momento de poder decir, “Amor, si estuvieras viendo esto objetivamente, tendrías que admitir tu pecado”? Cuidado con la coyuntura del orgullo.

Ninguno de nosotros es omnisciente. Ni somos profetas del Antiguo Testamento pronunciando juicio. Sólo conocemos en parte (1 Corintios 13:12), y como no podemos ver el panorama completo, hay la posibilidad de que estamos equivocados.

Pero bueno, quizá usted piensa que *sí* puede ser más objetivo que su cónyuge. Pero aun si es cierto, su objetividad misma está contaminada con pecado. Debe llevar a esas conversaciones una conciencia de sus motivos y deseos pecaminosos que sea *más* tangible y *más* vívida que su conciencia del pecado de su cónyuge. Haciendo esto disminuirá su irritación y suavizará su tono de voz.

Además, evite la coyuntura de la auto-justicia. La integridad le llama a sospechar e inspeccionar sus motivos. ¿Realmente está haciendo esto para bendecir, animar y ayudar a su cónyuge? ¿O sólo quiere ganar puntos para su causa? ¿Desea que le digan que usted estaba en lo correcto? ¿A quién está queriendo servir—a su cónyuge, o a sí mismo?

Entonces, si se encuentra en busca de motas en su matrimonio, probablemente sea porque sus sospechas e inspecciones están mal dirigidas y está inspeccionando al culpable equivocado. Los matrimonios florecen luego que ambos partidos aprenden a permanecer en el camino estrecho de la integridad. Quiero sospechar de e inspeccionar mi propio corazón primero. Allí es dónde descubriré no sólo el pecado más obvio, sino también el único pecado que puedo cambiar directamente.

Tercera marcha: Admitir que las circunstancias sólo revelan pecado existente

Se habla mucho hoy en día de la necesidad de la honestidad dentro de un matrimonio. Desafortunadamente, lo que se propone se parece más bien a una licencia para descargar verbalmente en nuestro cónyuge lo que estamos "sintiendo" a favor de "la honestidad emocional". Tristemente, este método puesto en práctica normalmente resulta en grandes daños y ofensas. Aunque la honestidad es esencial en un matrimonio, debemos poder crear confianza y resolver ofensas. El problema no está en la honestidad en sí, sino en la intención de las palabras honestas de la persona.

Como ya hemos aprendido, nuestros problemas brotan de cómo nuestros corazones enfrentan las circunstancias que nos rodean. Si estamos aplicando la sabiduría que proviene del evangelio, vemos la mano de Dios en cada situación, obrando para nuestro máximo bien. En el matrimonio, esto significa que Dios creará oportunidades para revelar y luego tratar con el pecado que nos impide vivir en sabiduría.

Después de ser salvo, y antes de haberme casado, viví bajo la ilusión loca e imperturbable de que yo era espiritualmente maduro. Mi santidad era algo espléndido y, en gran parte, imaginario. Si la ignorancia es felicidad, yo estaba en un éxtasis permanente. La poca frecuencia con que examinaba mi corazón aparentemente tan inocente, reveló poca necesidad de mejoramiento. Vivía con la expectativa de que en cualquier momento Dios pudiera mandar un carruaje para llevarme al cielo, como a Elías. Vaya que si era yo alguien necesitado de la doctrina del pecado ...

Luego sucedió. Me casé y me convertí en un acusador.

John Bettler ha dicho, "Su cónyuge siempre engancha su ídolo". (¿Dónde estaba usted hace veinticinco años, Dr. Bettler?) Pero el matrimonio no sólo enganchó mis ídolos, los elevó dos metros en el aire y los remolcó por toda la casa. No le puedo decir cuántas veces pensé, "Nunca tuve estos problemas antes. Debe de ser culpa de mi esposa." La verdad es que, yo siempre había sido alguien que le echaba la culpa a otros—¡sólo que después de casarme hubo muchas más oportunidades de expresar esa falla!

Personalmente, yo coloco la culpa de mi inclinación a culpar a los demás sobre mi descendencia familiar: Adán lo empezó. "Ves Señor, es esta mujer que me diste" (Génesis 3:12, parafraseado). Al igual que yo, me imagino que en gran parte mucho de la transferencia de culpa en su matrimonio se parece a la de Adán.

"Es este marido que me diste."

“Es una latosa.”

“Es un grosero.”

“¡Es esta persona tan diferente a mí!”

Pensamientos como estos nos dejan en el mismo lugar en que dejaron a Adán hace tantos años—en una cloaca de auto-justificación. Intentar justificarnos es negar nuestra culpabilidad ante Dios. Es un esfuerzo inútil. El transferir la culpa puede engañar a ciertas personas a veces, pero en ningún momento engaña a Dios.

El transferir la culpa es un poco diferente de algo que mencionamos anteriormente, es decir pensar que mi cónyuge o mi matrimonio es la *causa* de los conflictos (ya que la única causa real es el pecado). Transferir la culpa es lo que hago cuando realmente *sé* que soy culpable y sólo estoy intentando convencerme a mí mismo o a otra persona que tal vez no lo sea.

Y es que su corazón malévolo, y el mío, son sorprendentemente similares. Ambos ansían vindicarse. Quieren insistir en que otra persona nos obligó a pecar ...algo fuera de nosotros ...fuera de nuestro control. ¡Ajá—nuestras circunstancias!

El camino de la honestidad es un camino recto—va directo a nuestros corazones. Si en algún momento ha manejado en el oeste de los Estado Unidos, en uno de esos caminos desérticos largos, una cosa que empieza a sobresalir es que todo el paisaje empieza a verse familiar. Se da cuenta de que el camino no fue construido para pasear, fue construido para llevarlo a donde usted necesita ir. El camino recto de la honestidad tiene esa misma sensación. Va uno conduciendo y va viendo las mismas tentaciones que siempre ha visto, y las mismas rutinas de pensamiento que lo distraen del camino. La honestidad nos obliga a tratar de manera directa con los pecados familiares que moran en nosotros. Y el destino siempre es el mismo—el pie de la cruz donde se ha expiado nuestro pecado y donde Cristo, nuestra sabiduría, está dispuesto a ayudarnos en momentos de necesidad.

Hace poco, mi hijo arrancó el cortacésped con el tapón del aceite desprendido. Cuando se calentó el motor, el pobre niño descubrió petróleo ¡y era un géiser! Como yo no cambio el aceite frecuentemente (más bien: nunca) un sedimento negro pegajoso estalló del motor, cubriendo el cortacésped, a mi hijo, y todo lo que se encontraba en un radio de dos metros. (Es por cosas así que yo no corto el césped.)

Esta puede ser una ilustración útil para entender el operar de nuestro pecado remanente. El pecado original llenó el “motor” de nuestros corazones con el “aceite” de la depravación—oscuro, aceitoso, y manchando todo lo que toca. Ahora vienen las circunstancias y calientan el motor. Cuando el motor se calienta—cuando los eventos de nuestras vidas ponen a prueba nuestros corazones, agitando la ira, la envidia, la lujuria, la codicia, etc.—lo que hay en el motor sale. El calor (las circunstancias) no llena el motor de aceite, simplemente revela lo que ya estaba en el motor.

¿Ha experimentado calor últimamente?

Maridos, entran al auto sólo para descubrir (suspiro) que el indicador de la gasolina, el que les han recordado a sus esposas que lo llenen (jmmff) está marcando vacío otra vez (usted está a punto de estallar). ¿Qué está pasando? ¿Su cónyuge ha pecado contra usted? Tal vez sí, tal vez no. La queja y el desprecio que llenan su mente—¿son *causados* por el indicador de la gasolina o por su esposa? No, simplemente le están mostrando la impaciencia que ya existía en el motor de su corazón. El calor sólo lo agitó y lo hizo más obvio.

Esposas, por milésima vez (torcida de ojos) él ha subido las escaleras (queja) sin tocar el montón de ropa que obviamente se necesita llevar arriba (mirada indignada). ¿Qué está sucediendo mientras la acusación, “por lo menos es constante en ser flojo”, se te escapa en voz baja? Se está calentando el motor, está desprendida la tapa, y ¡ahí viene un derramamiento de aceite!

¿Ha considerado por qué no hay registros de Jesús dando portazos en frustración y enojo, o dejando de hablarle a alguien que lo lastimó? ¿Por qué no se irritaba o amargaba o mostraba hostil Jesús? La respuesta más sencilla y asombrosa es que cuando se calentaba su motor por las circunstancias, salía lo que había en su corazón: amor, misericordia, compasión, bondad. Cristo no respondió pecaminosamente a las circunstancias de su vida—aun a la muerte inmerecida, humillante y agonizante—porque el motor de su corazón era puro. Lo que estaba en su corazón se derramaba: ¡Era amor!

Su cónyuge fue una elección estratégica hecha por un Dios sabio y amoroso. Seleccionado por él, para usted, desde el principio del mundo, su cónyuge es una parte esencial del plan de rescate que Dios tiene para su vida. Muchas veces un cónyuge hace su parte al elevar la temperatura del motor y calentar el aceite. Pero si somos sabiamente honestos veremos que Dios está detrás de todo, destapando el pecado habitual para que pueda ser vencido por sublime gracia.

Cuarta marcha: Céntrese en la gracia inmerecida,

no en las necesidades insatisfechas

Piense acerca de su conflicto más reciente. ¿Qué lo causó? Si su respuesta es, "¡Mi cónyuge no me está dando lo que yo necesito!" no está solo. Pregúnteles a los "expertos del matrimonio" cómo se deshacen los matrimonios, y muchos señalarán las necesidades insatisfechas. Recientemente, la edición dominical del periódico local hizo una reseña sobre unos libros de matrimonio nuevos que respondieron a la pregunta, "¿Cómo pueden llevarse mejor las parejas?" Cada autor llegó a casi la misma conclusión: "Satisfacer las necesidades emocionales".[3]

En el siglo XXI, el matrimonio se ofrece como la respuesta a nuestro déficit emocional. Tristemente, la iglesia muchas veces hace eco a este dogma con una versión supuestamente cristiana del mismo mensaje.

Pero de acuerdo a las Escrituras, la fuente de las palabras dichas en enojo, de las miradas acusatorias, y de la indiferencia no es necesidades insatisfechas sino deseos insatisfechos. Ya hablamos de esto brevemente en el capítulo dos. Vamos a regresar a ese pasaje y desempacar ese cofre de tesoros un poco más.

> ¿De dónde vienen las guerras y los conflictos entre vosotros? ¿No vienen de vuestras pasiones que combaten en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis, por eso cometéis homicidio. Sois envidiosos y no podéis obtener, por eso combatís y hacéis guerra. No tenéis, porque no pedís. (Santiago 4:1–2)

¿Adivine qué? La última vez que intercambiaron palabras ásperas no fue debido a una necesidad incumplida; no fue "que ella no me respetó" o "que él no mostró afecto". Fue por causa de deseos renegados—"pasiones que combaten en vuestros miembros."

Así que, ¿"se trata esto nada más de identificar qué es una "necesidad real" y qué es sólo un "deseo"? Mientras esa es una distinción importante, debemos ver que las Escrituras colocan la culpa directa y únicamente en nuestras pasiones—en *qué tanto* deseo algo, *sin importar qué tan "legítimo" sea ese deseo.* Si mi deseo es tan fuerte que me estoy viendo tentado a pecar, entonces el problema es enteramente mío. Es mi deseo, mi pecado, el aceite mugroso en mi corazón que estalla en respuesta al calor de las circunstancias.

Con una o dos oraciones, Santiago magistralmente cambia nuestro paradigma entero de algo del cual *carecemos* (una necesidad insatisfecha) a algo que estamos *haciendo* (es decir, deseando apasionadamente algo que no estamos recibiendo). Acechando bajo nuestras necesidades insatisfechas hay deseos que exigen la satisfacción. "Codiciáis y no tenéis."

¿Pueden mis palabras o mi conducta *tentar* a mi cónyuge a iniciar o

intensificar un conflicto? Claro. (Y cuando hago eso, le agrego mi pecado a una situación mala.) Pero no hay nada que yo pueda hacer para *causar* una respuesta pecaminosa en mi cónyuge. El pecado que emerge del corazón de mi cónyuge ya estaba allí.

Yo me crié en un hogar ordenado. No, tache eso. Cuando los calcetines se doblan y organizan conforme a su color para mayor referencia visual, uno se encuentra mucho más allá de lo que se considera ser ordenado. Kimm, por el contrario, se crió en un hogar en el cual no existían los cajones para los calcetines. No estoy seguro cómo funcionaba eso. A menudo le recuerdo que las personas con cajones de calcetines organizados son los que están a cargo del mundo. Ella de inmediato me recuerda que mientras eso puede ser verdad, no significa que siempre lo disfrutan. Es en ese momento que me callo y vuelvo a doblar mis calcetines.

No era de sorprender, que algunos de nuestros conflictos de recién casados tenían que ver con el orden. Yo estaba convencido de que yo necesitaba el orden. Mi mentalidad del cajón de calcetines se aplicaba a prácticamente todo aspecto de mi vida. Para mí era una necesidad clara y biológica clasificada en el mismo nivel que las vitaminas, el aire, y la lasaña bien rica. Y pude armar un buen argumento a favor del orden. Empezando en Génesis, pude atravesar toda la Biblia—la Creación, Números, el Templo, Corinto—el Dios de la Biblia era un Dios de Orden. Si a Dios le importaba el orden, y yo fui creado a su imagen, entonces yo necesitaba el orden. Sip, mi alma misma dependía de ello.

Kimm fue fantástica. Ella nunca atacaba el orden; ella sabe que es algo bueno. Pero sí cuestionaba por qué era algo tan importante para mí. ¿Por qué a veces incita en mí enojo o ansiedad la falta de orden? Durante un tiempo, con la ayuda de mi paciente esposa y algunos amigos fieles, empecé a ver que mi necesidad de tener orden realmente era una ansiedad pecaminosa. Esto no significa que el orden en sí es malo. Pero yo colocaba una especie de seguridad y confianza en el control que me facilitaba el orden. Cuando eso se derrumbaba, mis deseos eran agitados y mi corazón era expuesto. El deseo en sí no era malo. Pero era un deseo que yo suponía que se necesitaba cumplir. Era un deseo enmascarado como necesidad—algo que yo quería hacer pasar por algo que yo necesitaba para vivir. Y cuando las circunstancias en mi matrimonio se interponían entre mí y mí exigencia para el orden, pues, salían volando los calcetines.

Las necesidades no son malas; todos las tenemos. Existen como recordatorios diarios de que fuimos creados como seres dependientes, con una necesidad fundamental de Dios y de su provisión en nuestras vidas. Pero el mantener una

distinción entre necesidades genuinas y necesidades inventadas por una cultura auto-indulgente es esencial para un matrimonio sano.

¿Es incorrecto desear la caricia de la mano de su esposo o las palabras bondadosas de la boca de su esposa? Claro que no. Pero aun las cosas sanas en un matrimonio pueden ser corrompidas si son definidas como necesidades. El problema no está en lo que deseamos—el desear es algo completamente natural; está en que nuestros deseos son alimentados con esteroides. Calvino definió nuestros deseos como "desmesurados".[4]

No es incorrecto desear las cosas apropiadas, como el respeto o el afecto de nuestros cónyuges. Pero es muy fácil justificar las exigencias al pensar que son necesidades y luego castigarnos el uno al otro si no se cumplen esos deseos. Un matrimonio basado en necesidades no da testimonio para la gloria de Dios; está centrado en las exigencias personales que compiten por la supremacía. Dos personas, preocupadas con manipularse para satisfacer sus necesidades, pueden llevar su matrimonio por el camino de "diferencias irreconciliables". Eso es una forma de lenguaje cultural donde simplemente se reconoce que un matrimonio ya no puede cargar con el peso de las exigencias vistas como necesidades.

Pero tal vez lo más triste de conducir por el camino de las necesidades insatisfechas es dónde terminamos. El camino de las necesidades insatisfechas no nos lleva a ningún lugar. Es un tramo largo y desamparado, de un sólo carril ocupado por el yo. A lo único que conduce es a más del yo. Es peor que un callejón sin salida—es un círculo que nunca termina.

Sin embargo, los pecadores que dicen, "acepto" tienen otro tipo de camino por el cual conducir. Es el camino de la gracia asombrosa, inmerecida—la gracia tan extraordinaria que primero nos muestra el problema y luego nos entrega la solución. ¿Ha conducido alguna vez por un camino escénico tan hermoso que deja su cabeza dando vueltas por tratar de ver todas las vistas? El camino de la gracia inmerecida es así. Es increíblemente bello, porque todas nuestras verdaderas necesidades han sido satisfechas de una manera impresionante en Cristo. Sin embargo es un camino con muchas sorpresas, porque vamos con una plena conciencia de nuestro pecado a la luz de la cruz. ¿Cómo puede producir gozo este camino? Pienso que usted va a poder ver más claro al continuar. Así que, abróchese el cinturón y vamos a ponernos en marcha.

Capítulo Cinco

La misericordia triunfa sobre el juicio

Cómo endulzar los días y los años

Jorge y Emma se conocieron en una reunión de la iglesia. Ella era una mujercita admirable, y él desde hacía poco, pastor. El día de su boda parecía ser el lanzamiento de una pareja piadosa a la promesa de un ministerio fructífero en las décadas venideras. Pero sólo unos días tras el comienzo de la luna de miel, se aplastaron todos los anhelos que Emma había tenido para su vida. Jorge mostró claramente que no amaba a Emma, y que se había casado con ella simplemente porque había más oportunidades para un pastor casado que para uno soltero.

Por cuarenta años, después de seis hijos, y funcionando como pastor durante todo ese tiempo, Jorge no hizo ni un esfuerzo intencional para despertar un amor especial por su esposa. Admitiendo, sin vergüenza, una aventura adúltera que inició después del nacimiento de su cuarto hijo, Jorge insistió que debería permanecer casado—el divorcio arruinaría su carrera pastoral. El matrimonio para Emma se convirtió en una vida de vergüenza secreta. Se le relegó a compartir un cuarto con sus dos hijas mientras su esposo se quedaba en otro cuarto, y sus cuatro hijos en otro.

Esto es parte de una historia real de una pareja, ahora difuntos, a quienes conocí personalmente. Pero allí no acaba su historia. El caso de ellos es un caso extremo, tal vez el ejemplo más severo de una indiferencia cruel prolongada que jamás he encontrado en un matrimonio cristiano. Pero la historia no acaba como tal vez uno pensaría. Puede aparentar tratarse sólo de fracaso y de pérdida, pero se convirtió en algo totalmente diferente. Es una historia que se trata completamente de la misericordia.

Un mandato curioso

Jesús tuvo algo que decir a la gente que se encontraba en situaciones similares a la de Emma. Descendiendo desde el monte después de haber pasado toda una noche en oración, Jesús tenía en mente doce nombres. Era el momento de empezar a transformar creyentes en discípulos y discípulos en una iglesia. Los hombres cuyos nombres el Señor llevaba en su corazón se volverían sus discípulos principales, sus compañeros más cercanos, y (con una excepción) los

líderes claves de la primera iglesia. A veces me pregunto si, después de ver a estos hombres en acción, a Jesús no se le antojó regresar al monte para escoger nombres diferentes—pero Jesús no miró hacia atrás. Era el momento para deletrear un código de conducta para estos doce y para los demás a quienes el Señor llamaría. ¿Qué significaría servir a Cristo? Primero, las bienaventuranzas—según Lucas, cuatro bendiciones llenas de esperanza para el futuro, seguidas por cuatro advertencias a aquellos que aun ignoraban su necesidad de un Salvador. Luego, yendo al meollo del asunto, la cosa se puso interesante.

> Pero a vosotros los que oís, os digo, amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen; orad por los que os vituperan. Al que te hiera en la mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, no le niegues tampoco la túnica. A todo el que te pida, dale, y al que te quite lo que es tuyo, no se lo reclames. Y así como queréis que los hombres os hagan, haced con ellos de la misma manera.
>
> Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir de ellos la misma cantidad. Antes bien, amad a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad no esperando nada a cambio, y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo; porque Él es bondadoso para con los ingratos y perversos. Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso. (Lucas 6:27–36)

Considere quiénes estaban escuchando a Jesús—los campesinos, pescadores, cobradores de impuestos, fanáticos, prostitutas—una colección de gentuza, según la opinión de las autoridades religiosas judías, y los romanos ocupantes. Gente odiada y maldecida por otros. Gente con enemigos reales. Ahora considere los mandamientos dados por el Señor: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen; no tomed represalias; y prestad libremente a aquellos que tal vez nunca os repaguen.

Considere qué idea está comunicando Cristo: Lo resume allí en el mandamiento final. Se trata de la misericordia.

Dándole forma a la misericordia

La misericordia es una palabra única, maravillosa, y excepcional. La misericordia de Dios significa su bondad, paciencia, y perdón hacia nosotros. Es su disposición compasiva para sufrir para y con pecadores para nuestro más alto bien.

En la Biblia, la misericordia une la necesidad severa de justicia con el calor de una relación personal. La misericordia explica cómo un Dios santo y amoroso puede relacionarse a pecadores sin comprometer quien es. Pero Dios no se da golpes de pecho para ostentar este atributo, como algo único a él e inalcanzable para nosotros. Nos lo da libremente, como un regalo para compartir. “Sed

misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso” (Lucas 6:36).

Antes de que fuéramos cristianos, no éramos neutrales o ambivalentes hacia Dios, estábamos en su contra, éramos sus enemigos (Romanos 5:10), destinados a recibir su ira siendo seguidores voluntarios del mismo diablo (Efesios 2:1–3). Es una imagen bastante sombría. Mas Dios eligió responder a nosotros, sus enemigos, en amor. Esa es la misericordia. Esa es la realidad de la cruz que han experimentado los cristianos. Ese es el ejemplo que debemos seguir.

De allí surgen algunas preguntas importantes para los pecadores que dicen, “acepto”. ¿Conocen a Dios como un Dios de misericordia? ¿Ven a su cónyuge como lo ve Dios—con ojos llenos de misericordia? Si su respuesta a cualquiera de esas preguntas es no, es probable que su matrimonio no sea dulce. La misericordia dulcifica el matrimonio. En su ausencia, dos personas se azotan el uno al otro por cualquier cosa, ya sea por no arreglar la llave del lavabo o por las cuentas del teléfono. Pero cuando está presente la misericordia, el matrimonio se hace más dulce y más delicioso, aun frente a dificultades, retrasos, y los efectos persistentes de nuestro pecado remanente.

Kimm es muy amante del café. Ella diría más bien, que su deseo llegó a ser mucho más que amor hace años y ahora lo califica como una obsesión. Pero me agrada decir que no es una adicta temblante a la cafeína. Sólo toma café descafeinado. Lo que más le gusta del café es el sabor y la experiencia—una taza caliente y una calurosa conversación para acompañarla. Yo digo que sigue siendo una obsesión, aun si es una encantadora.

A mí me gusta más el té. Mis amigos dicen que el té es femenino, pero mi cerebro no está lo suficientemente despierto en la mañana para cuestionar el género de la bebida que acompaña mi desayuno. Me conformo con tener los zapatos correctos en los pies correspondientes. Y me gusta mi té dulce. Con Splenda o Sweet’N Low, Equal ...no importa. Sólo acerquen el furgón y échenle. Un edulcorante obra magia al transformar lo amargo en dulce. Como el edulcorante en mi té, la misericordia cambia el sabor de las relaciones. La misericordia endulza la amargura de las relaciones—especialmente en el matrimonio. Así que, acerque el furgón y échele misericordia.

Compártala

¿Nunca ha pensado que el compartir la misericordia de Dios pudiera ser una de las razones centrales de su matrimonio? Piénselo así: el matrimonio es donde dos pecadores se unen de tal modo que se quitan las máscaras. No es sólo que intentamos poner la mejor cara en público, es que cuando estamos casados nos

vemos en todo tipo de situaciones, incluyendo algunas muy difíciles. Toda la linda diversidad (en este caso, una palabra cortés para todas nuestras peculiaridades personales, deficiencias, y patrones de pecado) que se mantuvo refinada y subyugada antes de la boda sale del closet después de la luna de miel. Nos empezamos a ver como realmente somos—sin censurar, y en technicolor. Si están abiertos nuestros ojos, descubrimos cosas maravillosas de nuestros cónyuges que nunca sabíamos que estaban allí. También descubrimos más de las debilidades del otro. No es de extrañar entonces que Martín Lutero llamó el matrimonio "la escuela del carácter".[1] Sin la misericordia las diferencias se vuelven divisivas, a veces "irreconciliables". Pero, las diferencias profundas e intensas son una realidad en todo matrimonio. Lo que las vuelve irreconciables no es la presencia de las diferencias, sino la ausencia de la misericordia. ¿Cuántos pecadores que dicen "adiós" permanecerían como amantes que dijeron "acepto" si entendieran el lugar de la misericordia en el matrimonio?

En navidad del año pasado, a Kimm le dieron una "esfera de amistad." Es un adorno navideño lleno de popurrí y otras cosas fragantes en las que no tienden a fijarse los hombres. Mi esposa me explicó que una esfera de amistad se da como regalo, pero se espera que una vez que lo haya disfrutado uno, lo regale de nuevo. Debe ser re-dado. El punto no es sólo recibirlo, sino transferirlo.

Ese es un ejemplo de qué se debe hacer con la misericordia. Debe ser recibida, disfrutada, celebrada ...pero luego debe transferirse. El Padre nos ofreció misericordia para que nosotros pudiéramos compartirla. ¿Cómo nos hacemos compartidores de la misericordia? No sucede por accidente.

La misericordia a tiempo real

Matrimonios dulces se construyen sobre la misericordia dada. Una esposa atrapada en un ciclo de queja; un esposo paralizado por la auto-lástima. Lucas capítulo 6 cambia la manera en que nos acercamos al otro. En lugar de usar la receta antigua (verter acusaciones en la conversación, agregar una taza de defensa, agitar con miradas enojadas, calentar alzando la voz, repetir a menudo), usamos la nueva receta orgánica: ¡Misericordia magnífica!

La misericordia no cambia la necesidad de hablar la verdad. Más bien transforma nuestras motivaciones de querer ganar una pelea en un deseo de representar a Cristo. Me quita del centro y coloca allí a Cristo. Eso requiere misericordia.

La misericordia toma a personas capaces de hacer la guerra abierta con motivo de un tubo de pasta de dientes o asientos de baño, y agranda su visión para

incluir a un Salvador. La misericordia confronta al pecador envuelto en auto-lástima y protegido por orgullo, y le muestra el camino para salir de la oscuridad a la luz. La misericordia nos inspira a ir más allá del “poder y gobierno del amor a uno mismo” a los principios más nobles y benévolos de nuestra nueva naturaleza.[2]

No somos sólo pecadores; también somos víctimas del pecado de otras personas. Tenemos enemigos, gente a quien no le caemos bien, quienes abusan de nosotros, que nos exigen cosas irrazonables. Gente que nos trata como se le da la gana sin considerar nuestros sentimientos. En Lucas 6, Cristo está relatando detalles bastante angustiosos de la vida.

Puedo escuchar a muchos que están leyendo este libro preguntándose, “Sí, pero Lucas 6 no describe mi matrimonio. Después de todo, los enemigos no se casan. Los hombres no le proponen matrimonio a una mujer que odian. Las personas que se maldicen y se abusan típicamente no se están mirando en los ojos y susurrando ‘acepto’. ¿Qué tiene que ver este pasaje con el matrimonio?”

Tiene todo que ver—porque Cristo está mostrando el alcance extenso de la misericordia. Al hablar de circunstancias lamentables, está estableciendo la norma para la vida diaria. Está diciendo, “Bueno, ahora la misericordia. Vamos directo a los casos más atroces—como sus enemigos, aquellos que le odian, maldicen, golpean y abusan—porque cuando usted sepa cómo tratar con enemigos decididos, sabrá cómo tratar con enemigos ocasionales. Cuando pueda extender misericordia a aquellos rencorosos, violentos, egoístas, y malévolos, podrá extenderla a aquellos que le molestan, que le ignoran o le desilusionan.”

Ahora, antes de seguir, necesito hablar de una situación muy específica—la seguridad en un matrimonio abusivo. Hay situaciones en que la conducta violenta o abusiva de un cónyuge (y vamos a ser honestos, esto se aplica mayormente a los hombres) arriesga la seguridad del otro cónyuge o de los hijos. En estos casos, que tristemente también ocurren en hogares cristianos, la necesidad de separar al que abusa de sus víctimas es imperativa, y es, de hecho, una expresión de misericordia en tal situación. No sólo protege a las partes inocentes, sino también misericordiosamente le da la oportunidad a la persona atrapada en el pecado violento de enfrentar a su pecado, arrepentirse, y cambiar. Conozco a hombres cuyas expresiones más fuertes de agradecimiento a Dios han sido por la manera en que Dios arrestó sus vidas con la interdicción misericordiosa de un cónyuge, amigo, o pastor valiente.

La misericordia debe ser compartida. Y aquello que toca, finalmente,

dulcifica. Debemos transferir lo que hemos recibido de Dios—amor constante, bondad inexplicable, compasión desbordante. Nosotros pecamos contra Dios y él respondió en misericordia. Somos llamados a hacer lo mismo.

Ahora, un vistazo práctico a cómo funciona la misericordia en la vida diaria.

La misericordia antes del hecho: practique la bondad

Una de las cosas verdaderamente asombrosas de la misericordia de Dios hacia nosotros es que él ve *cada* acción, motivo, y pensamiento pecaminoso que hemos tenido, y sin embargo sigue relacionándose a nosotros en amor. Dios ama a los pecadores, tan sencillo así como se escucha, y claro no nos ama por nuestro pecado, sino a pesar de ello. Su amor se expresa en su bondad hacia pecadores, y el propósito de esa bondad es *guiarnos* al arrepentimiento (Romanos 2:4). La frase "guiarnos a" nos muestra que su amor y bondad nos encuentran antes de nuestro arrepentimiento y nos llevan para adelante. ¡Qué demostración más generosa de misericordia hacia aquellos quienes, dejados a sí mismos, huirían de Dios!

La promesa de misericordia se puede ver a través de todo el Antiguo Testamento. Efectivamente, Dios siempre ha tenido esa disposición de bondad hacia nosotros. Antes de que pecaran Adán y Eva, Dios había decidido expresar su amor y misericordia a su pueblo. No hay nada en el pecado que haya cambiado su opinión o alterado su plan. Y ese plan, por cierto, encuentra su máxima realización en Cristo.

Note que el llamado en Lucas 6 no es un llamado a hechos discretos y aislados de misericordia, sino a algo mucho más amplio—a una disposición misericordiosa de corazón, al amor y a la bondad. El amor y la bondad morando en el corazón se adelantan a nuestros juicios pecaminosos. Dios no sólo reparte misericordia. El *es* misericordioso (Lucas 6:36).

Dicha bondad que se nos ha dado hace un reclamo sobre nosotros: somos llamados a continuar en la bondad que hemos recibido (Romanos 11:22). No debemos esperar hasta que alguien peque contra nosotros y luego intentar responder en misericordia. Más bien, debemos adoptar la postura de estar dispuestos a experimentar que alguien peque contra nosotros, como parte de construir un matrimonio que glorifique a Dios en un mundo caído. La bondad le dice a nuestro cónyuge, "Yo sé que eres un pecador igual que yo y que vas a pecar contra mí, como yo pecaré contra ti. Pero me rehúso a vivir defendiéndome contigo. Voy a vivir inclinándome en tu dirección con una postura misericordiosa que tus pecados y debilidades no pueden borrar."

¿Cómo podemos ser bondadosos sabiendo que tal vez vayan a pecar otra vez contra nosotros en cualquier momento? Porque la bondad no tiene su origen en nosotros, sino en Dios. No es un rasgo de personalidad, es un fruto del espíritu (Gálatas 5:22, Colosenses 3:12) y una expresión de amor bíblico (1 Corintios 13:4). La bondad reconoce que las misericordias de Dios son nuevas cada mañana (Lamentaciones 3:23). Hay nueva gracia por cada falla para ambos, tanto para el pecador como para la persona contra quien se pecó. Y la bondad es una postura de corazón que resulta en acciones—cosas cotidianas que re-programan la conducta dentro del matrimonio de un auto-enfoque a los propósitos redentores de Dios.

La práctica fiel del amor y de la bondad siembra experiencias de gracia en el matrimonio. Llevar café al esposo que trabaja tarde, lavar y recoger la camioneta para la mamá ocupada, compartir palabras de ánimo intencionalmente en áreas de debilidad—estos son más que buenos modales o deberes. Son misericordias sembradas en la rutina ordinaria de la vida. Los momentos de gracia que nos apropiamos en tiempos de lucha.

La misericordia cuando bajo ataque: trate a los demás

En su libro que habla de ministerios en las relaciones personales, Paul Tripp hace este punto sobrio:

> En el ministerio personal, el pecado de la persona a quien usted está ayudando eventualmente aparecerá en su relación. Si usted está ministrándole a una persona enojada, en algún momento ese enojo se va a dirigir a usted. Si usted le está ayudando a una persona que batalla con confiar, en algún momento ella va a desconfiar de usted.
>
> Una persona manipuladora buscará manipularle. Una persona deprimida le dirá que ha intentado todo lo que usted le ha sugerido y no funcionó. Usted no puede pararse cerca de un charco sin eventualmente ensuciarse de lodo.[3]

¿Qué tan enlodado está usted ahora en su matrimonio? ¿Está siendo salpicado por los pecados de su cónyuge? ¿Cómo debe responder? ¿Por qué no invertir la pregunta? ¿Cuánto lodo usted ha estado salpicando?

¿Nunca se ha preguntado dónde se encuentra la regla de oro? Allí está en Lucas 6:31. Cuando yo era joven y presbiteriano me lo memoricé así, “Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos”. Se traduce en LBLA así, “Y así como queréis que los hombres os hagan, haced con ellos de la misma manera”. Como sea que se frasee, el punto es el

mismo. Que la medida para su trato con los demás sea cómo quiere ser tratado usted. A menudo la regla de oro se entiende como una manera de no hacer enemigos. Pero Jesús nos da la regla de oro específicamente para situaciones en las que los enemigos ya están presentes. Es su estrategia mandada para cómo debemos responder cuando estamos bajo ataque.

De nuevo, una respuesta de misericordia genuina es sólo posible para pecadores como usted y yo cuando compartimos la misericordia que hemos recibido de Dios. Pero estas son las respuestas que hacen toda la diferencia a través de la vida matrimonial. Aquí le doy unas formas prácticas de mostrar misericordia cuando está bajo ataque:

- Recuerde que su más grande enemigo es “el enemigo por dentro”—su propio pecado. Ya vimos esto en los capítulos dos y tres.
- Cuando usted y su cónyuge no están en un conflicto, pregúntense, “¿Qué conducta mía expresa enojo o falta de amor para ti?” Tome la respuesta de su cónyuge e intente hacer lo opuesto cuando sienta que él o ella ha pecado contra usted.
- Aprenda a vivir en amor al estilo de 1 Corintios 13 siendo, “paciente, bondadoso, y sin guardar rencores”. Resista el impulso de ser abogado defensor en su mente. Despida al “fiscal” interior—es nada más que una expresión del pecado de orgullo.
- Memorice y aplique este consejo sabio de Santiago, “Pero que cada uno sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para la ira; pues la ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Santiago 1:19–20). Aplicar este versículo en el calor de un conflicto puede tener un efecto asombroso al dirigir el curso del conflicto.
- Cuando patrones de pecado están causando problemas persistentes, involucre el consejo objetivo de amigos, pastores, etc. quienes le puedan ayudar a identificar en dónde están ocurriendo los problemas crónicos, y a quienes usted pueda rendir cuentas para responder en amor.

Ideas como estas no eliminarán el conflicto. Pero son estrategias sanas y bíblicas para responder al calor del pecado de nuestro cónyuge de una manera que no aumente la temperatura ni complique el proceso de resolución. Una cosa que he aprendido, si puedo evitar una discusión de dos horas con dos minutos de misericordia, es ganancia para todas las partes involucradas.

La misericordia después del hecho: cubra el pecado

Entonces, aquí está usted. Ella lo hizo de nuevo. Él lo dijo de nuevo. A la vez de estar siempre consciente de sus propias tentaciones, ha estado verdaderamente tratando de amar con bondad y tratar a su cónyuge como a usted le gustaría que le traten. Ha tenido cuidado, tratando de agradar a Dios en la manera en que responde. Sin embargo, está sucediendo una vez más, y qué mal momento. Están a punto de entrar a la iglesia—una pequeña batalla en voz baja se da antes de que él se vaya a servir de acomodador y ella se vaya a ayudar en el ministerio de los niños. Tienen que poner cara feliz para los visitantes y los niños. Y se encuentran en ese lugar incómodo donde algo no está bien, pero no se puede resolver. ¿Qué hacen?

Pueden acordar hablarlo después, lo cual siempre es buena idea—¿pero qué si ese después no sucede por un par de días? ¿Realmente sería muy difícil guardarlo por un tiempo?

Pudieran tomar el tiempo en ese momento para hablarlo, incomodando a algunos en el proceso. ¿Tratan de olvidarlo, sólo para verlo reaparecer en un conflicto futuro? ¿Se archiva bajo el título “Cosas que Necesitan Cambiar en Mi Cónyuge”? ¿Tal vez un exorcismo?

Puede ser que usted no supiera esto, pero la Biblia le da un privilegio especial en tratar con el pecado contra su persona. Se llama la tolerancia. Quiere decir que usted puede actuar en amor de tal manera que libera a la otra persona de su pecado contra usted—¡sin que él/ella sepa o reconozca lo que usted ha hecho! La tolerancia es una expresión de misericordia que cubre tanto los pecados grandes de conflictos conyugales como los pecados chicos de tensiones maritales. Y, vamos a ser honestos, los pecados chicos alimentan la mayoría de las explosiones matrimoniales.

Pero tengamos cuidado aquí. La tolerancia no quiere decir que escondemos el pecado para sacarlo después. No es una variación de la paciencia, ni es una conducta “linda” externa y cristianizada, donde usted finge que nada le molesta. Tampoco es una especie de ignorar el pecado, en el sentido de que rehúsa reconocerlo.

La tolerancia sabe (o por lo menos sospecha) que ha sido víctima de algún pecado, mas toma la decisión de sobrepasar la ofensa y hacer borrón y cuenta nueva, extendiendo un perdón de corazón y tratando al (sospechado) pecado como si nunca hubiera pasado. Proverbios 19:11 nos dice que “su gloria es pasar por alto una ofensa”. La tolerancia es el perdón adelantado, concedido gratuita y genuinamente.

Claro, la justicia a menudo nos exige que confrontemos el pecado de otro, aun cuando puede crear resultados desagradables. (Vamos a hablar de esto en el capítulo 7.) La tolerancia no es reprimir una ofensa que usted no está dispuesto a olvidar, ni es preferir el dolor de ser víctima de algún pecado al dolor que pudiera ser mayor al hablarlo, ni tampoco es dejar que un patrón de pecado de su cónyuge continúe sin que siquiera lo hablen.

La tolerancia se aplica en instancias específicas de pecado. Implica el reconocimiento claro de que tal vez hayan pecado contra usted, y luego una decisión valiente e inspirada por el evangelio de cubrir ese pecado con amor. Pedro nos da la clave de la tolerancia. "Sobre todo, sed fervientes en vuestro amor los unos por los otros, pues el amor cubre multitud de pecados" (1 Pedro 4:8). Parece que Pedro aprendió las lecciones de Lucas 6 bastante bien.

Cuando han pecado contra nosotros, lo podemos cubrir—sobre-escribir por decir—con la perspectiva del amor. Así, la tolerancia incluye un compromiso a seriedad en nuestro amor, intencionalmente manteniéndonos responsables de cubrir ese pecado.

Cubrir el pecado con amor, como consecuencia, quita un pecado cometido de la cancha de juego. Esto puede ser extremadamente bueno durante ciertas etapas. En los matrimonios muchas veces estamos tratando con grandes problemas, pero el proceso puede ser descarrilado por ofensas chicas. A veces los pecados más insignificantes pueden ser tan frecuentes que nos dejan desalentados de no poder progresar. Y a veces un cónyuge puede ser más susceptible a tentación en ciertas áreas. En dichas instancias, la tolerancia deja a un lado las ofensas chicas que pudieran distraer o restar importancia de algo más importante.

Por ejemplo, varias veces Kimm y yo hemos tenido el privilegio de enseñar en retiros maritales. Mientras es un gran honor para Kimm poder instruir a esposas en temas que a ella le importan, no siente que tiene el don particular de preparar sus mensajes. Las semanas de preparación antes del evento, además de sus responsabilidades diarias, pueden proporcionar tentaciones de ansiedad. A veces esta ansiedad se expresa en quejarse conmigo. Cuando al principio nos enfrentábamos con esta etapa, yo pensé que lo que ella necesitaba era algo de perspectiva, algo como, " Si Susana Wesley pudo mantener su casa con, como, ochenta y tres hijos, y todavía tener su tiempo con Dios de tres horas, ¿qué tan grande habrá sido su Dios?"[4] Qué lindo, ¿verdad? Basta decir que esas conversaciones nunca eran muy productivas.

Afortunadamente, he aprendido que no es sólo sabio, sino también amoroso,

tener en cuenta la “presión” en la vida de Kimm. Necesito entender cómo ella lo está confrontando, tratar de animarla en lugar de criticarla, y estar dispuesto a dejar que un poco de su lodo (o aceite bien calentado) me salpique, para que ella pueda crecer en fe a través de la experiencia. Qué privilegio representar el amor de nuestro Salvador al tolerar los pecados de mi cónyuge por amor. Qué recordatorio de la manera en que Dios tolera mi pecado por amor.

¿Dónde encontramos la tolerancia en Lucas 6? Necesitamos buscar un poco más atrás para verlo. Versículo 17 nos dice que Jesús estaba hablando a dos grupos: “y había una gran multitud de sus discípulos, y una gran muchedumbre del pueblo.” El segundo grupo era igual que nosotros antes de que nos convirtiéramos en cristianos—gente que tenía poca conciencia de su necesidad de un Salvador. Siendo judíos, aquellos espectadores estaban bien confiados de su posición religiosa ante Dios, y simplemente no permitían lugar en su teología para verse a sí mismos como enemigos de Dios. Estaban allí para que oraran por ellos y los sanaran, no para arrepentirse. Después, muchos de ellos se opondrían a Jesús, pidiendo su crucifixión. Aun sus discípulos lo abandonarían, uno de ellos traicionándolo hasta la muerte.

No hubo ni una sola persona presente ese día que no había o habría de pecar gravemente contra el Hijo de Dios. Aun cuando Dios estaba hablando de extender la misericordia los unos a los otros, él estaba extendiendo la tolerancia a su oyentes. El llamado a la misericordia vino del mismo Salvador misericordioso.

La misericordia vence a nuestro verdadero enemigo

Hace unos años, me empecé a dar cuenta de una suposición horrible que estaba influyendo en algunas de mis relaciones. Era algo así: *No debería tener que tratar con el fastidio del pecado de otra gente,* ya que era algo doloroso, inoportuno, y un verdadero lío. Además, tenía cosas mucho mejor y más importantes que hacer. Así que cuando parecía que la gente estaba pecando contra mí, reaccionaba de una manera que a mí me hacía mucho sentido, de una manera que aparentaba ser razonable y hasta justa. Yo sentía que era la justica ... ¡En realidad, era la *auto-justicia*! Se puede imaginar cómo se vio eso en nuestro hogar feliz.

¿En algún momento ha escuchado alguna de estas frases salir de su boca?

“¡No puedo creer que hiciste eso!”

“No merezco esto.”

"Tengo derecho de enojarme."

"¿Por qué no tomas en serio que necesitas cambiar?"

Empapados con misericordia ¿no es así? La verdad es que hay una fuga del aceite caliente de auto-justicia. La auto–justicia es un sentido de superioridad moral que nos elige como fiscal de la pecaminosidad de los demás. Nos relacionamos a los demás como si nosotros fuéramos incapaces de los pecados que ellos cometen. La auto-justicia hace la guerra contra la misericordia.

Es fácil celebrar el don del matrimonio en medio del romance, y lo rosita de la luna de miel. Pero somos gente caída y eso se vuelve rotundamente evidente en nuestro matrimonio. La misericordia es más necesitada cuando nos enfrentamos con lo quebrantado y frágil de la persona con quien nos casamos. Luce en las experiencias particulares de la vida: el momento de pecar y el momento de debilidad seguido por la misericordia y el perdón.

La manera en que respondemos cuando pensamos que han pecado contra nosotros puede traer a luz la auto-justicia. Tal vez la reacción más fácil y más común es elegirnos a nosotros mismos como juez, fiscal, magistrado, y jurado. No es de extrañar entonces que los casos nos parecen elementales. Empezamos con mentalmente asignarle motivo al crimen de nuestro demandado/cónyuge. En unos muy pocos momentos pasamos al jurado interno, presentamos el caso, e instantáneamente regresamos con un veredicto medio predecible: "Culpable". Al demandante nunca le preguntamos nada, no hubo oportunidad para testimonios, y ni se proporcionó repaso de las circunstancias.

¿Ha llevado su cónyuge a la "corte de YO" últimamente? Yo sí. Pero aquí hay unas cuantas preguntas que he aprendido a hacerme en la lucha con la auto-justicia:

- ¿Estoy convencido de que veo los supuestos "hechos" claramente?
- ¿Soy rápido para asignar motivos cuando siento que han pecado contra mí?
- ¿Me es fácil construir un caso contra alguien que me hace verme en lo correcto y a él o ella en lo erróneo?
- ¿Meto suposiciones a mis preguntas esperando que confirmen que tengo razón? ¿O hago preguntas imparciales—las que genuinamente buscan nueva información, sin importar cómo afectarán los resultados que yo he estado esperando?
- ¿Le doy demasiada importancia a saber quién es culpable de qué?
- ¿Me es fácil descartar estas preguntas como irrelevantes?

Si cualquiera de estas hace resonancia con usted, tal vez esté atrapado en el pecado de la auto-justicia.

La auto-justicia no aparece sólo cuando la gente *peca* contra nosotros. También se expresa cuando vemos *debilidades* en los demás. No quiero marcar una línea demasiada fina entre el pecado y la debilidad, porque es un hecho que el pecado tiene un efecto debilitante en nuestro carácter. Pero la Biblia comprende la debilidad—áreas de vulnerabilidad o susceptibilidad a la tentación que son diferentes para cada persona. No todos somos fuertes en cada área. Algunos son más susceptibles al desánimo que otros o al enojo o a la ansiedad. Algunos batallan con la debilidad física más que otros. Todos tenemos debilidad en algún área, si no tuviéramos no hubiera necesidad del poder de Dios para obrar en nuestras vidas (Romanos 8:26).

La debilidad en nuestro cónyuge nos puede tentar—es incómodo y frustrante comparado con lo que deseamos de nuestro matrimonio. ¿Cómo respondo cuando esa debilidad particular de mi cónyuge aparece *otra vez*? ¿Sigo insistiendo (mentalmente o en voz alta), "¡No entiendo cómo es posible que batalles con eso!"? Esa es una expresión particularmente triste de la auto-justicia. En lugar de simpatizar con las debilidades o limitaciones de los demás, actuamos de manera altiva y exigente. Somos acertadamente acostumbrados a ver las debilidades de los demás pero lentos para ver las nuestras.

"Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que ha sido tentado en todo como nosotros, pero sin pecado" (Hebreos 4:15). Las Escrituras afirman que todos tenemos debilidades, y Cristo está consciente y extiende la misericordia a cada uno de nosotros. Él puede relacionarse a nuestras luchas y nos llama a hacer lo mismo con nuestros cónyuges.

¿Diría su cónyuge que usted simpatiza con las debilidades de él/ella? ¿Que usted le extiende la misma misericordia que Cristo ha derramado en su vida a pesar de sus debilidades? ¿O lo ve sentado como juez?

Las buenas nuevas para personas en auto-justicia y juicio (que somos todos en un momento u otro) es que la misericordia triunfa sobre el juicio (Santiago 2:13). El captar la misericordia de Dios hacia mí abre mis ojos a la completa deficiencia de mi propia justicia y me manda a la cruz para recibir la justicia de Cristo. Luego puedo simpatizar con las debilidades de mi cónyuge, y regocijarme en las mías, porque revelan el poder de Dios (2 Corintios 12:9). Como ha dicho John Stott, "El poder de Dios obra mejor en la debilidad humana.

La debilidad es la escena en la cual Dios puede manifestar, de manera más efectiva, su poder”.[5]

La misericordia triunfa sobre el juicio

A algunos, al leer este capítulo, algo por dentro les va a gritar, “¡No! ¡No puede ser así!” Para muchos casados, el voltear la otra mejilla una vez más o sobrepasar un pecado más, es demasiado difícil. Han intentado la misericordia y “simplemente no funciona”. No ha cambiado nada. Más bien, la misericordia ha sido pisoteada y abusada; simplemente no produce resultados.

Pero debemos reflexionar y preguntar, “¿Cuál es el propósito de la misericordia?” ¿Comparto la misericordia para recibir una respuesta? ¿Lo importante son los resultados? ¿Es la misericordia una especie de moneda espiritual con la cual puedo comprar la buena conducta de mi cónyuge?

Jesús es bastante claro en Lucas 6 que la misericordia sí lleva promesa. Pero es una promesa de recompensa, no de resultados (v. 35). Jesús nunca nos promete cambiar a nuestros enemigos (el caso extremo que abarca todos los casos). Lo que él quiere para nosotros es una relación amorosa con nuestro Padre celestial que vaya cubriendo más y más las acciones dañinas y odiosas contra nosotros.

¿Recuerda a Jorge y Emma del principio de este capítulo? Él era el pastor que le dijo a su esposa en la luna de miel que sólo se había casado con ella por su carrera. Es tiempo de contar el resto de la historia.

El menosprecio de Jorge por Emma impregnaba casi cada faceta de su matrimonio. Mientras ella seguía viviendo bajo el mismo techo que él, nunca experimentó la vida bajo su cuidado. Aparentemente normal a la vista, el desprecio de Jorge por su matrimonio creó un hogar gobernado por su hipocresía e indiferencia hacia el bienestar de su esposa. Sus hijos crecieron con un sentido claro de las diferencias que apartaban su familia de los demás, mas captaron poco del mal fundamental que estaba padeciendo su madre día a día.

Sin embargo Emma amó al Salvador quien fue misericordioso con ella y ella se aferró a él a través de las luchas y los años. Carente del amor humano del hombre quien era su esposo, corría a la misericordia de Dios. El evangelio le recordaba que ella necesitaba un Salvador—y que su necesidad más grande no era ser rescatada de uno de los golpes crueles de la vida, o del hombre malvado que compartía su casa, sino de su propia pecaminosidad profunda ante Dios.

Emma entendía la misericordia y el perdón de Dios por sus pecados, y aceptó

el llamado del Padre de extender misericordia a su esposo. Emma nunca permitió que su corazón se amargara. Más bien, aprendió a caminar en dignidad al encomendar su bienestar a Cristo.

Por cuatro décadas, la misericordia moldeó sus acciones, pensamientos, y palabras hacia el hombre cuyo propósito en la vida parecía ser aplastar su espíritu. Sabiendo que su respuesta a su marido sería de testimonio para sus hijos acerca del Dios a quien servía, Emma estaba resolutamente decidida de apropiar la gracia de Cristo para honrar a Cristo con sus acciones.

El matrimonio acabó triste y dolorosamente después de cuarenta años—un llamado al ministerio desperdiciado, una familia económicamente indigente, destrozada por el pecado no arrepentido de un hombre. En los años después de su divorcio, Emma le mandaba tarjetas de cumpleaños y cartas de vez en cuando a Jorge, jalando al hombre solo y rebelde a Dios. Emma estaba disfrutando del gozo dulce de una profunda relación con el Padre, y anhelaba que Jorge lo conociera por sí mismo.

Durante ese tiempo, la misericordia de Dios cayó sobre Jorge y él respondió al llamado del evangelio con fe redentora. Sus hijos, ahora cristianos adultos, lo confrontaron en amor de sus pecados pasados, y por primera vez Jorge asumió responsabilidad por la destrucción que había causado en su familia. Jorge le escribió una carta a Emma confesando su pecado contra Dios y contra ella, y Emma se vio confrontada con una prueba que vamos a ver en el siguiente capítulo—la prueba del perdón. ¿Puede ser así de fácil? ¿Puede la misericordia cubrir cuarenta años de maldad? Tenemos la decisión de Emma preservada en la nota que le escribió ál que antes era su esposo:

> Leo tu carta con emociones conflictivas dentro de mí. Me da tristeza al recordar los años difíciles, pero al igual estoy gozosa por la obra del Espíritu de Dios en tu vida. Me da gozo escucharte compartir tus fracasos tan francamente y pedir mi perdón. Y me da felicidad escucharte compartirlos con tus hijos. Jorge, te perdono. Te perdono por no amarme como Cristo amó a la iglesia y por tu indiferencia a nuestros votos matrimoniales. Aunque me entristecen muchas memorias de nuestro matrimonio, los he encomendado al Señor y he guardado mi corazón de los estragos de la amargura. Me regocijo en la misericordia de Dios, que a pesar de nuestro matrimonio fracasado, todos nuestros hijos sirven al Señor fielmente ...Dios usa la confesión y el perdón para traer sanidad. Estoy confiando en Dios de que así será para nosotros.

Ambos Emma y Jorge han ido con su Salvador, él que tejió la restauración en una familia desgarrada con los hilos fuertes de la misericordia. Todos los hijos aman al Salvador y ahora ven el propósito misterioso de Dios al mirar hacia atrás. Aunque Emma y Jorge nunca restauraron su relación de hombre y mujer, Jorge no estaba solo en su vejez, más bien se encontraba rodeado no sólo de familia sino de amigos de la iglesia con quienes había construido su vida. El cuerpo de Emma cayó después de un tiempo a un derrame cerebral, mas su espíritu e historia definen una obra de Dios que transciende el fracaso de un matrimonio y toca muchas vidas.

En Emma, la misericordia había triunfado sobre el juicio décadas antes de que Jorge se arrepintiera. La misericordia triunfaba cada vez que alzaba una oración al cielo, cada vez que cubría un pecado con amor, cada vez que rehusaba amargarse. En Jorge, la misericordia significaba recibir lo que no merecía—el perdón de sus pecados, el amor de su familia, un hogar con el Salvador, seis hijos que glorificaban a Dios, el amor de por vida que Emma tenía por Cristo. Cada uno de estos resultados extraordinarios apuntan al efecto dulcificante y triunfante de la misericordia—la misericordia extraordinaria que Emma recibió de Dios y compartió abundantemente con su familia.

¿Puede triunfar la misericordia sobre el juicio? ¿Qué piensa? Encontré estas palabras de Shakespeare que dan mejor respuesta que pudiera dar yo.

> La naturaleza de la misericordia no es forzada,
>
> Cae como la dulce lluvia del cielo
>
> A los lugares por debajo. Bendición doble es, pues
>
> Bendice tanto al que la da como al que la recibe.[7]

La misericordia no es forzada porque es capaz de cubrir todo lo que toca. Endulza todo lo que toca porque viene desde el cielo—desde el mismo trono del Salvador misericordioso. La misericordia es una bendición a aquellos que la reciben y a aquellos que la extienden. Tome todo lo que pueda. Y no se olvide de compartirlo.

Capítulo Seis

El perdón, pleno y gratuito

Cómo unir lo que el pecado ha separado

El acuerdo era cancelar cuarenta mil millones de dólares de deuda, un paso sin precedente en las relaciones internacionales. Las naciones representadas en la cumbre de G8 del 2005 habían decidido cancelar la deuda de dieciocho países sumamente endeudados y pobres en África quienes calificaban para una reducción de deuda.[1] Fue la cancelación de deuda más grande en la historia. La acción del G8 testificó sobre la capacidad de las naciones miembros de benévolamente hacer a un lado meros intereses económicos. Cuarenta billones de dólares—¡son muchos ceros! Mientras los reportes que confirmaban esta generosidad dramática se desparramaban por todo el mundo, una cosa se destacó: cancelar una deuda enorme constituye una enorme declaración.

En el capítulo anterior vimos el poder de la misericordia en el matrimonio—de cómo el llamado a la misericordia viene de la misericordia que hemos recibido de parte de Dios en Cristo. En este capítulo vamos a ver otro aspecto de la misericordia: el perdón.

En las Escrituras, las ideas de la misericordia y el perdón están tan entrelazadas que se pudiera decir que casi son sinónimas. Pero hay una diferencia importante. La misericordia se puede dar a aquellos que no la reconocen, mientras que el perdón es más bien una transacción entre partidos.[2]

Según el acuerdo del G8, las naciones prósperas tomaron la responsabilidad de la deuda debida por otros, mientras que aquellos que debían la deuda con gusto aceptaron el perdón y siguieron adelante a la luz de ello. Aunque eso fue bastante significativo, el capítulo 18 del evangelio de Mateo habla de una cancelación de deuda mucho más trascendente, una cancelación que debe hacer una declaración enorme a pecadores que dicen, “acepto”.

El enfoque de nuestra conversación es una parábola incitada por una pregunta que hizo el mismo Sr. No-puedo-pensar-de-forma-creativa, Simón Pedro. La parábola inicia en Mateo 18:21 cuando Pedro pregunta, "Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí que yo haya de perdonarlo?" Pedro está tratando de calcular cosas que aparentemente no le están dando el resultado que él quisiera. Jesús acababa de explicarles a sus discípulos el texto elemental de cómo manejar el pecado de otros entre la comunidad de la fe. Y Pedro quiere entrar en particularidades—¿cuántas veces necesito perdonar a alguien antes de poder cobrarle lo que me debe? Pedro estaba buscando hacer un trato. "Que esta sea una situación de la cual salgamos ganando de ambas formas, Señor. Sabemos cómo valoran el perdón en un mercado abierto. Te ofrezco siete veces y podemos cerrar el acuerdo ahora mismo."

Pero parece que Jesús tiene una idea diferente acerca del valor del perdón. Le ofrece a Pedro un ejercicio de multiplicación. ¿Cuánto es siete por setenta? Pedro necesita más que una calculadora. Necesita una renovación completa de su entendimiento del amor y del perdón de Dios. Así que Cristo le presenta a Pedro un acto de perdón que quita toda duda acerca de lo que cuesta el perdón verdadero. Vamos a escuchar la parábola:

> Por eso, el reino de los cielos puede compararse a cierto rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Y al comenzar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos.
>
> Pero no teniendo él con qué pagar, su señor ordenó que lo vendieran, junto con su mujer e hijos y todo cuanto poseía, y así pagara la deuda. Entonces el siervo cayó postrado ante él, diciendo: "Ten paciencia conmigo y todo te lo pagaré." Y el señor de aquel siervo tuvo compasión, y lo soltó y le perdonó la deuda. Pero al salir aquel siervo, encontró a uno de sus consiervos que le debía cien denarios, y echándole mano, lo ahogaba, diciendo: "Paga lo que debes." Entonces su consiervo, cayendo a sus pies, le suplicaba, diciendo: "Ten paciencia conmigo y te pagaré." Sin embargo, él no quiso, sino que fue y lo echó en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Así que cuando vieron sus consiervos lo que había pasado, se entristecieron mucho, y fueron y contaron a su señor todo lo que había sucedido. Entonces, llamándolo su señor, le dijo: "Siervo malvado, te perdoné toda aquella deuda porque me suplicaste. ¿No deberías tú también haberte compadecido de tu consiervo, así como yo me compadecí de ti?" Y enfurecido su señor, lo entregó a los verdugos hasta que pagara todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano. (Mateo 18:23–35)

Para ayudar a Pedro (y a todos nosotros) a entender, el Señor cuenta la parábola del rey que perdona la deuda de 10,000 talentos, un número que sus oyentes ni pudieron comprender. El deudor perdonado luego se encuentra con un co-deudor quien le debe 100 denarios, equivalentes a como cuatro meses de salario—una cantidad microscópica comparada a la que fue perdonada. Cuando el co-deudor no le puede pagar, el deudor perdonado lo echa a la cárcel. El rey se entera de lo que pasó, "y enfurecido su señor, lo entregó a los verdugos hasta que pagara todo lo que le debía." Para evitar cualquier confusión, el Señor

resume la parábola en el versículo 35. “Así también mi Padre celestial hará con vosotros”. En ese momento, el Señor no estaba mirando sólo a Pedro o a sus discípulos. Nos estaba mirando a todos, al matrimonio suyo y al mío, diciendo precisamente que si rehusamos perdonarnos los unos a los otros, “Así también mi Padre celestial hará con vosotros”.

En caso de que esto le esté causando algo de confusión—si parece sugerir que Dios no es misericordioso con sus hijos—permítame enfatizar el punto clave de esta parábola. El extender perdón verdadero es la evidencia persuasiva y clara de que hemos sido perdonados por Dios. La realidad es que los *pecadores perdonados perdonan.*

En el capítulo anterior hablamos de la tolerancia, la gracia que sobrepasa ofensas por amor a Cristo. La tolerancia entra en juego cuando verdaderamente somos capaces de cubrir una ofensa percibida con el amor de Dios, sin guardar ni la más mínima amargura. Este capítulo trata un tema diferente—el pecado que no se pasa por alto, el cual necesitamos afrontar por amor a Cristo. Vamos a hablar del perdón que se requiere cuando el pecado es reconocido y confesado. Y vamos a procurar definir el perdón de una manera bíblica, tal vez de una manera que nunca se ha entendido ni practicado antes.

En mi experiencia como pastor, el medio de gracia tal vez menos entendido o menos aplicado en los matrimonios es el perdón. Sin embargo, cuando se expresa el perdón en un matrimonio de acuerdo a la verdad, puede ser que no haya mayor agente de esperanza y cambio. Con el propósito de ayudarnos a mantener nuestra conversación acerca del perdón arraigada en el mundo real, permítame presentarle una parábola de la vida real, la historia de mis amigos, Raúl y Cintia.

Un matrimonio en bancarrota

Probablemente ya conocen a Raúl y Cintia. Los han visto por allí, o por lo menos a alguien como ellos. Es la pareja que tiene todo bajo control—son inteligentes, atractivos, tienen muchos dones—son grandes modelos en la iglesia. Pero a veces el tener todo bajo control por fuera simplemente esconde el caos por dentro, y este matrimonio definitivamente estaba en caos.

Teniendo personalidades enérgicas y ambiciosas, ambos estaban logrando mucho con sus vidas. Se enamoraron y parecía que estaban destinados a estar juntos. Después de una boda primorosa se instalaron en la clase media/alta de la sociedad, pero pronto se dieron cuenta de que eso no era lo que se habían imaginado.

Como era una pareja de profesionistas, los dos supusieron que iban a navegar el matrimonio como un equipo. En su lugar, una competencia sutil empezó a desarrollarse entre ellos. El orgullo y el egoísmo iban determinando sus vidas más y más. Mientras sus ambiciones personales los jalaban en diferentes direcciones, comenzaron a percibirse huecos en el débil fundamento de su matrimonio. Y con todas las actividades, ninguno de ellos pudo ver las fisuras crecientes.

Raúl empezó a divagar, primero con sus pensamientos, luego más y más audazmente con sus acciones, hasta que se había entregado por completo a una relación adúltera. Como él lo describe:

> El orgullo alimentó mis acciones y pensamientos. Mis opiniones eran las únicas correctas y yo tenía "el derecho" de satisfacer todas mis necesidades. Siempre que Cintia me señalaba áreas en las que pensaba que yo necesitaba crecer, yo respondía rápidamente que ella estaba ignorando muchas cosas buenas y toda su "buena suerte" de estar casada conmigo. Me avergüenza y me humilla admitir que cuando discutíamos muchas veces le decía cosas tales como, "cualquier otra mujer estaría encantada de tenerme como esposo." En lugar de tratar humildemente con mis problemas crecientes, elegí huir de las responsabilidades que me había encomendado Dios y de mis votos, y busqué una relación con otra mujer.
>
> Este huir resultó en que mi corazón se endureció y se manifestó en intentos arrogantes de probar qué tanto me podía acercar al fuego sin quemarme. A medida que invertía mis pensamientos y mi tiempo en esa relación impía, mi interés en Cintia iba decreciendo. El exterior religioso y superficial no podía con el engaño y con el poder de la lujuria. Lo que empezó como una simple atracción mundana eventualmente me llevó al adulterio. Durante los meses que llevaron a mi adulterio físico, estuve experimentando una ansiedad y falta de sueño anormal. Era como si estuviera corriendo por una vía de tren hacia un tren invisible pero audible. Sabía que lo correcto sería bajarme de esa vía pero continuaba corriendo más rápido, de alguna manera jalado por la "emoción" de mis sentimientos. Rechacé la paciencia de Dios mientras Él me dio meses de oportunidad para darle la espalda a mi pecado, y elegí correr a toda velocidad al abismo.

(Si me permiten hacer una súplica—esposos y esposas, si llegaran a encontrarse en ruta al abismo de la infidelidad, sea con una persona o con la pornografía en cualquiera de sus manifestaciones, por favor arrepiéntanse de ese pecado y busquen la ayuda de una persona confiable. Lean esta historia como

una advertencia y una súplica de un Dios que les ama y está buscando rescatarles de ese pecado. Y a los hombres especialmente—hombres, por favor no piensen que son mejores que Raúl, más bien, identifíquense con él. Todos somos más parecidos a él de lo que pensamos.)

Vamos a estar siguiendo la historia de Raúl y Cintia a través de este capítulo. Pero vamos a dejarlo por ahora y vamos a aprender más acerca de cómo funciona el perdón, especialmente dentro del matrimonio.

El perdón es habérselas con el Dios santo

Cuando usamos normas humanas para evaluar, empezamos a ver nuestros pecados "comunes y corrientes" contra nuestro cónyuge (por ejemplo, la indiferencia, la flojera, palabras ásperas) como pecados a nivel de "100 denarios". Este tipo de pensamiento nos puede llevar a suponer que si nuestro pecado no es igual de grave como el de otra persona (el de mi cónyuge, por ejemplo), tampoco es tan grave mi problema con Dios. Pero dejarme llevar por ese tipo de pensamiento no sólo me lleva a errarle completamente a la lección de la parábola en Mateo 18, sino a lo más importante del evangelio también.

Es cierto, que muchas esposas y esposos han sido víctimas de pecados horribles. Algunos que leen estas palabras sufren bajo la nube de abusos espantosos que se les han cometido, ya sean físicos o emocionales, y de cónyuges a quienes aparentemente ya no les importa. Pero, como ya vimos en el capítulo dos, realmente no podremos comprender de verdad las buenas nuevas de Jesucristo y el evangelio hasta que veamos que nuestro pecado contra el Dios santo es una injusticia mucho más grande que cualquier cosa que se pueda hacer contra nosotros.

A nuestro Padre amoroso le duele profundamente la severidad de cualquier pecado cometido contra usted. En su santidad y omnisciencia perfectas Él ve cada pecado. Pero en esa misma santidad y omnisciencia también ve cada pecado suyo, sin importar qué tan grande o chico, y sin importar las circunstancias que lo traen a la luz.

Es decir que a los ojos de nuestro Dios compasivo y amoroso, el pecado es el pecado, la culpabilidad es la culpabilidad, y todo pecado es contra su santidad ilimitada. Mi indiferencia insignificante para con mi esposa es suficiente para merecer la ira completa de un Dios santo, y requirió la sangre de mi Salvador para quitarla.

Es cierto que algunos pecados cometidos por cónyuges pueden considerarse,

bíblica y racionalmente, más grandes, y algunos más chicos. Pero Jesús fue intencional en presentar la voz perdonadora en este drama como un personaje más rico de lo que jamás nos pudiéramos imaginar, y magnánimo con una gracia deslumbrante. Este amo (que representa a Dios) fue inconcebiblemente benévolo con un siervo malagradecido (que nos representa a nosotros) quien con su conducta demostró que no había entendido para nada lo significativo de lo que había recibido.

Sabe, el *estatus de contra quién se peca es clave*, y el hecho de que todo pecado es contra Dios nos coloca a todos en el rango de deber 10,000 talentos—un punto central de esta parábola. En *El Valle de la Visión*, uno de los puritanos oró, “Concede que nunca se me olvide que lo execrable del pecado radica no tanto en la naturaleza del pecado cometido, sino en la grandeza de la Persona contra quien se peca.”[3] El “tamaño” de un pecado no se determina finalmente por el pecado en sí, sino por aquel contra quien se ha pecado. El pecado es infinitamente malévolo porque rechaza a aquel que es infinitamente bueno y santo. Entre más reconocemos la perfección de la santidad de Dios, más obvia se vuelve esta verdad.

Por amor a nuestros matrimonios debemos vernos en los zapatos de los que deben 10,000 talentos. La apreciación de una deuda masiva perdonada (nuestro pecado contra un Dios santo) forma la base y punto de partida para nuestro perdón de las ofensas mucho más chicas (a comparación) entre nosotros. Sin entender la profundidad de nuestro pecado contra Dios y las riquezas de su perdón hacia nosotros, nunca podremos perdonar a los demás.

Así que mientras continuamos viendo a Raúl y Cintia, vamos a asumir la responsabilidad por nuestra deuda de 10,000 talentos. Todos necesitamos a alguien que medie entre nosotros y la ira justa de Dios. Todos necesitamos un Salvador. La Segunda Epístola a los Corintios habla de nuestra necesidad así, “Al que no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en Él.” Jesús pagó nuestra deuda y nos dio su posición perfecta delante de su Padre santo.

Comentando acerca de esta parábola, el puritano Matthew Henry escribió, “Si esa es la medida de perdón que ha recibido el discípulo, cualquier limitación que le ponga a perdonar a su hermano es inimaginable.”[4] Por eso termina esta parábola con una advertencia tan sobria. Dios no permitirá que nos burlemos de su perdón santo.

Como estamos a punto de ver, fue el enfrentamiento de Raúl con ese Dios

santo lo que finalmente lo llevó a confesar su adulterio a su esposa.

> Creo que Dios usó la naturaleza desatada de mi pecado, de lo cual no pude culpar a nadie más, y el efecto devastador que tuvo con Cintia, para abrir mis ojos y para llevarme a confesar mi necesidad de un Salvador. Abandoné toda confianza religiosa previa y me entregué a la misericordia de Dios. Aunque deseaba el perdón de Cintia y la restauración de nuestro matrimonio, sabía que mi más grande necesidad era el perdón de Dios. Mi confesión de corazón ocurrió una noche a solas. “Dios, aun si Cintia decide buscar el divorcio [yo sabía que tenía todo el derecho bíblico de hacerlo] yo sé que no tengo ningún derecho a este matrimonio. Todo lo que he merecido es tu ira. Te pido que me perdones basado en la sangre derramada de tu Hijo, por mi adulterio manifestado en pensamientos y acciones contra ti y contra ella. Acepto a Jesús y su obra, y cualquiera disciplina que requieres para cambiar mi corazón.”
>
> De las cenizas de mi confesión surgió el primer amor genuino por Dios que yo jamás había conocido. Deseaba ser el esposo y padre que Dios me había llamado a ser. Me había mostrado indigno de estos títulos e incapaz de cumplirlos. Estaba encarando, por primera vez, mis debilidades e insuficiencia para una obra. Toda mi vida había creído que podía hacer lo que fuera si nada más me aplicaba. Ahora, sabía que cualquier fruto que se iba a dar en mi vida tenía que ser producto de la obra de Dios en mí y que yo simplemente era el recipiente de su gracia y sus dones. No podía borrar el dolor del pasado o inculcar esperanza en el futuro. No podía crear en nuestro hogar una paz que sobrepasara todo entendimiento. No podía cambiar el corazón de Cintia para perdonar o amarme. Sólo un Dios con el poder de salvar a un pecador como yo podía restaurar un matrimonio tan dañado como el nuestro.

El camino para Raúl empezó de rodillas al pie de la cruz. Era un hombre débil y quebrantado. Exactamente lo que necesitaba su matrimonio.

El perdón es costoso

¿Y qué de Cintia? ¿Cómo le afectó a ella el adulterio de Raúl?

> Cuando me enteré del adulterio de mi esposo, nuestra vida frenética súbitamente paró.
>
> Una soledad y tinieblas que nunca había experimentado me devoraron. Cada experiencia y cada situación estaba teñida con una pena abrumadora y una oscuridad—casi como si alguien hubiera fallecido. Corrí a Dios y le

> pedía auxilio desesperadamente de día y noche, pero era intenso el dolor. Temor al futuro, el dolor de la traición, y la pregunta, “¿Por qué permitió Dios que pasara esto?”—todo daba vueltas en mi mente constantemente. Mis emociones fluctuaban severamente entre sentimientos de gran tristeza, enojo intenso, celos, temor, y hasta la civilidad, que en retrospección, creo que tenía su raíz en un deseo auto-protector de no ver fracasar mi matrimonio. Empecé a cuestionar el carácter de Dios, acusándolo de ser duro, infiel y hasta cruel. Les daba rienda suelta a mis pensamientos en estallidos de ira y ataques de llanto. Luego caía en condenación y depresión. Aun mis sueños me daban miedo, despertándome a media noche. Al progresar el tiempo, me retiré más y más y pasé mucho tiempo a solas.

Sé que hay algunos leyendo este libro que pudieran tomar las palabras de Cintia como las suyas. La realidad, dura y fría, proveniente de la infidelidad de un cónyuge o de algún otro pecado igual de dañino que se ha manifestado contra usted, le ha dado en el blanco. Ahora se encuentra en medio de una situación de la cual le gustaría poder escapar, aunque sabe que no puede. Así que está con la decisión de perdonar a su cónyuge o no. Es una decisión complicada por algo que cada cristiano llega a aprender.

El perdón es costoso, y a veces cuesta más de lo que pensamos que podemos dar.

Es como si el perdón fluyera entre nosotros a través de una tubería con tres válvulas. Las tres tienen que estar abiertas para que fluya el perdón del uno al otro. La primera válvula, controlada por el que pecó, es el arrepentimiento y una petición de perdón. Usted puede ver como Raúl empezó a darle vuelta a esa primera válvula. Vio su pecado como siendo contra Dios primero y renunció cualquier idea de su propia justicia. Él expresó su arrepentimiento—un compromiso decidido de darle la espalda a su pecado y seguir los planes de Dios—al aceptar las consecuencias, fueren cuales fueren, de sus acciones y al desear agradar a Dios sin importar el costo. A causa de ese lamento por su pecado y decisión de vivir su arrepentimiento, humildemente le pidió perdón a Cintia sin exigirle su respuesta. El perdón verdadero es mejor provocado cuando el ofensor le da vuelta a su válvula primero.

Las otras dos válvulas son controladas por aquella persona contra quien se ha pecado, y estas válvulas pueden ser igualmente difíciles de abrir que la primera.

La válvula número dos es la válvula de la misericordia. Libera a la persona quien pecó de la responsabilidad de sufrir castigo por ese pecado. Para abrir esta válvula, la víctima tiene que hacer a un lado la tentación de decir junto con el

siervo malagradecido, “¡Paga lo que debes!” Tiene que apagar el flujo de amargura al abrir el flujo de amor. ¿Recuerda la respuesta de Emma a la confesión de Jorge en el último capítulo? ¿Qué tan fácil le hubiera sido abrir las puertas de par en par para soltar todas las acusaciones de todos los años de crueldad? Pero en lugar de eso, Emma “cubrió” años de pecado con la misericordia, cuyo poder se derivó de la gracia—una misericordia que ha hecho una gran diferencia en la vida de su familia desde hace años.

El abrir la tercera válvula requiere la disposición de la víctima de absorber el costo del pecado. Usted recibió el dolor emocional de lo que ella hizo. ¿Se acabará el dolor con usted o se lo va a devolver? Usted soportó un golpe a su confianza en él por lo que él hizo a través de un período de tiempo. ¿Intentará su corazón forzarlo a pagar lo que debe? ¿O va a seguir los pasos del amo y demostrar una disposición de absorber el costo?

Una respuesta natural al pecado de nuestro cónyuge es Mateo 18:28—paga lo que me debes, y hazlo ahora. Nuestra reacción emocional no siempre es una reacción espiritual, aun cuando nos parece justa. Tememos que los métodos de Dios no funcionen. La respuesta bíblica—la idea de perdonar completa, franca y permanentemente a un cónyuge y liberarlo(a) de toda responsabilidad—puede aparentar ser no sólo imposible sino también un tanto injusta.

Al final de todo, el resultado más común es una complacencia vacilante—ni el berrinche pecaminoso que exige satisfacción, ni la extensión piadosa del perdón verdadero. Pudiera ser el “Bueno, está bien” superficial que intenta pretender que nunca pasó nada. O tal vez el, “Claro que te perdono” apresurado (que implica a la vez “¡con tal que no lo vuelvas a hacer!”) Claro, pudiéramos simplemente decidir no perdonar, y suspender el perdón sobre la cabeza de nuestro cónyuge como una orden de arresto que pudiera ser ejecutada en cualquier momento—lo cual la Biblia llama la amargura.

Mas el perdón verdadero ve el pecado del otro por el mal que es, trata con ello, y luego absorbe el costo de ese pecado con el poder de la gracia abundante de Dios. Perdonar así libera al pecador; la cuenta del pecado es cerrada, cancelada y borrada, igual como vimos en Mateo 18. Ken Sande dice:

> El perdón puede ser una actividad costosa. Cuando uno cancela una deuda, ésta no desaparece simple y sencillamente. Más bien, usted absorbe una responsabilidad que le corresponde a otro pagar. De igual manera, el perdón requiere que usted absorba ciertos efectos del pecado de otra persona y que libere a esa persona de la responsabilidad de un castigo. Esto es exactamente

> lo que logró Cristo en el Calvario.[5]

Allí está. No hay nada en nosotros que naturalmente elegiría el camino del perdón pleno y bíblico. En pocas palabras es demasiado difícil, y además de ese reto está el hecho de que el extender el perdón verdadero no nos garantiza que no vayan a pecar contra nosotros otra vez de igual manera. Entonces, ¿por qué considerarlo? Porque el perdón, pleno y gratuito, es precisamente lo que se ha logrado por nosotros en el Calvario. Y el que ha sido perdonado ahora es capacitado para perdonar a otros. Los pecadores perdonados perdonan el pecado.

Fue esa verdad que finalmente hizo toda la diferencia con Cintia al responder a la confesión de Raúl. Puede que esto les sorprenda, pero para poder perdonar a Raúl su pecado, Cintia tenía que ver primero su propio pecado de nuevo.

> Yo sabía lo que decía la Palabra de Dios acerca del perdón—que yo podía y debía perdonar libremente a la luz de la gran misericordia que Cristo me había mostrado en la cruz. Sin embargo, no pude ver mi pecado tan claro, y eso se convirtió en piedra de tropiezo para poder extenderle perdón a Raúl. Fue un proceso largo, y me pareció demasiado lento. En momentos, no pensé que iba a poder. Muchas veces quería darme por vencida y dejar el matrimonio—estaba viendo hacia el corto plazo y quería ponerle alto al dolor en ese momento (lo cual pensé que podía lograr al irme), pero no estaba considerando cuidadosamente las consecuencias a largo plazo. Sólo por la gracia de Dios no me fui por ese camino. Decaía en amargura a menudo, me arrepentía, y luego empezaba de nuevo en numerosas ocasiones. Sin embargo, entre más escuchaba el evangelio más lo pude comprender y aplicar a mi vida.
>
> Después de un tiempo, empecé a ver mi propia pecaminosidad y la gracia y la misericordia de Dios para con mis pecados. Me fue muy difícil reconocer mi contribución al rompimiento de nuestro matrimonio. Quería concentrarme sólo en el pecado de él y colocar toda la culpa allí, pero Dios abrió mis ojos y me ayudó a ver que aun siendo víctima del pecado de mi esposo no podía yo afirmar inocencia en mi matrimonio, ni mucho menos delante de un Dios santo. El evangelio me dio el poder para perdonar a mi esposo. Cristo había muerto por los pecados míos y los suyos, muriendo en nuestro lugar y tomando la copa llena de la ira de Dios que él y yo merecíamos por nuestros pecados. A través de la revelación de esa verdad, fui humillada y desarmada—éramos más similares que diferentes. Desde esta postura, el perdón fluía.

> La manera en que se realizó esto prácticamente, no obstante, no siempre fue algo fluido. Había días en que Dios se revelaba a mí y me mostraba el evangelio y a sí mismo de manera increíble. Yo experimentaba gozo y esperanza y me sentía con ganas de perdonar. Luego había tiempos rutinarios, la vida diaria, cuando no sentía nada, pero Dios me enseñó a no depender de mis sentimientos sino de su gracia hacia mí y de la cruz. Luego llegaría a darme cuenta de que esto era un cambio fundamental en mi carácter que Dios quería obrar en mí—centrarme en el evangelio y vivir mi vida basada en ese centro.

Tal vez fue lo más difícil que jamás había vivido Cintia. Pero pudo genuinamente perdonar a Raúl cuando ella comprendió que todo pecado es contra Dios, y que el evangelio del perdón de Cristo abarca el pecado de ella igual que el de él.

El perdón libera lo viejo para construir lo nuevo

Como hemos visto, la parábola de Jesús en Mateo 18 termina con una advertencia sobria: aquellos que no perdonan, no serán perdonados. Jesús quería que Pedro viera que su idea del perdón condicional no se parecía ni en lo más mínimo al perdón del reino que Cristo estaba trayendo al mundo. Y nosotros, igual que Pedro, necesitamos ver que el perdón no es sólo para los santos extraordinarios. El perdón está en el corazón del evangelio y por consiguiente debe ser la característica que defina a cada creyente.

Para poder practicar el perdón al máximo, hay una última cosa que tenemos que entender acerca de ello: cómo alinear plenamente nuestros motivos de perdonar a los propósitos de Dios para el perdón.

La meta de Dios para el perdón, asombrosa y audaz, es evidente en el contexto que Jesús crea en la parábola del siervo que rehúsa perdonar. Un poco antes de esta parábola, en Mateo 18:15–19, Jesús habla de cómo tratar con alguien que sigue impenitente en el contexto de la iglesia local. Acaba el discurso con una afirmación de su reino: “Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). (Es después de ese comentario que entra Pedro con su pregunta de cuántas veces es requerido perdonar a alguien.)

Así que, el enfoque de Mateo 18:21–35, al igual que los previos siete versículos, es cómo deben los pecadores relacionarse los unos con los otros en el reino de Dios. La suposición subyacente es que mientras se puede saber que hay pecado “donde están dos o tres reunidos,” esto jamás debe causar división. Aquí,

la realidad franca de vivir después de la Caída se cruza con el perdón, proporcionando esperanza aun para los matrimonios más afligidos.

Así que vemos que el perdón debe ser practicado por razones que van más allá de simplemente evitar la desaprobación de Dios o de deshacernos del dolor emocional causado por el pecado cometido contra nosotros. El perdón fue invento de Dios, fue modelado perfectamente por Cristo, y es un mandato en las Escrituras. Habiéndonos perdonado, la intención de Dios no es que permanezcamos como flojos perdonados en el reino de Dios. Somos llamados a buscar el perdón verdadero y bíblico para que el pueblo de Dios se pueda realmente llegar a ser uno, y ésto a un grado aun más extraordinario y único en el matrimonio.

Vamos a recordar que el evangelio ha creado algo -pasmoso—¡relaciones entre pecadores en las que el gobierno del Rey es experimentado y expresado! ¿Usted ve a su matrimonio así? ¿Lo ve como dos pecadores experimentando y expresando el reino de Cristo en la relación humana más significativa que Él ha creado? Cuando pecadores dicen “acepto”, reconocen la presencia y señorío del Hijo de Dios en el esfuerzo de su matrimonio.

¿Quedó usted tambaleante por el pecado grave de su cónyuge? Si fuera a llegar él o ella con una confesión sincera y contrita, ¿estaría dispuesto a perdonar? Recuerde que los pecadores perdonados perdonan el pecado. Deje que le inspiren Cintia y su experiencia.

> Al pasar el tiempo, Dios nos estaba cambiando a los dos. Yo podía ver cambios genuinos en mi esposo, pero todavía tenía muchas reservas en cuanto a confiar en él otra vez.
>
> Pero gradualmente sí se restauró la relación. Empecé a anhelar pasar tiempo con él, y esa emoción sólo ha aumentado a través de los años—¡y sigue aumentando! Dios estaba restaurándonos, y mientras lo seguíamos y nos deleitábamos en él, nuestra relación personal con el Señor se desbordó a nuestra relación matrimonial. Parecía que había un abastecimiento inagotable de gracia, y la esperanza reavivó en mi corazón—junto con un gozo abundante. Dios me ha traído a un lugar donde puedo decir honestamente que amo a mi esposo con todo mi corazón y deseo seguirlo en todo mientras él siga a Dios—un milagro de gracia.
>
> Otra área que cambió fundamentalmente en mí fue cómo empecé a ver el carácter de Dios. Lo empecé a ver como bueno, fiel, y bondadoso. Eso

> sucedió mayormente, creo, por escuchar la exposición del evangelio y conocer su perdón hacia mí, pero también por verlo vivido en mi esposo, en nuestra familia, y en otros a mi alrededor. Me llevó a una gran esperanza y visión, y sé que contribuyó a la restauración de nuestro matrimonio. Desde aquel entonces Dios ha continuado mostrándome su gran amor a través de la cruz. He aprendido que no puedo agotar mi entendimiento del evangelio, así que me siento llamada a continuar en mi búsqueda diaria de un entendimiento más profunda de su gracia para conmigo.
>
> Estoy asombrada por el milagro que hemos experimentado—y todo fue hecho posible por su victoria sobre mi pecado en el calvario. Me ha mostrado que mi vida no se trata de mí, más bien se trata de Él, y el efecto de eso es mi bien. Sus sendas no son las mías, sin embargo son buenas y confiables. Y las riquezas del evangelio, la perla de gran precio, es mía en Cristo—la cual será un firme fundamento hasta llegar a casa.

Si el perdón ha faltado en su matrimonio, tal vez Dios le tiene un milagro esperándoles a usted y a su cónyuge también.

O puede ser que, al igual que el Raúl de antes, haya una culpabilidad continua o algún hábito de pecado contra su cónyuge que no haya confesado o del cual no se haya arrepentido. Si es así, busque la gracia que Dios le quiere hacer llegar a través de lo que ha estado leyendo aquí. Lo que usted necesita es la sabiduría para humillarse, deshaciéndose de cualquier excusa, justificación y defensa bajo la mirada penetrante del Dios omnisciente. ¿Está listo para tomar responsabilidad por su pecado contra Dios y los demás a través de la confesión y el arrepentimiento? Prestemos atención a Raúl una vez más:

> El epílogo de nuestra historia revela la fidelidad de Dios a un pecador infiel.
>
> La profundidad de mi pecado se ve clara en contraste con la gloria inagotable de la gracia de Dios. Por medio de esta tragedia, conozco de manera única que nunca se encuentra nadie fuera del alcance de la gracia de Dios.
>
> Tardaron años para que Dios restaurara nuestro matrimonio. Y aunque la memoria de los años difíciles nunca se borrará, hay una purificación innegable del pasado.

Cuando las Escrituras dicen que el Señor restaurará con los años todo lo que las langostas se han comido, me siento como si ese pasaje fue escrito con mi matrimonio en mente. Amo a

Cintia cada vez más, y ella ha comprobado vez tras vez su perdón incondicional hacia mí.

Sé que es posible sólo por la sangre derramada de nuestro Salvador. Me ha dado su justicia que inunda todo mi pecado. Es como si hubiéramos vivido dos matrimonios separados—y la realidad es que sí. Deseo que tantas cosas fueran diferentes. Deseo nunca haber adulterado y haberle causado tanto dolor a Cintia. Deseo poder decirles a mis hijos que haya sido fiel a mi esposa desde el día en que nos casamos. Sin embargo, por mi pecado, estos son sólo deseos. Y finalmente, palidecen mis deseos en comparación al plan de Dios. Es probable que en esta vida nunca sepa porque Dios eligió usar mi pecado para llevarnos a donde ahora estamos. No obstante, estamos más allá de hacer ese tipo de preguntas porque son eclipsadas por la gloria del perdón y la bendición de Dios. Por la gracia de Dios ya no miramos hacia atrás con lamento, más bien miramos hacia el futuro con anhelo a lo que nos ha llamado.

Las memorias permanecen, aunque ya no influyen en nuestras vidas. Cada año nuestro matrimonio es más dulce y más satisfactorio que el previo. Al fijar nuestros ojos en el Salvador, Él ha hecho mucho más de lo que le pudiéramos pedir o pensar. ¡Dígame si no es asombroso eso!

El perdón y el arrepentimiento forman la herramienta poderosa que repara todo el daño que hay en nuestros matrimonios desgarrados por el pecado. Y donde se practica el perdón, y el arrepentimiento se vive, allí ocurre la transformación. El perdón humildemente buscado y humildemente dado, expresa de manera profunda la gloria de Dios. ¿Por qué? Porque el perdón es lo central del evangelio—la verdadera demostración del amor de Dios para aquellos que merecen su ira. Como ha dicho John Newton tan bien, “Lo inmutable del amor de Dios, y las riquezas de su misericordia, son más ilustrados por el número de veces que Él perdona a su pueblo, que si no tuviera que perdonarlo nunca.”[6]

Hemos sido perdonados la deuda más grande. Aprendamos a perdonar al deudor con quien nos casamos. Es la manera de seguir adelante cuando los pecadores dicen, “acepto”.

Capítulo Siete

El cirujano, el bisturí, y el cónyuge que sigue en pecado

Cirugía espiritual para pecadores

"Yal atardecer David se levantó de su lecho ..." empieza el relato del segundo libro de Samuel. Es la historia de una serie de los actos más despreciables—el adulterio, el engaño, y el homicidio, vueltos aun más sorprendentes por el hecho de que fueron realizados por el rey más grande y honorable de toda la historia de Israel.

David, el hombre conforme al corazón de Dios (1 Samuel 13:14), arriesgó mucho para primero satisfacer y luego ocultar su adulterio con Betsabé. Al enterarse de que ella estaba embarazada por él, David ordenó que su esposo regresara de la guerra en un intento de justificar públicamente el embarazo. Cuando ese plan falló, David pervirtió al extremo su autoridad al planear que este hombre muriera en la batalla. Luego, para cerrar con broche de oro, convirtió a Betsabé en una de sus esposas.

Pasó un año, el hijo de Betsabé ya era infante, y el juicio para las acciones de David no estaba a la vista. Tal vez pensó que había logrado ocultar su maldad, engañando a casi todo el mundo. Tal vez hasta a Dios mismo. Se acabó el problema—estuvo muy cerca. Protegido por su parafernalia de poder, se podía sentir seguro, protegido, y por encima de las leyes del hombre debido a su propia astucia, poder y posición enaltecida.

Pero David, y todo lo que amaba, estaban en camino a un choque frontal con la justicia de Dios. Subiendo por las escaleras de su palacio llegaba su amigo, el profeta Natán. Y no era una visita social. Era una misión de rescate.

Natán se colocó delante de este hombre a quien amaba pero que apenas reconocía, un rey engañado y desviado peligrosamente hacia la destrucción. El profeta no se gozaba en decir las palabras duras que estaban tomando forma en su mente. No tenía manera de predecir cómo iba a responder David a su reprensión. Pero cuando alguien cercano a nuestras vidas se ve huyendo de la verdad, el amor nos obliga a hablar. A veces el amor tiene que arriesgar la paz

por causa de la verdad. David estaba a punto de ser amado de la manera más difícil. Y ni siquiera tuvo que dejar su casa.

Natán le contó a David la historia de un hombre rico que le había robado la única oveja a un hombre pobre para darle de comer a sus invitados. Airado por la injusticia de esa situación, David anunció que ese hombre merecía morir. La amonestación famosa de Natán fue, “Tú eres ese hombre”.

La necesidad de un Natán

Hay dos dinámicas asombrosas obrando en esta imagen histórica. Primero que nada, Dios busca a los pecadores. El amor de Dios es incesante. Aún cuando somos cegados por nuestro pecado, él rehúsa soltarnos. Dios buscó a David con un amor infatigable.

En segundo lugar, Dios usa pecadores para buscar a pecadores. Natán, igual que David, era un hombre propenso a las mismas tentaciones y fracasos que David. Mas Dios le había dado a Natán un ministerio en ese momento. Era un pecador llamado a ayudar a otro pecador a reconciliarse con Dios.

El papel de Natán en la restauración de David presagió algo muy importante del evangelio. Jesús, el Hijo de Dios, después vendría para confrontar nuestro pecado. Por medio de su sacrificio en la cruz, Jesús tomó nuestro pecado y nos reconcilió con Dios (Romanos 5:10). Además, como hemos estado aprendiendo, aquellos a quienes se les ha otorgado un Salvador, también han sido llamados a imitar a su Salvador. Hasta ahora en este libro hemos empezado a aprender cómo debemos imitar a Cristo en misericordia y en perdón. Ahora vamos a aprender acerca de las maneras bíblicas de confrontar y amonestar, con el propósito de la reconciliación.

Pablo dice en 2 Corintios 5 que se nos ha dado el ministerio de la reconciliación. Es la reconciliación entre el pecador y Dios, y entre un pecador y aquel contra quien se ha pecado. Este no es sólo un ministerio para los enemigos de Dios para su salvación, sino—como vamos a ver en este capítulo—es también para los hijos de Dios que aun batallan con el pecado, para que sigan creciendo en su relación con Él. A cualquier persona a quien le ministramos con la reconciliación, Dios, literalmente le hace sus súplicas a través de nosotros (2 Corintios 5:17-21).

Por encima de esto, Santiago nos informa que debemos ser pacificadores por causa de la justicia (Santiago 3:18). Es decir, debemos estar dispuestos a usar el vínculo de las relaciones para intervenir y ayudar a nuestros hermanos y

hermanas a caminar de manera digna de su llamado. Charles Spurgeon va al grano. “Nuestro amor debe imitar el amor de Dios en un punto clave, es decir, en siempre buscar producir la reconciliación. Con este fin mandó Dios a su Hijo.”[1]

¿No le da gusto saber que Natán tuvo el valor suficiente para hablar la verdad a un rey asido por el pecado? Tal vez no vayamos a derrumbar reinos con nuestro pecado, pero el efecto del pecado no arrepentido nos hace daño a nosotros, a nuestras familias, a nuestras relaciones, a nuestra iglesia, a nuestro negocio, a nuestra carrera, en ocasiones de manera muy devastadora. Con tiempo, aun las “fechorías” y los pecados que nos parecen como poca cosa comparados con los de David, pueden causar un daño profundo. Todos necesitamos a un Natán. Todos necesitamos a alguien que pueda discernir una leve desviación o una caída libre que pueda apartarnos de Dios, y que nos mire a los ojos y nos diga, “Tú eres el responsable.”

Es inevitable. Al navegar a través de un mundo caído con un corazón pecaminoso, de vez en cuando su cónyuge va a demostrar un patrón de pecado que roba el gozo y agota al alma, revelando una corrosión peligrosa en su carácter o en su relación con Dios. Puede ser que, al igual que David, su cónyuge esté firme en su negación y haciendo todo lo posible para ocultar la verdad. Tal pecado no puede, no debe, pasarse por alto.

Mire a su alrededor. ¿Quién puede tomar el papel de Natán para su cónyuge? ¿Quién tomará el ministerio de la reconciliación? Necesita ser alguien puesto por Dios, alguien cercano que pueda ver, y lo suficientemente humilde para estar más preocupado por la justicia de Dios que por las opiniones de la gente. Realmente hay un solo candidato: Usted.

¿Qué va a hacer en esos momentos cuando la verdad es absolutamente necesaria? ¿Qué va a hacer cuando su cónyuge necesite a un Natán?

Más allá del auto-análisis

Para poder contestar esto, vamos a regresar a nuestra conversación acerca de Mateo 7 que empezamos en el capítulo cuatro. La mota y la viga de nuevo. Ya hemos visto en este pasaje que cuando se trata de la confrontación el primer paso es el auto-análisis y la auto-sospecha, quitando primero la viga de nuestro ojo. Pero claro, ese es sólo el principio.

> ¿Y por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, y no te das cuenta de la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo puedes decir a tu hermano: “Déjame sacarte la mota del ojo”, cuando la viga está en tu ojo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu ojo, *y entonces verás con claridad para sacar la mota del ojo de tu hermano* (Mateo 7:3–5 énfasis agregado).

Ahora parece obvio ¿no? Este pasaje no se acaba con la extirpación de la viga. Despejar toda la madera es un medio esencial para un fin mayor.

El pasaje anterior nos da dos razones por las cuales debemos empezar con nuestras propias vigas. Primero, el tratar con nuestro propio pecado nos ayuda a "ver con claridad" (v.5). Extirpar mi pecado me da la perspectiva y la claridad que acompaña la humildad. También mejora mi discernimiento y despeja el escombro que obstruye mi vista. Nunca podremos ver 20/20 en esta vida, pero el serruchar mi viga me permite ver por el lente de la compasión y el cuidado, en lugar del lente quemador del juicio y la auto-justicia.

Segundo, tratar de esta manera con la industria maderera me prepara para la meta final del Salvador. El ganar más perspectiva tiene un propósito: el ministerio a los demás, en este caso, a mi cónyuge. El auto-análisis por *sí solo* no puede producir un matrimonio dulce, pero *sólo* el auto-análisis puede proveer la perspectiva clara y humilde que necesito para servir a mi cónyuge. Mis esfuerzos en remover vigas me posicionan para poder quitar motas.

La obra de la gracia y de la verdad

Mauricio no ha cometido ni homicidio ni adulterio. No ha tomado pasos para ocultar secretos. Sin embargo, Mauricio necesita a un Natán.

Su compañía está siendo reducida, su puesto está "bajo revisión", y Mauricio se está poniendo nervioso. No está claro el futuro y los trabajos en su campo de trabajo son mínimos. Al estar en la casa, su rostro revela su ansiedad. Las conversaciones vivaces alrededor de la mesa a la hora de cenar se han convertido en suspiros largos y en silencio. Cuando su esposa le pregunta por qué suspira, Mauricio le contesta que sólo necesita espacio para pensar. Como David, no ve su desliz espiritual. No obstante, Mauricio se está deslizando, gradual pero constantemente, hacia un mundo de preocupación, lo cual es un ejercicio cautivador que adormece la mente al darle vuelta y vuelta a cada posibilidad, al considerar todos los ángulos y resultados, como si el analizar las circunstancias y controlarlas fueran la misma cosa.

Mauricio habla acerca de la fe y de confiar en Dios, pero sus comentarios parecen ser frágiles y obligatorios, una negación del conflicto real en su interior. Las noches sin dormir revelan la realidad. Despierto y fijando su mirada en la oscuridad, su imaginación no tiene rienda—allí se encuentra, sin trabajo, sin casa, su familia pidiendo limosnas en la calle. Bolitas de sudor se forman en su frente. Mauricio yace en la oscuridad solo, como un hombre sin Dios.

Mauricio necesita la comprensión de su esposa quien lo ama, para que simpatice con su lucha. Ella debe orar por él y animarlo en su desempeño de dirigir y proveer para su familia. Pero también necesita algo más de ella. Necesita que ella sea su Natán. Alguien que lo conoce bien y que lo ama lo suficiente para cuidadosamente recordarle la verdad en medio de una preocupación que está olvidando a Dios. Alguien dentro del hogar que puede tanto apropiar las promesas de Dios como compartirlas con convicción y en amor.

Es interesante, ¿no?, que pecadores que dicen “acepto”, viven en una tensión bíblica llena de ironía. Somos llamados a ser misericordiosos y a suspender el juicio. Pero también somos llamados a desafiarnos unos a otros—a corregir, exhortar, y hablar la verdad a aquellos que amamos (Hebreos 3:12–13). Puede dar la apariencia de ser algo paradójico, de ser una contradicción en nuestro llamado. Pero no lo es. Al contrario, Dios nos ha puesto en nuestro matrimonio, en este momento, con esta persona para que podamos realizar una obra extraordinaria de ministerio. Podemos cumplir con nuestro llamado de reconciliación—llevando a un creyente errante de nuevo al Dios que salva. Podemos amar al traer la verdad de manera magnánima; aplicando la gracia al hablar la verdad. Cuando realizamos este ministerio, no sólo cumplimos nuestro papel de Natán, representamos también a nuestro Señor Jesucristo, quien vino y vivió entre nosotros, lleno de gracia y de verdad (Juan 1:14).

Bien, ¿entonces cómo es que hacemos esta obra de gracia y verdad?

El cirujano y el santo que sigue en pecado

Una vez dijo Matthew Henry, “Los tres requisitos de un buen cirujano son requisitos para un reprendedor: Debe tener el ojo de águila, el corazón de un león, y la mano de una dama; en fin, debe ser dotado con sabiduría, valor, y docilidad.”[2]

Este gran puritano encontró una metáfora maravillosa. La reprensión—el medio que usa un Natán para alcanzar el alma del que está atrapado en el pecado y realizar el ministerio de la reconciliación—se parece mucho a la cirugía. Ambos requieren cuidado, sabiduría, y precisión, así como una mano delicada y decidida.

Claro, cuando Matthew Henry escribió eso hace unos trescientos años, lo único que tenía en común la cirugía de aquel entonces con la cirugía de hoy en día es que el propósito era sanar a la gente por reordenar sus entrañas. No había técnicas de micro-cirugía, ni artroscopia, ni anestesia, ni esterilización, ni

antibióticos, ni teorías de gérmenes. Era un trabajo crudo y espantoso. Sin embargo, los doctores en la era de los puritanos se dedicaban a la obra del cuidado físico con todo lo que podían. Ellos sabían que en realidad entendían muy poco, mas estaban profundamente dedicados a intentar ayudar y aprender lo que podían, con el fin de poder ayudar aún más.

Cuando se trata de la cirugía del alma, nos parecemos mucho a los doctores de los tiempos de los puritanos. Casi ni nos entendemos a nosotros mismos, ¿entonces cómo podemos entender a otro? ¡Lo único que sabemos es que ni siquiera sabemos lo que no sabemos! Las habilidades que poseemos se nos hacen inadecuadas, nos preguntamos si no sería menos traumático para el "paciente" no hacer nada.

No obstante, somos llamados a esta obra quirúrgica especializada, designados por Dios para ejercer todas nuestras capacidades, por precarias que sean, y depender de Él para los resultados. Las herramientas esenciales para esta obra nunca han cambiado: la sabiduría, el valor, y la docilidad.

Un buen cirujano muestra la sabiduría

Les ofrezco una breve lección, tomada de los Archivos Quirúrgicos de Harvey, acerca de cómo no corregir.

Era un restaurante bastante lujoso—el tipo de restaurante donde un señor en un esmoquin le ofrece una mesa y luego le pregunta cortésmente cuál sería su preferencia de agua embotellada. Estaba iluminado con velas, tomaron nuestros abrigos (sin darnos números, ya que se acuerdan de los nombres), había arte original en las paredes, y música clásica sonando en las distintas estancias. Un vistazo al menú me reveló que íbamos a pagar bastante por el ambiente (¡por lo menos tenía precios el menú!). Pero eso no importaba. Todo estaba perfecto. Esta sería una noche memorable.

Y de hecho, sí fue memorable. Sólo que no lo fue por las razones que yo me había imaginado.

Si pudiera elegir un poder de superhéroe, sería la capacidad de succionar los comentarios tontos que digo al instante de que se escapan de mi boca. Lo pudiera haber usado esa noche cuando le ofrecí a mi esposa unas cuantas observaciones que me había estado guardando para "el momento oportuno". Resulta que esa noche no era ese momento oportuno. Ni de cerca. Gracias a mí, lo que experimentamos esa noche fue un conflicto bastante caro. Nada arruina una buena cena como una mala discusión.

Un cirujano sabio, usted sabe, elige el momento oportuno. Pero no encajan bien la cirugía del alma y los restaurantes finos. Por lo menos, no para Kimm y yo. Al elegir esa noche para iniciar la obra delicada de la cirugía, yo estaba mostrando una clara ausencia de sabiduría.

"Lo principal es la sabiduría; adquiere sabiduría, y con todo lo que obtengas adquiere inteligencia" (Proverbios 4:7). Eso es claro, pero ¿qué *es* la sabiduría? Como vimos en el capítulo cuatro, la sabiduría empieza con el temor de Dios—viviendo prácticamente a la luz de la gloria de Dios. O, como ha escrito J.I. Packer, "Hasta que no seamos humildes y enseñables, de pie asombrados ante la santidad y soberanía de Dios, reconociendo nuestra pequeñez, desconfiados de nuestros pensamientos, y dispuestos a que cambie nuestra mente, no podremos apropiar la sabiduría divina."[3]

El método de Natán para con David es una exhibición de la sabiduría bíblica. Natán eligió el momento oportuno, y luego fue al palacio para ver y alcanzar a su viejo amigo, el rey. Eligió un método sabio, la historia de la oveja robada, para cuidadosamente llevar a David a verse a sí mismo. Y fue muy claro acerca de la naturaleza del pecado y acerca de quien tenía la culpa. David pudiera haber respondido mal haciéndole la vida imposible a Natán, pero Natán se arriesgó de todos modos. ¿Por qué? Porque Natán le temió más a Dios que a David. Natán era un hombre sabio, preocupado por los intereses de Dios más que los de cualquier otra persona.

Para ser realmente sabios al confrontar el pecado, les comparto aquí un par de técnicas quirúrgicas invaluables que debemos poner en práctica.

Los pacientes deben saber que necesitan ayuda

Imagínese a un cirujano que se acerca a desconocidos en calles ocupadas y les ofrece sus servicios, "Con permiso señora, ¿hay alguna entraña que le puedo quitar hoy?" Es muy probable que ese tipo de acercamiento llame la atención de la policia en vez de clientes. Todos sabemos que los buenos cirujanos no hacen pesca de arrastre buscando pacientes. Operan a los que quieren y necesitan sus servicios.

Los matrimonios se vuelven amargos cuando la pareja entra a una especie de cirugía casual, descuidada, y sin el permiso informado del paciente. Pero los matrimonios se vuelven dulces cuando los cónyuges, reconociendo que cada uno va a necesitar la cirugía correctiva de vez en cuando, se dan permiso el uno al otro para blandir el bisturí cuando sea necesario.

Una manera excelente y humilde de demostrar su disposición continua de pasar bajo la navaja bíblica es buscar la corrección con regularidad. Esto le comunica a su cónyuge que si usted necesita cirugía, usted quiere cirugía. Mi amigo Mark a menudo me pregunta si tengo observaciones o preguntas acerca de su carácter o conducta. En este aspecto es un “paciente” modelo, y quiero imitar su ejemplo en mi matrimonio. Me es importante que Kimm sepa que yo *quiero* la corrección, y no que nada más la tolero. Cuando yo busco la corrección le comunico a ella que tiene la luz verde para operar, porque yo sé que necesito ayuda.

Nunca opere a ciegas

Si recientemente usted, o alguien cercano a usted, se ha sometido a una cirugía, probablemente está consciente de todos los análisis exhaustivos médicos que tienen que suceder antes de que el paciente se acerque al cuarto de operaciones. Hacen un montón de exámenes, se llevan a cabo las consultas, son administradas las medicinas pre-operatorias. El cínico pudiera decir que esto es para evitar pleitos, pero hay sabiduría en el dicho: entre mejor se prepare uno, mejores serán los resultados. Esto se aplica a la cirugía de la reprensión también. Entre más nos preparemos para comunicar la verdad, más probable es que esa verdad sea escuchada y tomada a pecho. La experiencia en el restaurante fino que esperaba compartir con Kimm se volvió una experiencia mala por una sola razón. Operé a ciegas.

Aquí les proporciono algunas preguntas diagnósticas pre-operatorias que pudieran ayudarle a operar sabiamente cuando llegue el momento de realizar la cirugía amonestadora.

- *¿Le he pedido sabiduría a Dios y he reconocido mi necesidad de Su ayuda en servir a mi cónyuge?* La oración no es sólo una formalidad con la cual cumplimos antes de marchar a nuestro cónyuge a la sala de operaciones. Debe ser una expresión de corazón de nuestra dependencia de Dios. Al orar estamos recordando nuestras limitaciones quirúrgicas—podemos operar, pero no podemos sanar; podemos hablar, pero no podemos traer convicción de pecado. Sólo Dios puede hacer eso (Juan 16:8). La oración pone en primer plano el temor de Dios, y esto es el principio de la sabiduría. Si conectamos con Dios antes de acercarnos a pecadores, se nos hace mucho más fácil llevarlos de nuevo a Él.
- *¿Están basadas mis observaciones en un patrón de conducta*, *o sólo en un incidente independiente?* Tenga cuidado de no tomar un sólo incidente—

lo que a mí me gusta llamar *sola illustrate*—para hacerle ver una preocupación significativa que usted pueda tener de su alma. Si usted tiende a precipitarse a las apendicetomías espirituales al primer síntoma de un pecado equivalente a un malestar estomacal, probablemente revele que sus capacidades pre-operatorias no están a la par. ¿Cómo le va el orar por su cónyuge, el tolerar a su cónyuge, y el amar a su cónyuge?

- *¿Estoy satisfecho al dirigirme a sólo un área de preocupación, aun si estoy consciente de varias?* ¿No sería genial si el cambio fuera igual de eficiente que un proceso quirúrgico? (Ya sé, la analogía quirúrgica no es perfecta.) Sólo imagínese: el enojo crónico hoy, la operación mañana en la mañana, un par de días observando el tubo durante su recuperación, ¡y se desaparece el enojo, tal vez con una cicatriz chica como prueba de su operación! Sin embargo, la vida es diferente. La transformación ocurre mediante el ajetreo de la vida cotidiana. Los hijos aún necesitan ser alimentados y las facturas deben ser pagadas mientras luchamos con nuestro quebrantamiento. Puede ser sumamente dificil tratar con más de un área de crecimiento a la vez. Un buen cirujano mantiene eso en mente.

- *¿Estoy comprometido a no hacer incisiones más grandes de lo más necesario?* Muchas veces, al tratar de llevar a nuestro cónyuge a una convicción santa de su pecado, le abrumamos con un gran volumen de información o con una letanía de ejemplos. Tal vez pensamos que es la manera más rápida de lograr la meta, pero muchas veces la fuerza de nuestra comunicación los lanza más allá de la convicción y a la infección séptica de la condenación. Cuando hablamos del cambio, muchas veces deseamos un arreglo rápido, sin embargo “Dios emprende una respuesta larga y lenta.”[4] Ser sabio en la gracia es ver que una palabra bien considerada y aplicada con cuidado es buena medicina. Se trata de un alma. Vaya lentamente. Corte con cuidado.

- *¿Estoy preparado para ofrecer humildemente una observación en lugar de una suposición o una conclusión?* Usted y yo nunca tendremos una revelación perfecta del corazón de nuestro cónyuge. El suponer que sí lo tenemos sería juzgarlos, y el juicio se reserva para Dios. En su misterio y misericordia, Dios nos guarda de una perspicacia definitiva al corazón del otro, aun para dos personas que pueden terminar las frases del otro. Así que, la cirugía más eficaz muchas veces es exploratoria. De la misma manera, la reprensión más eficaz muchas veces se encuentra en la forma de preguntas abiertas (no capciosas), porque las preguntas crean el diálogo que luego invita observaciones más penetrantes.

- *¿Mi meta es promover la verdad de Dios, o mis preferencias?* En cualquier momento en nuestros matrimonios, puede haber varias áreas en las cuales queremos que cambie nuestro cónyuge. Pero un buen cirujano no opera sólo porque hay algo que no le gusta del paciente—"Mire, mientras le estamos quitando el apéndice, ¡vamos a quitarle unos cuantos kilitos de su pancita!" Nuestra mejor reprensión será cuando nuestra meta es ayudar a nuestro cónyuge a escuchar la Palabra de Dios, tomarlo a corazón, y finalmente responder a ello. Nuestras observaciones deben ser designadas para llevar a la verdad de Dios, no para reemplazarla.

Un buen cirujano muestra valor

Como ya hemos visto, a Natán le tomó bastante valor confrontar a David. También le tomó valor entrar a ese palacio y hablar la verdad. Reprender a un rey quien se había mostrado dispuesto a matar a un hombre quien pudiera descubrir su pecado fue un poco riesgoso para Natán—qué tan riesgoso él no podría saber. Pero el bienestar de la nación dependió de la decisión de Natán de decir, "Tú eres ese hombre."

Efectivamente, la sabiduría verdadera y bíblica a menudo tendrá un toque de valentía, mientras caminamos por fe, buscando agradar a Dios en todo. Tal vez pareciera que la vida sería más fácil si tomáramos el camino tímido, evitando ciertas verdades incómodas o cerrando el ojo a pecados selectos, pero siempre vamos a cosechar lo que sembramos (Gálatas 6:7–9). Si sembramos la honestidad amorosa y el cuidado valiente, cosecharemos el crecimiento en piedad. Se evitamos la confrontación, nos vamos a encontrar con los conflictos de todas maneras, porque el pecado que no se trata es el pecado no confinado. En nuestro intento de preservar la paz, estamos sembrando la guerra.

Otro tipo de valor también es necesario para el cirujano espiritual. Si el primer tipo de valor es como la audacia necesaria para iniciar la cirugía—el presionar el bisturí sobre la carne esterilizada para hacer la primera incisión—el segundo tipo de valor nos mantiene trabajando hasta acabar y luego nos mantiene compasivos y dedicados durante el período de recuperación también. Este es el valor que se compromete a mantenerse involucrado en un ministerio personal mucho después de que uno haya empezado a hablar.

Demasiadas veces las parejas tratan la confrontación como si fuera una granada de mano—quitan el seguro, la dejan volar, y corren para cubrirse. Pero la reprensión bíblica no es una especie de ataque de comandos. Es el cuidado quirúrgico del alma, dedicado y cuidadoso. Un buen cirujano se compromete no

sólo a la operación, sino al cuidado pos-operatorio también. ¿Por qué esto requiere el valor? Porque el propósito de Dios para la reprensión no es lograr un matrimonio sin problemas sino inspirar arrepentimiento para la piedad. Y amigo, el arrepentimiento y el cambio tardan tiempo. Cuando pecadores decimos, "acepto", debemos comprometernos al proceso entero de ayudarnos a crecer en santidad a través de toda la vida.

Los cirujanos valientes animan al arrepentimiento

En el año 1517, Martín Lutero clavó en la puerta de una iglesia en Wittenberg, Alemania, lo que él creía que eran las verdades auto-evidentes de las Escrituras que estaban siendo descuidadas. Cuando la iglesia establecida de ese tiempo se negó a debatir con Lutero acerca de la sustancia de sus reclamaciones, desencadenó una pequeña controversia que generalmente se conoce como la Reforma Protestante. Estas verdades de las Escrituras—sus tesis, como los nombró Lutero—alcanzaron el número de noventa y cinco. ¿Cuál encabezó el cartel? "Cuando nuestro Señor y Dueño Jesucristo dijo, 'Arrepentíos' [Mateo 4:17] Él deseaba que la vida entera de los creyentes fuera una de arrepentimiento."[5] Lutero estaba confrontando un sistema ceremonial religioso, en gran medida descorazonado, que pretendía librar uno de la culpabilidad. En la mente de Lutero, informado por la Palabra de Dios, la respuesta adecuada de cualquier pecador a la obra redentora de Cristo en la cruz sería darle la espalda al pecado y a nuestros deseos, y volvernos hacia el Salvador de nuestras almas—una vida de arrepentimiento. Mientras que la iglesia protestante surgió y creció primordialmente por medio de la recuperación de la doctrina de la justificación sólo por la fe, también hizo destacar esta revelación esencial (¡y sigue siendo válida!) acerca de cómo cambia la gente.

Para verdaderamente cuidar de su cónyuge en el momento de confrontación, sus palabras y conducta deben ser elegidas para promover el arrepentimiento. A menudo se malentiende la palabra, así que antes de que guarde imágenes de su cónyuge llevando túnica de penitente y cenizas, vamos a aclarar lo que Dios está buscando.

El arrepentimiento no es el estar fascinado de manera morbosa con uno mismo, preocupado con analizar cada matiz de su personalidad, su habla, y sus fracasos. Como aprendimos de Raúl en el capítulo anterior, el arrepentimiento no se trata finalmente de nosotros. Todo se trata de Dios. Es estar tan conscientes de Dios, su carácter, y lo que ha hecho, que activamente procuramos dejar el pecado y perseguir la justicia. Un aspecto de las buenas nuevas del evangelio (como veremos en el siguiente capítulo) es que la gracia se extiende más allá de

la cruz. Brota de la cruz con un poder invasivo e inagotable y quirúrgico para asegurar que cambiemos, que nuestras vidas y matrimonios agraden a Dios, y que lleguemos a nuestro hogar celestial al final (Judas 1:24).

En el arrepentimiento cooperamos con Dios en esta obra maravillosa, tomando un papel crucial que Él espera que cumplamos y que nos da la gracia para realizar. Efectivamente, siempre tenemos las siguientes invitaciones por Dios, “ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor” (Fil. 2:12), “considerad los miembros de vuestro cuerpo terrenal como muertos” (Col. 3:15), “andad por el Espíritu” (Gal. 5:16), “negando la impiedad y los deseos mundanos”, (Tito 2:12). El arrepentimiento no es simplemente el desear cambiar. Es hacer el cambio.

No quiero convencer a mi cónyuge por medio de mi sinceridad, como si mis buenas intenciones pudieran conferir el poder para cambiar. Quiero que mi amada recurra a Dios en arrepentimiento, si efectivamente ha pecado. No quiero que mi cónyuge se sienta “atrapada” en su pecado por mis palabras, porque no quiero que se sienta tentada a centrarse más en solucionar el problema que en encontrarse con Dios. La confrontación no es un evento tipo “¡ya te atrapé!”

Quiero que mi cónyuge se encuentre con el Espíritu Santo, enviado para traer convicción a un mundo lleno de pecado (Juan 16:8), y así experimentar la obra que aumenta nuestra fe, nos purifica y nos ayuda a cultivar un lamento piadoso por haber pecado. Esto es lo que vemos en David cuando empieza a ver la gravedad de su pecado. “He pecado contra el SEÑOR” (2 Samuel 12:13). Pablo describe este lamento piadoso a los corintios:

> Porque si bien os causé tristeza con mi carta, no me pesa; aun cuando me pesó, pues veo que esa carta os causó tristeza, aunque sólo por poco tiempo; pero ahora me regocijo, no de que fuisteis entristecidos, sino de que fuisteis entristecidos para arrepentimiento; porque fuisteis entristecidos conforme a la voluntad de Dios, para que no sufrierais pérdida alguna de parte nuestra. Porque la tristeza que es conforme a la voluntad de Dios produce un arrepentimiento que conduce a la salvación, sin dejar pesar; pero la tristeza del mundo produce muerte. (2 Corintios 7:8–10)

Según Pablo, los sentimientos de tristeza en sí no necesariamente señalan que haya una convicción. Podemos ser tristes por muchas razones diferentes, incluyendo razones egoístas. Podemos lamentar las malas consecuencias de nuestro pecado, lamentando que nos hayan descubierto, lamentando la pérdida del respeto de alguien. Este tipo de tristeza mundana no puede ni empezar a tratar con la verdadera ofensa del pecado, y no puede empezar a cambiarnos. Sólo la tristeza piadosa puede llevar al arrepentimiento. Y sólo el arrepentimiento testifica al efecto quirúrgico que resulta cuando la verdad de Dios es aplicada a nuestros corazones pecaminosos.

Un buen cirujano muestra docilidad

La docilidad es una gran palabra del evangelio. Jesús dijo, “Bienaventurados los humildes, pues ellos heredarán la tierra” (Mateo 5:5). Pablo dijo “revestíos de tierna compasión” (Colosenses 3:12). Y Santiago insta, “Por lo cual, desechando toda inmundicia y todo resto de malicia, recibid con humildad la palabra implantada, que es poderosa para salvar vuestras almas” (Santiago 1:21).

La docilidad no tiene nada que ver con ser débil o pasivo. La docilidad es el poder sujetado con amor. Es una expresión de humildad que no se va a enfurecer o defender cuando sus motivos son retados. De hecho, una persona dócil se da cuenta de que él o ella pudiera tener motivos egoístas y debería evaluarse. Este fruto del Espíritu nos ayuda a gobernar nuestro enojo, dominar nuestra lengua, y mantener la paz. A.W. Tozer dice, “el hombre dócil ...habrá llegado a un lugar de descanso para su alma. Mientras camina en docilidad estará contento de dejar que Dios lo defienda. La lucha antigua de defenderse ya se acabó. Ha encontrado la paz que provoca la docilidad.”[6]

En el matrimonio, el ser dócil no es ser débil o vulnerable, más bien es ser tan comprometido a su cónyuge que sacrificaría por su bien. Una persona dócil ve la futilidad de responder con pecado al pecado.

Usted me entiende. Su cónyuge dice algo, sea intencional o no, y es como un golpe espiritual al abdomen. Se siente asaltado, rechazado, avergonzado. De inmediato una estrategia de contra-ataque se empieza a formar en su mente, una que sería rival del día D en su impacto abrumador. Quiere cargar su boca y apretar el gatillo. Quiere utilizar una ronda de perspectivas devastadoras que diezme el reclamo de su cónyuge como un ataque aéreo bien acertado. Quiere soltar un asalto verbal que recupere cada centímetro de terreno perdido, y quiere extraer un pago por cada punzada a su orgullo lastimado. Quiere dejar la docilidad atrás en una caja guardada en la base, e ir a la guerra.

En el capítulo seis, hablamos de cómo el perdón voluntariamente absorbe el costo del pecado sin buscar represalias o pago. ¿Qué nos da el poder para ese tipo de respuesta celestial? La docilidad. La persona dócil también entiende algunos principios bíblicos clave de la comunicación y los aplica en el matrimonio.

1) El estar molesto no es una invitación a hablar. “El enojo del necio se conoce al instante, mas el prudente oculta la deshonra” (Proverbios 12:16).
2) Una respuesta dócil tiene más poder que una lengua de ira. “La suave respuesta aparta el furor, mas la palabra hiriente hace subir la ira”

(Proverbios 15:1).

3) El habla gentil anima la vida, ya sea en conversación o en conflicto. “La lengua apacible es árbol de vida” (Proverbios 15:4).

Finalmente, toda docilidad muestra una meta común. La persona dócil no sólo quiere reflejar la docilidad de Cristo (2 Corintios 10:1), sino también quiere llevar a su cónyuge a Cristo de nuevo.

¿Cuál es mi agenda, mi motivación, al llamar la atención de mi cónyuge sobre algún pecado? Muchas veces mis motivaciones quedan cortas en cuanto a la nobleza. Vertiendo ansiedades, procurando concesiones, consintiendo temores, castigando a aquellos que nos hacen daño—estos deseos nos pueden llevar a hablar demasiado rápido por las razones equivocadas. ¡Créame, yo sé! Sin embargo la meta para una conversación quirúrgica no es simplemente apaciguar las cosas. Es cuidar del alma de nuestro compañero y finalmente llevarlo de nuevo a Dios.

Hace años, Kimm y yo identificamos un patrón de conflicto que emergía de la manera en que yo le hablaba cuando estaba intentando hacerle la cirugía espiritual. Yo veía mi trabajo como una labor de persuasión, en lugar de una reconexión con Dios. Yo sentía que la meta era provocar en ella una respuesta más que simplemente compartir mis pensamientos y encomendarla a Dios. Realmente estaba abusando de mi posición, de su confianza, y de mis habilidades argumentativas por motivos egoístas. No se encontraba en ninguna parte la docilidad.

El pecado de su cónyuge no se trata de usted primeramente. Puede que le afecte, pero la cosa más importante que revela es cómo va la relación de su cónyuge con Dios. Un cónyuge dócil que busca ayudar al otro hará prioridad de esa relación con Dios. Él o ella reconocerá que la más alta esperanza para el cambio está en nuestra respuesta a Dios, no en una capitulación al cónyuge. Es por eso que el último paso de cualquier tipo de corrección debe ser animar a nuestro cónyuge hacia Dios y encomendarlo a Dios.

Las personas a quienes amamos necesitan saber que estamos más confiados en la capacidad de Dios para romper cadenas que en la capacidad del pecado para engañar. Dios se quiere hacer enorme en nuestros matrimonios—tan grande que nuestra reprensión del uno al otro nos deje más conscientes de la obra activa de Dios que de los efectos del pecado. Mi amigo C.J. Mahaney llama estas cosas, *evidencias de la gracia*. “Esto quiere decir que debemos buscar activamente maneras en que Dios está obrando en las vidas de los demás.”[7]

La gracia es un agente sanador esencial en la sala operativa de nuestro pecado. De allí proviene nuestra esperanza y el poder para cambiar. Es tan importante este punto que vamos a pasar un capítulo entero hablando de ello, así que ¡permanezca sintonizado! Pero antes de dejar este capítulo, considere esto: un buen cirujano lleva la cruz a la sala operativa. Es lo primero que toma y lo último también. Con ella abre y cierra al paciente. La cirugía sólo es un éxito cuando llevamos a la gente más allá de sus problemas y la llevamos al Gran Médico.

Volviendo a Natán y a David

Hemos estado aprendiendo que la reprensión al igual que la cirugía, es difícil de entender y aun más difícil de realizar. Y si es realizada sin sabiduría, valor, y docilidad, el remedio puede resultar peor que el problema. Pero siendo un esposo que ha dado y recibido la corrección en varias formas, le puedo decir esto: pocas cosas han sido tan fructíferas que las heridas fieles de mis amigos, especialmente de mi mejor amiga Kimm. Vamos a cerrar este capítulo viendo el impacto final de las heridas fieles que Natán, el amigo de David, le dio al rey.

La reprensión de Natán no frenó la disciplina de Dios para con David, pero sí le preparó para recibirla. Y los pensamientos personales de David en este evento han sido guardados por Dios para nuestro aliento en las palabras del Salmo 51. Aquí encontramos a un hombre experimentando la humilde claridad de la convicción y el arrepentimiento, una obra que Dios hizo a través de la reprensión fiel de un amigo.

> Porque yo reconozco mis transgresiones,
> y mi pecado está siempre delante de mí.
> Contra ti, contra ti sólo he pecado,
> y he hecho lo malo delante de tus ojos,
> de manera que eres justo cuando hablas,
> y sin reproche cuando juzgas ...
> He aquí, tú deseas la verdad en lo más íntimo,
> y en lo secreto me harás conocer sabiduría ...
> Esconde tu rostro de mis pecados,
> y borra todas mis iniquidades.
> Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
> y renueva un espíritu recto dentro de mí.
> No me eches de tu presencia,
> y no quites de mí tu santo Espíritu.

Restitúyeme el gozo de tu salvación,
y sostenme con un espíritu de poder.

(Salmo 51:3, 4, 6, 9–12)

A través de la historia, hombres y mujeres de Dios han recurrido a la confesión de David en este Salmo para encontrar la fe necesaria para abrazar la disciplina de Dios. Pero ¿qué pasó con el resto de la historia? ¿Qué pasó con Natán y David? ¿Dañó esa reprensión su relación, deshizo su confianza? ¿En dónde dejó este encuentro divino su amistad?

David, al final de su vida, cuando sus hijos estaban en su contra, aun contaba con un hombre. Natán, su amigo, el cirujano de su alma estaba allí durante todo—sabio, valiente, y dócil, fiel con la verdad, y fiel a su amigo hasta el final.

La de ellos fue una amistad forjada al calor de la corrección honesta. Cuanto más tiempo vivo, más atesoro el amor de mi esposa, el cual se parece al de Natán y me lleva al Gran Médico, un amor lleno de gracia y verdad para mis momentos de necesidad. ¡Espero que usted le de la bienvenida al Natán que el Gran Médico ha puesto en su vida por medio del regalo del matrimonio!

Capítulo Ocho

Gracia tenaz

El poder persistente para correr juntos

Soy demasiado varonil como para disfrutar a Jane Austen. Ahora, reconozco que las mujeres normalmente interpretan eso como, “No soy lo suficientemente inteligente como para entender a Jane Austen,” y supongo que pudiera haber algo de verdad en eso. Pero aun si hombres como yo no entienden de lo que se trata, tengo que respetar a cualquier autor capaz de cautivar la imaginación de su público sin mencionar un lanzagranadas. Ni siquiera lo menciona una sola vez. No obstante, sigo siendo demasiado varonil como para disfrutar a Jane Austen.

En un toque de humor divino, Dios me ha dado a una esposa y a dos hijas que aman cualquier cosa que asemeje a Austen. Tal vez me estoy perdiendo algo, pero me parece que la trama siempre es la misma. La única diferencia que yo he podido identificar es el nombre de la mansión.

Si usted nunca ha leído una novela de Jane Austen, o visto una adaptación en película, permítame ahorrarle el tiempo. Aquí va la trama. Inicia con una mujer ansiosa y soltera en Inglaterra al final del siglo dieciocho cuya madre es aun más ansiosa que ella. Entra un hombre ignorante, usualmente rico e inexplicablemente soltero, que no sabe que necesita a una mujer soltera temperamental para convertirse en un hombre normal. Se agregan algunos personajes excéntricos, la vestimenta floreada, un baile formal, y mucho terreno humedecido de Inglaterra. Se acaba con una boda delirantemente feliz, dejando la impresión de que esta pareja nunca conocerá otra cosa más que el éxtasis matrimonial. Corren títulos, entran los violines, vaya a comprar el CD. Allí lo tiene.

¿Por qué no pasa nada en Jane Austen después de la boda? ¿Dónde están las secuelas? Aquí están algunas historias de Austen post-boda que me gustaría ver:

Sentido y Sensibilidad, Episodio II—Extraño a mi mamá

Orgullo y Prejuicio—La continuación: Los compañeros de cacería de

Darcy viven con ellos.

El regreso de Emma:¡La casamentera ataca de nuevo!

Ya sé ...no es probable. Por eso prefiero películas de hombre. Se acaban justo en el momento perfecto—normalmente cuando alguien muere. Una película de vaqueros nunca se acaba antes de que los dos personajes principales se enfrenten en la calle, con sus pistolas a todo dar. Las películas de guerra no se acaban cuando un ataque aéreo inicia y las películas de deportes no se acaban hasta que se sabe quién ganó el campeonato. Pero en el mundo de Jane Austen, los cuentos se acaban en el altar, cuando la realidad apenas va a comenzar. No lo entiendo.

La verdad es que, sí lo entiendo. Son películas románticas. Se tratan de cómo un tornado mareante de amor lo puede levantar en un torbellino y dejarlo frente a las puertas de la capilla, todo mareado y bellamente ataviado. Adónde desaparece el tornado, nadie lo sabe. En la ficción, ¿hay vida después de pronunciar las palabras "sí, acepto"? Es difícil decir, ya que casi nunca se ve una película romántica que se trata de personas ya casadas.

Ahora, sería totalmente normal que un libro que habla del matrimonio brinque de esta ilustración a un discurso sobre cómo mantener vivo el romance dentro del matrimonio. Y, efectivamente esta es una meta digna. (De hecho, es tan importante que le animo a que lea esta nota para informarse de unos materiales excelentes acerca del romance dentro del matrimonio.)[1] Pero tengo otro propósito en mente. Quiero estudiar una palabra que puede inspirar fe y esperanza cuando los pecadores dicen, "acepto". La palabra es *gracia*.

A menudo la gracia es erróneamente vista como algo que hace el papel del romance en una trama de Jane Austen. La gracia nos lleva al altar con Dios existiendo como una fuerza misteriosa y poderosa que nos saca de nuestro aislamiento pecaminoso y nos deposita en una dulce relación con Dios por medio de Jesús. Pero muchos viven como si, una vez que la gracia los haya salvado, se acabara el cuento.

A veces nos topamos con esto en testimonios de salvación. Se comparte mucho detalle de los pecados cometidos antes de la conversión. Después sigue la intervención milagrosa de Dios, el gran gozo de nacer de nuevo, y luego—pues, corren los créditos. La gracia logra lo asombroso e imposible de entregarme salvo al altar de la conversión, pero luego se despide para ir a salvar a otra persona, dejándome a valerme por mí mismo. ¿Realmente es así?

La gracia persistente para correr la carrera

Un gran teólogo de nuestro tiempo, J.I. Packer, ha observado, "No hay necesidad más urgente en la cristiandad que la de una conciencia renovada de lo que realmente es la gracia de Dios."[2] Estoy de acuerdo completamente. Los cristianos que cultivan una apreciación por la gracia de Dios y que buscan aplicar esa gracia en cada área de sus vidas, se colocan para conocer un gozo y efectividad que sólo Dios puede otorgar. También estoy de acuerdo de que la profundidad y la anchura de la gracia de Dios están tan mal entendidas entre los cristianos que la palabra "urgente" no es una palabra demasiado fuerte. Entre cristianos casados, no hay área de aplicación más urgente que dentro de su mismo matrimonio.

Nuestra tentación es creer que la manera de lograr un buen matrimonio cristiano es la buena enseñanza, la conducta correcta, trabajar más duro, arrepentirnos más y sentirnos cambiados. Claro, que estas son cosas importantes, pero no son la gracia. De nuevo, para usted y para mí, no hay necesidad más urgente que una conciencia creciente de lo que verdaderamente significa la gracia de Dios cuando los pecadores dicen, "acepto". En Tito 2:11–14, Pablo nos lleva más allá de nuestra tendencia al estilo Austen de dejar la gracia en el altar.

> v. 11) Porque la gracia de Dios se ha manifestado, trayendo salvación a todos los hombres,
>
> v. 12) enseñándonos, que negando la impiedad y los deseos mundanos, vivamos en este mundo sobria, justa, y piadosamente,
>
> v. 13) aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador Cristo Jesús,
>
> v. 14) quien se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo para posesión suya, celoso de buenas obras.

¡Qué buenas nuevas llevan estos versículos! Hay una continuación gloriosa a la gracia salvadora que nos justifica. La gracia que justifica (declarándonos santos ante Dios) se convierte en la gracia que nos santifica (haciéndonos cada vez más santos en la vida diaria). Es una gracia predominante e imparable que no se despide el día después de la oración de arrepentimiento del pecador. Es el poder de Dios para vencer al pecado, y un arma potente en la batalla feroz que es parte de la vida después de la luna de miel de la conversión. La conversión, como una boda, no es el final de la historia—¡es sólo el principio!

En estos versículos, Pablo nos muestra que la gracia salvadora se convierte en la gracia santificadora. Vamos a pasearnos por este pasaje, poniendo mucha

atención, para que podamos ganar, como dice Packer, “una conciencia renovada de lo que realmente es la gracia de Dios.”

En el versículo 11, vemos que la gracia inicia con nuestro Salvador—quien es la encarnación de la gracia—quien aparece trayendo la gracia a los perdidos, la reconciliación a los enemigos de Dios. El milagro de su encarnación y la magnificencia de su expiación han hecho de la salvación una realidad. Esto es el fundamento y la fuente de la gracia. La gracia apareció en Cristo.

Sólo para aclarar, la gracia salvadora y la gracia santificadora son la *misma* gracia. Los nombres diferentes sólo indican el enfoque de la obra de la gracia, no que esté obrando un *tipo* de gracia diferente. De hecho, cuando lleguemos al día final veremos claramente como la vida en esta tierra fue toda de gracia, ¡la misma gracia de Dios en y por medio de Cristo, gracia sobre gracia, de principio a fin (Zacarías 4:7; Apocalipsis 22:21)! Así que, la gracia santificadora no es una gracia nueva, o una gracia cambiada. Es la gracia—la misma gracia que nos salvó—aplicada al nuevo corazón de un hijo de Dios, un corazón que ha sido cambiado por la gracia salvadora.

La gracia santificadora es buenas nuevas. Son las nuevas de que Dios nos da una *gracia persistente para correr la carrera*. Nos ayuda a contemplar la gracia de esta manera para mantener el delicado equilibrio del cual habla Pablo. Pablo no está diciendo que la gracia realiza cambios en nosotros contra nuestra voluntad. Tampoco está presentando la gracia como una barra energética que nos dará un empujón justo a tiempo para seguir adelante cuando nos sintamos decaídos. No, la gracia está constantemente obrando en nosotros, gradualmente y en incrementos, de manera que podamos correr la carrera puesta ante nosotros con paciencia y diligencia. Y una parte significativa de la carrera que correremos es nuestro matrimonio.

Piense en las áreas en que usted sabe que necesita crecer—la respuesta crítica, la auto-lástima, el enojo alterado y la falta de contentamiento. Dios promete otorgar la gracia persistente para ayudarle a huir de esos pecados y acabar bien. “El pecado humano es terco,” dice Cornelius Plantinga, “pero no tan tenaz como la gracia de Dios, y no tan dispuesto a sufrir para salir con la suya.”[3] Es la gracia tenaz, persistente e implacable que nos cambia. Estas son, en verdad, buenas noticias.

La gracia: El poder para renunciar a lo viejo

En el versículo 12, descubrimos que la gracia de Dios llega con un propósito que va más allá de la salvación. Viene, “enseñándonos, que negando la impiedad

y los deseos mundanos, vivamos en este mundo sobria, justa, y piadosamente". La gracia de Dios no sólo apareció; trajo consigo una descripción de puesto. Para el cristiano, la gracia existe para enseñarnos cómo vivir vidas únicas e individuales, de momento en momento.

Una versión en inglés traduce el principio del versículo 12 como "entrenándonos", y la versión en español lo expresa como "enseñándonos", y la versión de la New American Standard Bible dice "instruyéndonos". Esto refleja que la palabra para "entrenar" en el griego es compleja. Significa mucho más que la mera transferencia de conocimiento de uno a otro. Y es más que una lección aquí una lección allá, sin nada en medio. La gracia es algo permanente en la vida de cada cristiano, una fuerza divina que nunca cesa de trabajar las 24 horas del día, 7 días a la semana, y que aplica la verdad a todo lo que hacemos. La gracia es el entrenador vuelto maestro que insiste que corramos hacia Dios.

Cuando yo jugaba béisbol de chico, nuestro entrenador poseía ese talento poco visto de hacer que saliera lo mejor de los niños. Y realmente eso era un gran reto sabiendo quiénes formaban su equipo. El entrenador Hayes era trabajador de acero, un hombre brusco, quien se encontraba muy seguido sin rasurar y cuyas dos pasiones, los niños y el béisbol, convergían dos veces a la semana durante el verano—más si había juegos que recuperar.

El técnico Hayes tenía su manera de hacer las cosas. Podía incitar excelencia en el flaco jugador del campo derecho quien se encontraba con un guante de béisbol porque su mamá pensó que necesitaba pasar más tiempo al aire libre. Y él enseñaba y entrenaba con la plena expectativa de que se iba a aplicar todo lo que él decía. Y resulta que tomó un grupo de niños desordenados y los transformó en un equipo que ganaba campeonatos. No es que se le dieran jugadores excelentes, es que era un entrenador excelente. No es que fuéramos grandes estudiantes del deporte. Él era un gran maestro.

John Stott dice, "Ahora Pablo personifica esta gracia de Dios. La gracia que salva ahora se vuelve la gracia que enseña."[4] Nos recuerda Tito 2:12 que el crecimiento espiritual es inevitable, no porque seamos grandes estudiantes, sino porque la gracia es un maestro excepcional. Es el entrenador que no se rinde, el maestro que nunca se da por vencido. La gracia es persistente para capacitarnos a correr esta carrera.

Así que, ¿cuál es el primer ejercicio en nuestro entrenamiento? La gracia nos enseña a "renunciar". Esto quiere decir negar, rechazar, o rehusar. Hay dos blancos que caen dentro de la mira de la gracia: la impiedad, y las pasiones

mundanas. Aquí Dios nos recuerda que el reto más grande de nuestro matrimonio es que tendemos a vivir más como el viejo hombre (o mujer) que antes fuimos, que como el nuevo hombre o mujer que somos en Cristo. Pero no tema: ¡Dios ha hecho provisiones para el cambio! La gracia nos encuentra donde estamos, para llevarnos a donde Dios quiere que estemos. La gracia dentro de la salvación nos da nuevos deseos para agradar a Dios y para vivir para su gloria. La gracia dentro de la santificación obra para vencer la oposición remanente del pecado y nos lleva hacia la meta que la gracia salvadora ha puesto en nuestros corazones.

Este poder es muy práctico. Vamos a decir que su cónyuge le habla enojado, su esposa le falta el respeto, su esposo es frío (o hace algo tonto como tratar de arrojar la ropa bien doblada hasta arriba de las escaleras). La gracia llega para ayudarnos a renunciar las frases que están tomando forma en nuestras mentes y el deseo de castigar que brota desde lo más profundo de nuestro corazón.

Y como la gracia es de Dios, se opone violentamente al pecado. Nos instruye a ahorcar, mortificar, hacerle la guerra, y matar al pecado. Su consejo es sencillo: inmovilizar, cargar, apuntar al pecado, y apretar el gatillo. Como un misil que busca el calor, la gracia se fija en las áreas de nuestro viejo hombre y obra para derrotarlas en nuestras vidas. Dios nos libera de nuestro pecado al mostrarnos áreas de impiedad y al darnos el poder para renunciarlos, así negándole satisfacción al pecado.

Tal vez haya áreas de pecado que Dios le esté mostrando. De ser que sí, Él quiere que usted las rechace. ¿Qué espera?

La gracia: El poder para vivir

Imagínese que está sentado en frente de un pastor para recibir el consejo pre-matrimonial y cada consejo que le está dando empieza con "No". No critique su cocinar. No se ría de cómo él se viste. No se queje, no mienta, no robe ...¡no, no, no! Estoy completamente de acuerdo con los "no" de la Biblia. Los necesitamos para identificar y huir de la necedad y del pecado. Pero una avalancha de "no" no garantiza un buen matrimonio. La madurez viene no sólo de saber qué evitar, sino de saber qué buscar.

Por eso tiene dos aspectos la gracia santificadora: uno que renuncia, y otro que abraza—un voltear *de* lo que es malo *a* lo que es correcto. Allí se encuentra en la segunda parte del versículo 12. Nos enseña a que "vivamos en este mundo sobria, justa, y piadosamente" (Tito 2:12).

Mientras practicamos el renunciar al pecado, la gracia santificadora nos enseña a reemplazar las pasiones de este mundo con la piedad. Como resultado, crecemos en pensamientos caritativos, paciencia con nuestro cónyuge, dominio propio en lugar de palabras ásperas, amor, gozo, paz ...un despliegue casi sin límite de motivaciones y acciones piadosas que reflejan más y más el carácter de Cristo y que se combinan para endulzar el matrimonio.

La gracia: El poder para esperar

Odio esperar. Yo pienso que la comida rápida es lenta, que el café instantáneo es tedioso, y que el chateo electrónico toma demasiado tiempo. Quiero vivir en un mundo gobernado por mi reloj interior. Síp, el Mundo de Dave, me gusta ...Pero no, Dios está en control, yo no. Qué suerte entonces que haya un tercer componente de la gracia mostrada en este pasaje, el cual es el poder para esperar. Somos llamados a que "vivamos...en este mundo, aguardando ...la manifestación ...de Cristo Jesús".

Le quité muchas palabras a ese pasaje para enfatizar este punto: una característica de la vida cristiana, una de las cosas centrales que hacemos como creyentes que desean glorificar a Dios, es simplemente esperar. Nuestros matrimonios se realizan en una sala de espera histórica entre la primera venida de Jesús y su regreso final. Pablo le llama a esa sala de espera "la era actual". En medio de toda la actividad, de todo el rechazo al pecado y el abrazar la piedad, esperamos.

¿Cómo funciona eso? ¿Cuál es el propósito de que coexistan la actividad y la in-actividad? ¿Qué significa actuar y esperar al mismo tiempo? Para responder a esa pregunta, veamos qué nos está diciendo Pablo en este pasaje.

Note el doble enfoque que Pablo forma en una sola oración. Por un lado está hablando de realidades cotidianas, claras y tangibles, del ahora y del hoy (viviendo vidas con dominio propio, justicia y piedad) y por el otro lado salta hasta el día en que regresa el Señor. ¿Qué de eso?

Pablo está manteniendo nuestra esperanza donde debe estar—en Cristo. Amigo, esta vida realmente no se trata de nosotros. Se trata de la gloria de Dios expresada *a través* de nosotros. En esta sala de espera, Dios promete la santificación, la cual es un patrón de crecimiento espiritual comprensivo que glorifica a Dios, realizada por su gracia persistente. Sin embargo, no nos promete que en esta vida todo pecado va a ser suprimido, que toda debilidad va a ser fortalecida, que va a crear una armonía perfecta en su matrimonio, o que va a curar toda enfermedad.

Si Dios arreglara todo lo que tenemos en nuestra lista actual, ¿no cree que sólo haríamos otra lista después? ¿Y después de esa, otra, y otra? ¿Dónde se acabaría? Se acabaría en la perfección, la cual no se puede lograr en esta vida. Por eso esperamos. Ya viene la perfección. Llegará la perfección cuando el Hijo de Dios regrese y vivamos con Él en el nuevo cielo y la nueva tierra.

En este tiempo actual cooperamos con la gracia persistente y santificadora de Dios para vivir con dominio propio, justicia y piedad. Entendemos que algunos pecados, luchas, dificultades, y debilidades tal vez nunca se vencerán completamente, y que todo cambio toma tiempo. No obstante, como la gracia es tan poderosa, bien hecha, y comprensiva, aún esta espera es para nuestro bien.

El esperar obra cosas en nuestras almas y en nuestros matrimonios que ninguna otra cosa puede obrar. Es algo que he tenido que aprender y reaprender con regularidad. Cuando hay un asunto no resuelto en mi matrimonio que yo pienso que se necesita aclarar y resolver *ahora mismo*, no quiero escuchar las palabras, "confía y espera". Quiero escuchar "haz esto y observe cómo desaparece el problema". Muchas veces quiero que el cambio en mi matrimonio sea inmediato; quiero que mi cónyuge cambie de inmediato. Quiero que sea tan fácil como el oprimir la tecla de borrado en mi computadora.

Pero Dios no es un Sr. Arregla-todo espiritual, armado con cinta adhesiva y goma. Él es un artesano paciente que da atención pródiga a cada detalle. La creación de un carácter que exhibe piedad y dominio propio es elaborada lentamente a través del tiempo.

La gracia interactúa con el tiempo y la eternidad. La gracia santificadora apacigua nuestras almas para que aquí en la sala de espera podamos actuar tanto como esperar, confiando que Dios está ejerciendo su voluntad perfecta, aun en esas áreas por las cuales esperamos, y esperamos, y esperamos. Al final de todo, todas las esperas, grandes y chicas, y las esperanzas que las acompañan, son parte de nuestra gran espera y más alta esperanza. A medida que la gracia persistente y santificadora obra en nuestros matrimonios, transformándonos a ser más *como* Cristo, esperamos *a* Cristo. Él es glorificado igual en nuestra espera paciente como en nuestra labor diligente.

La gracia: el poder para querer

Antes de Cristo, todos estábamos entregados a las pasiones mundanas. Todos estábamos explorando y satisfaciendo nuestros deseos pecaminosos. Celosos de nuestra voluntad, éramos fervientes para las cosas equivocadas y ardientes para el pecado. Pero ahora ha aparecido la gracia en Cristo para entrenarnos y

redirigir nuestras pasiones hacia Dios. Esto lo vemos al final del versículo 14, donde Pablo señala que una de las metas primordiales de Dios al salvarnos es que podamos ser “celoso[s] de buenas obras” (Tito 2:14).

¿Qué es el celo? El celo es el deseo en esteroides. Un aficionado de fútbol normal se sienta en las gradas y vitorea, mas un aficionado celoso se sienta en las gradas sin camisa en temperaturas de congelación con los colores de su equipo pintando su cuerpo. Las personas con celo son las personas que se levantan a las 5:00 a.m. el día después del Día de Acción de Gracias para estar allí paradas en la oscuridad a fin de lograr una buena compra en Viernes Negro. El celo es un profundo deseo que define cómo vivimos y revela lo que amamos.

La gracia no sólo enseña. Nos transforma desde nuestro interior. La gracia excava hasta llegar al meollo de nuestros deseos y los dirige a Dios. En realidad, cambia lo que deseamos en la vida. La gracia renueva nuestro celo, y no se da por vencida hasta que fluyen las buenas obras.

¿Ayudaría a su matrimonio el hacer algunas buenas obras? Quizás las cosas han llegado al punto donde aun la muestra más mínima de bondad se ve como un gran paso. Tal vez las ventanas se cubren de hielo cada vez que usted y su cónyuge se encuentran en el mismo cuarto. No se desespere, Dios ha enviado gracia—¡gracia persistente y santificadora! Puede obrar con poder en usted, no sólo para extraerle obediencia sino también para hacerle “celoso de buenas obras” en el matrimonio.

Es gracia que nos transforma de adentro para afuera. ¡Con razón la llaman sublime gracia!

Exportando esta gracia

Al prepararnos para acabar con este capítulo, vamos a ver a dónde se dirige Pablo ahora en su plática sobre la gracia. En el versículo 15 continúa, “Esto habla, exhorta y reprende con toda autoridad. Que nadie te desprecie”. Aquí, Pablo primordialmente le estaba instruyendo a un pastor llamado Tito. Sin embargo usted y yo de igual manera somos llamados a compartir las nuevas de la gracia a través de la declaración y la exhortación, especialmente a nuestro cónyuge. La próxima vez que su cónyuge esté batallando en algún área, qué significaría que usted le declarara o exhortara usando una variación del texto siguiente:

> Amor, la gracia de Dios se te ha manifestado. Cristo te ha hecho suyo. Su

> gracia te provee poder espiritual persistente y eficaz que te está entrenando a renunciar a la impiedad y a las pasiones mundanas—ahora mismo, ¡aun en medio y a través de esta batalla! Permíteme animarte a recordar esto, y a actuar de manera correspondiente.
>
> Corre a la gracia persistente de Dios.

¿Qué tan seguido usted re-dirige a su cónyuge a la gracia de Dios? ¿Qué tan seguido le recuerda a él o a ella que la gracia de Dios siempre está obrando para entrenarnos y cambiarnos? Yo no creo que lo haga lo suficiente. Robert Murray M'Cheyne dijo una vez, "Por cada vez que se mira a sí mismo, mire diez veces a Cristo."[5] Para que suceda eso, necesitamos ayuda. Es fácil que nuestra perspectiva espiritual sea distorsionada al prestarle demasiada atención a lo que vemos dentro de nosotros. ¿Cómo podemos ayudarnos los unos a los otros? Aquí les comparto cuatro cosas que debemos tener en mente cuando estamos animando a nuestro cónyuge en la gracia de Dios.

1. Su cónyuge tiende a pasar de la gracia al propio esfuerzo.

Sólo necesito hacer más, trabajar más duro, echarle más ganas. Somos como el ejecutivo que no puede delegar porque cree que tiene que hacerlo todo: sin embargo su salud y ataques de agotamiento nos revelan la realidad. El empeño personal puede hacer que nos sintamos mejor en alguna medida pero finalmente es en vano. Cuando vivimos más conscientes de lo que necesitamos hacer que de lo que Cristo ya ha hecho, nos estamos desviando—y esto es algo común, particularmente dentro del matrimonio.

Acepte esto de su matrimonio: una razón clave por la cual Dios los ha dado el uno al otro es para aplicar el versículo 15—para recordarse mutuamente el evangelio. Tengo que recordarle a mi esposa que ella necesita a Dios en una situación o conflicto particular, y que Dios tiene el poder disponible para lograr su voluntad. Este es el tipo de exhortación al cual nos llama a cada uno de nosotros.

Unos pasos prácticos:

- *Predíquele el evangelio a su cónyuge.*

Dice Jerry Bridges, "Necesitamos escuchar el evangelio continuamente cada día de nuestras vidas cristianas."[6] El único verdadero antídoto al propio esfuerzo es recordar lo impotente que éramos para salvarnos a nosotros mismos. El evangelio es el poder de Dios para todo cambio (1 Corintios 1:18).

- *Anímele a que medite en la riqueza que es el evangelio.*

Nuestros afectos siguen a nuestra meditación, así que es importante explorar los hábitos mentales, reconocer surcos mentales, y hacer que la verdad sea el enfoque habitual. "La mente es la facultad primordial del alma. Cuando la mente se fija en un objeto o en una acción, la voluntad y los afectos (el corazón) la siguen. Son incapaces de considerar otra cosa ...el oficio de la mente es guiar, dirigir, elegir y liderar."[7]

- *Anímele a descansar en Dios aun cuando la batalla recrudece.*

Jesús dijo, "Venid a mí, todos los que estáis cansados y cargados, y yo os haré descansar" (Mateo 11:28–29). Esta promesa del descanso no es como una siesta ocasional o un día libre por causa de la nieve. Es un recordatorio que al acercarnos a Cristo continuamente se rejuvenece nuestra alma. ¡Asegúrese de que su cónyuge se acuerde de esto!

La cultura secular nos dice que nosotros tenemos el control y que todo depende de nosotros. Esto es lo contrario a lo que encontramos en las Escrituras. La Palabra de Dios diezma esa mentalidad al recordarnos el poder absoluto de la gracia de Dios. Luego nos llama, como Pablo llamó a Timoteo, a ser "fortale[cidos] en la gracia que hay en Cristo Jesús" (2 Timoteo 2:1).

2. Puede ser que la tendencia de su cónyuge sea a desanimarse.

¿Usted puede relacionarse a mi impaciencia con el paso lento del cambio? Lo más probable es que su cónyuge también. Aquí es donde todos somos vulnerables al desánimo en medio de la batalla. El conflicto prolongado o el hijo que dejó la órbita hace mucho y que aparentemente no está cambiando—son oportunidades para ejercer y ejemplificar la paciencia aun cuando el cambio no se está viendo según nuestro itinerario. Son en estos momentos que nos necesitamos recordar los unos a los otros de la gracia persistente que se nos da para correr la carrera.

¿Qué si su cónyuge no puede ver *nada* de progreso? De manera práctica, ¿cómo podemos animarnos cuando se asienta el desánimo?

- *Recuérdele a su cónyuge que Dios obra en lo interior mucho antes de que el cambio se vuelva visible. Una semilla puede estar creciendo aun cuando no vemos evidencias de crecimiento. Anime a su cónyuge a no malbaratar la gracia, está obrando la veamos o no.*

- *Celebre lo que sí se puede ver, aun si no está directamente relacionado al área específica en la cual deseaba cambiar. Se debe reconocer la gracia y celebrarla dondequiera que brote y en cualquier forma. A veces la gracia*

está obrando en áreas inesperadas. El esposo que batalla con la lujuria encuentra gracia para renunciar a su glotonería y de repente encuentra el poder para decirle no a la pornografía. La esposa que tanto se critica a sí misma sale de su comodidad y comparte el evangelio con su vecina y encuentra que su deleite en Dios se dispara por las nubes. No nos corresponde dictar cómo debe suceder el cambio, sino dar gracias por dónde sea que haya evidencias de la gracia.

- *Repase su plan de juego para cambiar. Si usted es como yo, a veces el plan es, "Preocúpate primero, luego ora cuando se te ocurra." ¡Pero Dios tiene mucho más en mente para nosotros! Tome un momento con su cónyuge y desarrollen juntos una estrategia. Pregunte, "¿Cuáles disciplinas espirituales podemos aplicar a este área? ¿A quiénes de nuestra iglesia podemos involucrar para que nos aconsejen y oren por nosotros? A veces la gracia llega a través de una simple decisión de tomar acción. Cuando llega, actúa con determinación.*

3. Su cónyuge puede perder de vista la meta final

En nuestras batallas espirituales, podemos estar tan conscientes de la batalla, de vencer las tendencias pecaminosas específicas, que empezamos a pensar que la vida cristiana se trata sólo de luchar contra el pecado. Esa idea es completamente errónea. Sí, somos llamados a crecer como guerreros efectivos contra el pecado. Sin embargo, todo lo que hacemos en este mundo temporal sirve de entrenamiento para el mundo permanente que ha de venir. Nos es fácil olvidarnos del gran esquema.

No hay persona mejor capacitada para recordarnos esa meta final de la vida que la persona que está caminando hacia esa meta junto a nosotros en la unión del matrimonio.

4. Su cónyuge no debe fijarse en la gracia, sino en aquel de quien fluye toda gracia.

Cuando mi hija tenía alrededor de cuatro años, ella decidió que estaba lista para montar su bicicleta sin llantitas de principiante. Mi esposa y yo celebramos el gran momento y la llevamos a un estacionamiento grande y vacío. Sacamos la bicicleta de la camioneta, le quitamos las llantitas de principiante, y colocamos a nuestra hija en el asiento. Le daba risita de gusto. "Estoy lista," proclamó. Le di un empujoncito y le empecé a instruir, "Tienes que pedalear—¡vamos!" pero nunca solté la parte de atrás del asiento. Aceleramos hasta que tenía yo que correr para seguir a su lado. Durante todo estaba ella gritando, "¡Mírenme!

¡Mírenme! ¡Estoy andando en mi bicicleta!” sin realmente entender que su papá la estaba deteniendo.

Así es usted, y así soy yo. Allí vamos paseando pensando que nosotros somos la razón por la cual progresa nuestro matrimonio. Podemos vivir completamente ignorantes de nuestro Padre atrás de nosotros, con una mano divina en el asiento y la otra en los manillares. El matrimonio nos da la oportunidad de recordarnos el uno al otro el poder verdadero que impulsa nuestro progreso y dirección. ¿Se absorbe su cónyuge a veces en su propio pedalear? Por eso Dios nos dio los unos a los otros.

Hace un par de semanas Kimm y yo llevamos a los niños a una caminata. Se supone que iba a ser un día de aire refrescante y ejercicio entre el follaje otoñal. Más bien se convirtió en un día en que se formó la memoria de “Papá no puede seguir el mapa así que vamos a perdernos por un par de horas”. Mi familia ha descubierto que para que ellos tengan un día de descanso, necesito estar yo en el trabajo.

Sin embargo, en medio de todo, en una bocacalle de caminitos allí en la profundidad del bosque, me enfrenté con un momento conmovedor de gracia. Cuando nos empezábamos a dar cuenta de que no sabíamos dónde estábamos, y las mentes jóvenes empezaron a rumiar sobre lanza-bengalas y sobre racionar la comida, Kimm dijo con una sonrisa, “Qué genial. Nos da un poco más de ejercicio, y nos permite conocer más veredas.”

Eventualmente salimos. No sé cómo. Pero no me pude sacudir el comentario que había hecho Kimm—la manera en que nos llevó a ver más allá de mis errores y ver lo bueno que pudiera resultar. Lentamente una sonrisa iba creciendo en mi rostro. Cuando un cónyuge comunica gracia, superamos los errores y el camino se vuelve algo agradable. Así debe ser cuando los pecadores dicen, “acepto”.

La gracia—asombrosa y persistente—nos está ayudando cada día a correr la carrera de renunciar, vivir, esperar, y querer. Jane Austen quizá nunca lo hubiera valorado, pero en una vereda en medio del bosque en Pensilvania, yo sí. ¿Usted también? La gracia de Dios nos ha sido revelada con un poder tan tenaz que no dejará que el pecado triunfe al final de cuentas. Esas son nuevas extraordinarias para el camino del matrimonio.

Capítulo Nueve

Respecto al sexo
Al meollo de lo que nos separa

El sexo exige atención

Realmente no me acuerdo mucho de la heladería local ...sólo recuerdo EL LETRERO. Colgaba de forma provocativa arriba del mostrador, cautivando la atención de cada adolescente en busca de un buen helado. Algunos letreros dan dirección, algunos advierten, y algunos prohíben cierta conducta, pero el encabezado de este letrero tenía el propósito de cautivar nuestra atención. Se leía, "RESPECTO AL SEXO". Aun verlo de pasadita podía derretir el helado de cualquier joven adolescente.

Pero el encabezado sólo funcionaba para atraer la atención de la gente. El letrero realmente no se trataba para nada del sexo. El texto en letra menuda no era nada más que una lista de protocolo para los clientes. Qué astutos. Sin embargo, cada vez que yo entraba, pensaba que tal vez ese letrero me iba a revelar algún secreto "RESPECTO AL SEXO". *A lo mejor, han agregado nueva información*, pensaba *y* volvía a leerlo. Ahora que lo pienso no sé si quisiera aprender acerca del sexo en un lugar donde todo lo que se vende está congelado. Pero el punto no pudiera ser más claro: El sexo exige la atención.

Tratar el tema del sexo dentro del matrimonio puede ser un poco difícil. No obstante, las fortalezas y las debilidades de un matrimonio muchas veces se ven más claramente en la habitación que en cualquier otro lugar. Aquí va una frase que tal vez usted recuerde del primer capítulo, "Cuando el pecado se vuelve amargo, el matrimonio se vuelve dulce." La calidad del sexo puede ser algo muy frágil. Su dulzura fácilmente se amarga por el pecado que obra en nuestras vidas. Pero la gracia derrama vida y fe en cada área vulnerable de nuestro matrimonio —aun en el sexo.

Pero no se preocupe, no vamos a ver diagramas o descripciones gráficas. Mi intención es ser cuidadoso, pastoral, y práctico. Quiero ayudarle a aplicar la palabra de Dios a esta área. Y quiero extenderle esperanza. Aun si esta es un área de frustración, contención, o desesperación, Dios quiere volver a encender chispas de fe en su matrimonio a fin de que ambos tengan una experiencia sexual

agradable. El sexo fue creado por Dios para ser algo gratificante dentro del matrimonio. Todo fue Su idea.

Cuando yo era niño en la heladería, el sexo me llamaba la atención por todas la razones equivocadas. Pero en la Biblia, el sexo dentro del matrimonio exige atención por las razones correctas. El sexo debe ser celebrado como un regalo magnífico concedido por nuestro Creador. Sin embargo, el impacto de este regalo extraordinario no se limita a nosotros. Los matrimonios que son gratificantes sexualmente en lo privado comparten al mundo un cierto tipo de destello, una demostración de gozo y unidad que ayuda a dirigir a la gente al Creador del matrimonio. Cuando Dios dice, “respecto al sexo”, realmente vale la pena leer el texto que sigue en letra menuda.

Un rompe-hielos bíblico

Para iniciar la conversación, vamos a dejar a un lado por un momento nuestra incomodidad para escuchar lo que tiene que decir el Creador acerca de este asunto. ¿Quién romperá el hielo? Aquí entra Pablo, el teólogo del tema incómodo. Una vez más, Dios usa a este hombre valiente para compartirnos gracia en un área bastante vulnerable. He aquí, lo que Pablo escribió en su propio letrero “RESPECTO AL SEXO ...”

> En cuanto a las cosas de que me escribisteis, bueno es para el hombre no tocar mujer.
>
> No obstante, por razón de las inmoralidades, que cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido. Que el marido cumpla su deber para con su mujer, e igualmente la mujer lo cumpla con el marido. La mujer no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino el marido. Y asimismo el marido no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os privéis el uno al otro, excepto de común acuerdo y por cierto tiempo, para dedicaros a la oración; volved después a juntaros a fin de que Satanás no os tiente por causa de vuestra falta de dominio propio. (1 Corintios 7:1–5)

Pablo no mandó estas cosas a una iglesia o sociedad que tomaba una posición neutral sobre el tema del sexo. No siendo el tipo de persona que ignora el elefante en la habitación, Pablo le hablaba a una cultura conocida por su corrupción moral. Al momento de escribir estas palabras, Corinto era infame por su pecado sexual. En la cultura griega, el verbo *corinthiazethai* llegó a representar la inmoralidad vulgar y el libertinaje ebrio.[1] Escribe John MacArthur, “El pueblo sexualmente corrupto, codicioso, estafador, e idólatra al cual se refería Pablo constaba de miembros de la iglesia que habían rehusado dejar su estilo de vida, o habían caído de nuevo en el estilo de vida libertina de Corinto.”[2] Esta iglesia era un escándalo de perversión. El sexo, claramente, era algo muy popular ...excepto tal vez en el matrimonio.

Sin embargo, los problemas eran oportunidades para el gran apóstol. En lugar

de caer bajo la presión de ignorar las “elecciones sobre el estilo de vida” que había hecho la iglesia de Corinto, Pablo aclaró el tema controversial de la sexualidad. Colocó el sexo bajo la atención misericordiosa de un Dios santo. En una cultura de poligamia, homosexualidad, divorcio a primera instancia, y una indulgencia extrema de lo sexual, esto no sería un ajuste chico. A Pablo le preocupaba la conducta, pero su enfoque era el corazón—lo que realmente determina cómo pensamos acerca del sexo, adentro y afuera del matrimonio. Al leer 1 Corintios, no cabe duda: A Dios le importa la sexualidad—y le importa tanto la expresión correcta como la expresión incorrecta. Y ya sabemos más que suficiente acerca de la segunda categoría. Es tiempo de centrarnos en la primera.

Ya que las Escrituras nos abrieron la puerta para tener una conversación honesta acerca de la sexualidad en el matrimonio, me gustaría presentarle una variación del letrero RESPECTO AL SEXO. El encabezado de esta se lee “EL SEXO EN EL MATRIMONIO ES UNA AVENTURA”. Espero que eso le llame la atención, y prometo que el material que le voy a dar va a ser mucho más relevante que consejos sobre cómo ser un comensal concienzudo.

Quiero hablar de algunas de las implicaciones para el sexo que creo que tienen su raíz en la exhortación de Pablo a los Corintios—el reto a parejas casadas que se trata de los derechos y las responsabilidades, y también de las causas y los efectos tanto de problemas en la intimidad, como de logros en la intimidad. Es una conversación por la cual llegaremos a ver el sexo en el matrimonio como una aventura de Devoción, Deleite, y Dependencia.

> *Hablemos*
>
> Al final de cada sección de aventura, le voy a ofrecer algunas maneras sencillas de cómo pueden usted y su cónyuge, hablar acerca del punto que se está haciendo. ¿Por qué? Pues, porque puede ser que no haya otro área más pensada y menos hablada en el matrimonio que el sexo. El matrimonio es un llamado a ser uno—y la unidad requiere la comunicación. Por eso ha escrito R.C. Sproul que “La comunicación sexual en el matrimonio es imperativa.”[3] Aunque sea difícil para algunos iniciar esta conversación, las parejas que han hecho el esfuerzo de hablar abiertamente de sus temores y expectativas acerca del sexo no sólo encuentran una vida sexual mucho más rica, sino también un matrimonio más profundo y confiable.

El Sexo en el Matrimonio es una Aventura de Devoción

Si la mención de la palabra “devoción” en el contexto del sexo le parece algo

raro ("Claro que éste va a hablar de ser devotos al sexo. ¡Es hombre!"), por favor escuche un momento. Al mencionar devoción, no quiero decir una mentalidad mecánica o sumisa, caracterizada por, "mi cónyuge tiene muchas necesidades así que más vale que le satisfaga". Mi meta es la misma que la de Pablo: re-ordenar algunas ideas básicas que tenemos del sexo.

Devoción a la protección del otro

En 1 Corintios 7:2, Pablo describe el propósito protector del sexo en el matrimonio, "No obstante, por razón de las inmoralidades, que cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido."

Para el cristiano, el sexo en el matrimonio debe ser una defensa inculcada por Dios contra la tentación. Nuestro mundo es como el de Corinto, siempre promoviendo el sexo fuera del matrimonio como si no lograra nada más que la aventura dulce e ilícita. Los esposos son blancos para la industria pornográfica que se jacta de millones de sitios en el Internet y correos de basura que constantemente están siendo re-programados para esquivar los filtros de correos y los cortafuegos.[4] Los publicadores y productores tienen esposas en sus miras mientras producen nuevas novelas románticas y telenovelas de día. Vivimos en una sociedad obsesionada con el sexo—indudablemente. La manera en que la sociedad presenta la lujuria cambia de cultura a cultura, pero la tentación es universal—y potencialmente abrumadora.

¿Cómo pueden los cristianos ser protegidos por esta acometida sexual creciente? Por la provisión fiel de Dios a través del matrimonio—la protección de usted duerme a su lado cada noche. El matrimonio existe por muchas razones maravillosas, algunas misteriosas y algunas extremadamente prácticas. Esta cuestión de la protección pertenece a la variedad de las extremadamente prácticas. Nuestro cónyuge es nuestro primer defensa para protegernos de las llamadas de Corinto.

La mayoría de parejas con una vida sexual saludable vive, por lo general, inconsciente de qué tan poderosa y silenciosamente obra su relación física contra la tentación sexual. Hace poco el tubo de escape de nuestro carro se rompió. Nunca pienso en los tubos de escape. No me acuerdo de haberle dado gracias a Dios en algún momento por uno. Nada más están allí colocados en la parte de abajo del carro, obrando silenciosamente su magia sutil, protegiéndonos de gases nocivos y de ruidos molestos. Sin embargo, cuando uno se rompe, todo el mundo lo sabe y el conducir se vuelve una experiencia completamente diferente. Darle al acelerador produce una serie de ruidos escandalosos. La gente lo mira raro en

los estacionamientos. El simple pausar en un semáforo aumenta el temor de que la familia entera se intoxique con monóxido de carbono. Un tubo de escape que funciona bien, funciona en silencio pero funciona poderosamente para protegernos de problemas serios.

En el matrimonio, el sexo es lo que nos protege. El sexo obra de manera invisible pero de manera poderosa para disminuir las tentaciones a la inmoralidad sexual. Necesitamos ver que tal protección moral no es sólo un beneficio secundario de una intimidad matrimonial placentera. Es una razón central *para* la intimidad matrimonial.

El sexo marital (el cual glorifica a Dios, honra el matrimonio, y satisface a su cónyuge) existe en parte para prevenir el adulterio (lo cual insulta a Dios, traiciona el matrimonio, y degrada a su cónyuge). Cuando le privamos a nuestro cónyuge la aventura de la entrega sexual, dejamos a él o ella sin protección, abiertos a tentaciones físicas o emocionales que pueden resultar en un matrimonio vulnerable a acciones o hábitos destructivos. En nuestra cultura de auto-gratificación, este aspecto protector de la intimidad sexual ha sido obstruido por un enfoque en el placer sexual. No obstante, la Biblia no separa la protección del placer. Ambos se expresan en la sabiduría de la relación sexual en el matrimonio.

Hablemos

¿Tiene usted una idea básica de dónde pudiera ser tentado su cónyuge emocional o físicamente fuera de su matrimonio? Hombres, ¿están sus esposas conscientes de cómo sus ojos pueden ser tentados en la playa? Mujeres, ¿están conscientes sus maridos de cómo las películas o los programas de televisión románticos le tientan a la falta de contentamiento en su matrimonio? Todos tenemos vulnerabilidades, y fuimos hechos para ayudarnos los unos a los otros a resistir y luchar contra ellos. Vamos a hablar de la tentación.

Devoción a los derechos del otro

Continúa Pablo en el versículo tres, “Que el marido cumpla su deber para con su mujer, e igualmente la mujer lo cumpla con el marido”.

El versículo cuatro nos da la razón: no nos pertenecemos a nosotros mismos.

Sólo nos podemos imaginar cómo fueron recibidas estas ideas por los corintios: el sexo empieza y acaba con un marido y su mujer; cada uno tiene un derecho sobre el otro; nuestros cuerpos no son nuestros ...¡Guau! Qué ideas más

rígidas. Para una cultura que consideraba la indulgencia no-inhibida del placer personal como algo normal y virtuoso, el reconocer el valor de los “derechos de cuerpo” de otra persona como algo esencial a un matrimonio monógamo debería de haberles parecido absurdo.

Sin embargo el matrimonio se vuelve una aventura al subrayar la naturaleza “otro-céntrica” de nuestra unión. El matrimonio significa que nuestros cuerpos ahora son reclamados por Dios para el placer y servicio de otro. Nuestra conexión es tan integral que Dios le da derecho a nuestro cónyuge sobre nuestros mismos cuerpos. Es una imagen extraordinaria del verdadero alcance del llegar a ser “una sola carne”. Somos llamados por Dios a entregarnos a satisfacer sexualmente a nuestro cónyuge.

Vamos a analizar nuestro corazón un momento. Reconozco que tal vez haya algunas personas leyendo esto que no se pueden imaginar el tipo de relación física que describe Pablo. Para tales personas, la intimidad con el cónyuge puede estar entrelazada con sentimientos de aprensión, rechazo, o vergüenza. Esto es un reto real en muchos matrimonios que no se debe pasar por alto.[5] Pero, no pensemos en ese problema todavía. Vamos a considerar primero la realidad que Dios nos ofrece. La visión de Dios para nuestra vida sexual es asombrosa y embriagante, y antes de poder experimentarla plenamente, debemos intentar entender y saborearla.

Claro, como hijos de Dios somos responsables de vivir de acuerdo a sus palabras.

Y siendo hijos *casados* de Dios también somos responsables de ordenar nuestros *matrimonios* de acuerdo a sus palabras. Es decir, vivimos vidas dedicadas a Dios al vivir vidas dedicadas a los demás. Y en la relación marital, nadie importa más que su cónyuge. Pablo simplemente toma el tema bíblico del servicio y lo aplica a la intimidad sexual. El hacer esto nos recuerda que servimos a nuestro cónyuge de dos maneras: le protegemos de la tentación sexual, y le cedemos los derechos conyugales.

Hablemos

Muchas parejas batallan con la frecuencia del sexo, ya que cada cónyuge tiene diferentes expectativas de lo que debe ser una vida sexual gratificante. Hablen de cuales serían sus ideales personales acerca de la frecuencia—y vean qué tan parecidas son sus ideas. Hablen de las distracciones o los desánimos que pueden hacer del sexo algo secundario más que una prioridad. Busquen, como meta común, una manera de organizar su horario

y ambiente de tal manera que puedan fielmente darse el uno al otro “sus derechos conyugales”.

El sexo en el matrimonio es una aventura de deleite

Escribo este capítulo alrededor de una semana antes de la Navidad, y realmente estoy anticipando nuestro intercambio de regalos el día veinticinco en la mañana. Cuando yo era niño, la Navidad era una obsesión para mí, prácticamente se me hacía agua la boca cuando pensaba de lo que iba a recibir y la aventura de abrir todos mis regalos. Pero mi perspectiva ha cambiado un poco al pasar los años. Hubo un momento, no estoy seguro de cuándo, que descubrí que realmente sí es mejor dar que recibir. Mientras agradezco mucho los regalos que me da mi familia, mi mayor deleite y anticipación de la Navidad se encuentra en brindar gozo a mi esposa e hijos—un marido y padre bendiciendo a su familia simplemente por el placer que les da.

Esta es una realidad fundamental del matrimonio también. La intención de Dios es que *nuestro* mayor gozo se encuentre en ser la fuente de gozo primordial *para nuestro cónyuge*. John Piper dice, “La razón por la cual hay tanta miseria en los matrimonios no es que los esposos y las esposas busquen su propio placer, sino que no lo buscan en el placer de su contraparte.”[6] Dios ha diseñado la relación sexual como una expresión clave de esta realidad, porque cuando el sexo está en su máxima expresión, mi deleite en el sexo y mi placer en el sexo son casi indistinguibles del placer experimentado por mi cónyuge. Así que, el placer del sexo, es el placer derivado del darle a nuestro cónyuge sus derechos conyugales. Al enfatizar el dar de estos derechos los unos a los otros, Pablo establece que la clave para buen sexo es la generosidad.

¿Sabe lo que hace de esto una verdadera aventura? La mayoría de nosotros llegamos al matrimonio totalmente desprevenidos. Sin importar cualquier experiencia previa, la idea es que los recién casados lleguen a su noche de bodas viéndose como novatos completos en la aventura del sexo bíblico. Lo ideal es que la relación sexual en un matrimonio luego llegue a ser una jornada de descubrir cómo deleitar a mi contraparte con mi cuerpo. ¿Y sabe qué? Esa aventura permanece hasta que la muerte nos separe. Es inalterable por los hijos, la edad, o por cuerpos que se han salido de su molde previo.

C. J. Mahaney dijo, “Efectivamente, cualquier persona que interpreta estos versículos correctamente como mandatos de Dios llevará a la cama matrimonial una mentalidad de siervo que le da mayor importancia a la satisfacción sexual de

su cónyuge".[7] Esto es parte de lo que hace que el matrimonio sea algo en que deleitarse—el gozo de vivir por alguien fuera de nosotros.

El egoísmo en asuntos sexuales, incluyendo privarse los unos a los otros (como Pablo les advirtió a los corintios), es común, porque aparte de la obra de la gracia, somos egoístas en todo lo que hacemos. Sin embargo sí hay otra opción abierta a nosotros. Si usted le está privando la intimidad a su cónyuge, o aferrándose al egoísmo en su cama marital, Dios quiere llamarle la atención, porque tiene algo mucho mejor para usted. Muchos de nosotros nos cerramos cuando nos han herido, o nos retraemos cuando estamos desanimados, o somos tentados a manipular a nuestro cónyuge, usando nuestro cuerpo como ficha de negociación.

También podemos ser tentados con "el sexo a solas" a través de la fantasía, la pornografía, y/o la masturbación. Estas son tentaciones comunes, sin embargo para nada están fuera del alcance de Dios. Él siempre provee una salida de cualquiera tentación (1 Corintios 10:13), y para usted, la manera de escaparse de la tentación sexual eventual e inevitablemente es su cónyuge.

¿Y sabe qué? Si los cónyuges están entregados al placer del otro, nadie se duerme desilusionado. No me tengo que ocupar de conseguir lo *mío*, porque mi cónyuge está pensando de maneras aventuradas de disfrutar lo que Dios *nos* ha dado. Y cuando alguien está concentrado en obtener su deleite en ser un deleite ...pues, ¡no hay nada mejor que eso!

¿Me he desviado del punto que Pablo le estaba haciendo a los corintios? No creo. Él pudiera haber hecho un punto muy diferente al decir, "Señores y señoras, esto del sexo es demasiado peligroso para que ustedes lo manejen sin pecar, así que necesitan encontrar una manera de minimizar su influencia en su matrimonio." Pero Pablo hace lo opuesto. Los empuja el uno al otro, ¡específicamente para el sexo!

Piense acerca de la gracia que fluye de este pasaje. Dios nos ama tanto que ofrece su dirección amorosa hasta en lo más íntimo de nuestras vidas. No se acaba su sabiduría con los asuntos de gran esquema como el gobierno del universo. Dios extiende su mano hacia su creación, hasta llegar a nuestra habitación y nos pregunta, "¿Podemos hablar de su vida sexual con su cónyuge?" "¡Vamos a charlar sobre si es todo lo que yo lo diseñé que fuera, porque quiero que experimenten deleite el uno en el otro!" A Dios le importan estas cosas, y nos ofrece la gracia para disfrutar plenamente la aventura del deleite marital mutuo.

El gozo que brota de agradar a nuestro esposo o esposa es una razón por la cual el sexo no fue diseñado como algo que debiéramos buscar a solas. El sexo bíblico, con su gozoso servicio y con la intimidad sin par que nace de ello, es una expresión gloriosa de ser lo que debiéramos ser—hombre y mujer, creados a la imagen de Dios para disfrutar la intimidad de una relación a través de la expresión más profunda posible. ¡Ese es un regalo que yo tomaría cualquier día!

Hablemos

¿En algún momento le ha compartido a su cónyuge lo que le da placer? ¿Hay algo que usted está experimentando en su relación sexual que esté inhibiendo su placer o que sea hasta desagradable? Reconozca que las preferencias sexuales son como los antojos de comida, es decir, nadie es igual. Puede ser difícil al principio, pero entre más comparta sus preferencias verdaderas en gracia, más podrá educar a su cónyuge, y le ayudará a disfrutar su tiempo juntos aun más.

El sexo en el matrimonio es una aventura de dependencia

Aunque el deleitarnos en el sexo debe ser el efecto del amor en un matrimonio cristiano, no todos los encuentros van a ir acompañados de pirotécnicos ni serán contendientes para los mejores diez momentos románticos. La aventura implica el descubrimiento, y envuelto en la mera naturaleza del descubrimiento hay un elemento de lo impredecible.

En una ocasión Kimm y yo organizamos un viajecito romántico a un centro turístico en las montañas. Vestidos elegantemente, llegamos allí anticipando una cena romántica para nosotros dos. Cuando la anfitriona nos llevó a nuestra mesa, nos dimos cuenta de que ya habían sentado a cuatro parejas más ...¡en nuestra mesa! Hablando de una aventura ...Me senté al lado de un hombre que habrá pensado que lo que yo necesitaba era el historial completo de su vida. Ahora, yo creo en el evangelismo como un estilo de vida, pero ese hombre estaba malinterpretando gravemente mi misión para esa noche. Kimm y yo hemos llegado a esperar estas leves distracciones que se atraviesan a nuestra búsqueda del romance—las calles atascadas de tráfico que convierten el simple llegar a un concierto en una carrera de NASCAR, las llamadas de la niñera, “Nunca he visto a un bebé vomitar tanto”—usted sabe de lo que hablo. Antes nos preguntábamos si Dios estaba en contra del romance. Ahora sabemos que sólo le gusta crear situaciones chistosas para acompañarlo.

El matrimonio a nivel cotidiano es una aventura en sí mismo. Agréguele el

sexo y el romance y se vuelve una búsqueda épica. Para dar fruto en esta jornada de toda la vida, Dios tiene que sernos más que una piedra de toque confortante o un guía servicial. Él es el centro, en quien "vivimos, nos movemos y existimos" (Hechos 17:28). Somos llamados a depender de Él en todo momento y en toda área—incluso la de nuestra vida sexual.

Una de las primeras cosas que aprendemos acerca del sexo en el matrimonio es lo frágil que es. Muchas parejas que antes "ardían" con la anticipación del éxtasis conyugal, muy temprano en el matrimonio descubren que el sexo muy fácilmente puede caer de prioridad frente a las presiones y distracciones de la vida. Usted ya conoce el inventario: el horario sobrecargado, la lista de quehaceres, problemas de salud, el estrés, la distancia relacional, las rutinas de "lo mismo y lo mismo" en la habitación, la disfunción física—estas son sólo unas pocas de las razones comunes por las cuales el sexo puede terminar perdiendo en el matrimonio.

Ah sí ...y los hijos. Casi se me escapa ese detalle. Nada le hace sentirse menos como un amante que vivir como padre o madre.

Pero la Palabra de Dios nos habla: a personas reales en la vida real—no a personajes en una película romántica ni a atletas sexuales. Las Escrituras nos presentan la sabiduría sólida para la experiencia diaria del matrimonio, donde las personas reales tienen problemas reales y necesitan la ayuda real de parte de un Dios real. Eso es bueno porque el sexo, como tal vez usted ya sepa, puede complicar el asunto, particularmente cuando "los asuntos" en el matrimonio no van muy bien. En esas etapas necesitamos la ayuda de Dios particularmente para guiarnos a indagar debajo del malentendido superficial y llegar a la raíz del problema.

Por años nosotros tuvimos un horno indeciso. En un día dado, Kimm lo programaba para 550 grados Fahrenheit y tardaba mil horas para que la comida se cocinara. Al día siguiente, le introducía un pavo, lo programaba a temperatura baja, y el ave se volvía carbón en treinta minutos. La cena siempre era una aventura. Resulta que el problema no era con los cuadrantes sino con algo adentro. Encontrar la fuente real del problema definitivamente es importante cuando uno está preparando la cena. Pero es absolutamente crítico cuando está intentando entender los problemas que los están manteniendo separados en su matrimonio. Nuevas técnicas e ideas a veces son de ayuda, pero tal vez le sorprenderá saber que la mayoría de los problemas sexuales entre personas casadas está arraigada en el corazón. Como lo hacemos con nuestro horno, la pareja sabia mira hacia adentro cuando la temperatura llega a ser un problema.

Veamos la pereza, incredulidad, y amargura, tres pecados comunes que le pueden robar la dulzura a una relación sexual dentro del matrimonio.

La pereza

La pereza es un asesino del romance. La simple palabra hace que el aire se enfríe. Al decir pereza quiero decir la flojera con respecto a la intimidad marital. Los frutos más comunes de esta condición de corazón son la pasividad y la falta de responder. Empezamos a descuidarnos. Ya se nos hace normal el aburrimiento en la recamara. Toleramos una carencia de deseo sexual y nos conformamos con que una persona inicie todo.

A veces la pereza sexual viene de ocuparnos de más con las cosas equivocadas.

Un hombre que trabaja hasta muy tarde puede ser perezoso si sus decisiones de cómo manejar su tiempo y energía no le permiten tiempo para galantear a su esposa. ¿Cómo puede ser pereza el trabajar duro? Pues, un hombre cristiano es llamado a ganarse a su esposa con regularidad. Si el romance y la intimidad a menudo se están dejando a un lado, él necesita tomar una decisión tal vez más difícil: dejar a un lado su trabajo para buscar a su cónyuge.

El libro de Proverbios ilustra un atributo característico de una persona floja, el “perezoso” en lenguaje bíblico. “Como la puerta gira sobre sus goznes, así da vueltas el perezoso en su cama” (Proverbios 26:14). Esta es una imagen cómica y trágica de alguien que habitualmente le da la espalda a una responsabilidad a favor de la comodidad. ¿Se dan la espalda usted y su cónyuge cuando se trata del sexo porque no parece valer la pena? No dependa de sí mismo. Vuelva a Dios y dependa de su poder para renovar su deseo y fortalecer su determinación de superar los efectos erosivos de la pereza en el sexo.

La incredulidad

Este capítulo se dedica a apuntalar fe en las promesas de Dios para la relación sexual dentro del matrimonio. Sin embargo, cuando permitimos que la incredulidad se envuelva en las raíces de nuestros corazones, empezamos a creer sus mentiras. “No puedo disfrutar del sexo.” “Nunca cambiarán las cosas.” “Nunca voy a poder olvidarme del pasado.” “No puedo cumplir con sus expectativas.” “No le puedo deleitar.”

O tal vez las mentiras están dirigidas a su cónyuge. “No me puedes entender.” “No puedes suplir mis necesidades.” “No sabes lo que fue ser criada en mi

hogar.” “No entiendes que cuando me tocas pienso en como él me tocó.” “No puedes entender todo lo que llevo dentro de mí.”

No estoy hablando de las preguntas y dudas normales con las cuales nos enfrentamos en momentos de dificultad. Estoy hablando de una perspectiva del sexo que dice, efectivamente, que esto realmente está fuera del alcance de Dios. Porque ya sean dichas o pensadas, cada una de estas mentiras finalmente apunta hacia el cielo. “Dios no puede contestar esta oración.” “Sus promesas no aplican a mi situación.” “Dios no puede cambiar mi deseo.” “No puedo confiar en Dios.” “La gracia no alcanza tan lejos.”

Hermanos y hermanas, este tipo de incredulidad es devastadora, no sólo en nuestras vidas sexuales, sino también en nuestra mera existencia espiritual. Es dudar de la misma naturaleza de Dios (Hebreos 11:6) y nos coloca a nosotros, débiles e inconstantes que somos, al centro de la realidad.

También hay otro tipo de incredulidad, menos blasfemo pero igual de peligroso y dañino. Es una falta de fe que dice, “Supongo que Dios pudiera mejorar nuestra vida sexual, pero me imagino que no le importa mucho.” ¿Tengo fe para las finanzas? Claro. ¿Fe para compartir el evangelio? De seguro. ¿Fe para mi trabajo? Sin problema. Pero fe para la intimidad sexual puede parecernos egoísta o frívola—¿no deberíamos estar orando de algo espiritual? Puede parecernos como si nos hemos desviado a áreas en donde Dios prefiere no meterse.

Debemos confrontar ambas formas de la incredulidad con una dependencia del Dios que Él mismo se ha revelado ser en su palabra. Las Escrituras nos dicen que servimos a un Dios omnipotente y soberano que considera el sexo algo central y vital para la relación más íntima que existe entre dos personas.

La amargura

La amargura es diferente a la incredulidad sólo en su intensidad y su profundidad—en el grado—de su rebelión. Como ha señalado mi amigo Andy Farmer, se distinguen las dos simplemente por la diferencia que hay en decir “no puedo” y “no quiero”. La incredulidad dice, “No puedo hacer esto”, mientras la amargura dice, “No quiero hacer esto”. La incredulidad le dice a su cónyuge, “No puedes cambiar”, y la amargura declara, “No vas a cambiar”. La incredulidad reclama, “Dios no puede afectar lo que a mí me gusta o no me gusta”; mientras la amargura dice, “Dios no los va a afectar”.

La incredulidad se inclina a apartarse de las promesas de Dios; la amargura les

da un portazo. “Me defraudaste, y no voy a confiar en ti.” “No ejerciste el dominio propio antes de que nos casáramos; no lo vas a ejercer después.”

La amargura es una de las razones más comunes por el descuido del sexo. En la tierra del enojo y los conflictos no resueltos, crece rápidamente como una mala hierba virulenta que asfixia la intimidad. Las personas casadas amargadas usan sus cuerpos como un arma, un arma que daña al negarse. Un arma usada para castigar a la otra persona por haber pecado contra nosotros. Esto requiere el perdón.

La pereza, la incredulidad, y la amargura son pecados comunes pero serios que niegan la verdad del evangelio. Cuando nos deshacemos de la verdad de Dios y abrazamos las mentiras, nuestros matrimonios y nuestra fe sufren juntos. Pero no necesitamos, no debemos, tolerar estos patrones de pecado paralizantes. Más bien, vamos a buscarlos, reconociéndolos cuando los encontremos, y suplicarle a Dios su perdón y poder para arrepentirnos y cambiar.

La dependencia diaria: Cuando los pecadores dicen “cortejar”

La aventura de la dependencia no simplemente es la gracia para decir no a cosas que inhiben nuestra intimidad, es también la gracia para crear un ambiente donde la intimidad sexual fluye del romance. Este tipo de dependencia de la gracia no ocurre con algo tan predecible como “rosas para el día de San Valentín, o cena para tu cumpleaños”. Ni ocurre con las muestras grandiosas, caras y no muy frecuentes de nuestro aprecio. La aventura de la dependencia es una oportunidad diaria de amar a su cónyuge con la consideración creativa que dice, “Me importas más que cualquiera otra persona en este mundo.”

Tal vez conozca la historia. Un hombre le pregunta a su esposa qué le gustaría para su cumpleaños. Ella le responde con nostalgia, “Me encantaría volver a diez.” El día de su cumpleaños el hombre la despierta temprano con su cereal favorito de cuando ella era niña. Luego se la lleva rápidamente a un parque temático popular para un día indescriptible. Algodones de azúcar, perros calientes, montañas rusas—todo lo que hay. Ella sale del parque tambaleando, su cabeza a punto de estallar, su estómago nauseabundo.

Sin perder un momento, él la lleva a McDonalds para un HAPPY MEAL con papas fritas tamaño extra grande y un batido de chocolate refrescante. Después van al cinema para ver la película más reciente, y por supuesto, para M&M’s, palomitas, y lo demás. Al final del día, su esposa entra a la casa bamboleando y se arroja en la cama, exhausta. Parado en la puerta de la recamara con una

sonrisota en su rostro, le pregunta su esposo, “¿Qué te pareció tener diez años otra vez, mi amor?” ¿Las únicas palabras pronunciadas por su esposa?

“Me refería a mi talla de vestido.”

Mujeres, créanme, si no han tenido una experiencia similar de una iniciativa mal-informada de su esposo, lo más probable es que lo tengan en un futuro. Me gusta esta historia porque presenta al hombre *haciendo algo creativo* para encantar a su esposa. Para esposos y esposas, la aventura de la dependencia inevitablemente lleva a la aventura de invertir creativamente.

Para aquellos que disfrutan pocas cosas más que un día perfectamente ordenado y predecible, la palabra creatividad puede causarles un escalofrío de horror. Pero no estamos hablando de pintar un paisaje ni de escribir una sonata. Cuando se trata de su matrimonio, piense de la creatividad como una simple obra inspirada por fe, una brotadura natural de su creencia de que a Dios le importa su matrimonio y le quiere ayudar a mejorarla. Lo importante no es qué tan creativo o imaginativo pudiera ser, sino si realmente está caminando en dependencia de Dios para mejorar su matrimonio. Como han escrito Gary y Betsy Ricucci, “No hay tal cosa como un experto en el romance o un profesional en la pasión. El romance debe ser continuamente practicado, como cualquier arte”.[8]

He tenido la oportunidad de crecer en la fe con personas inusualmente dotadas, y yo diría que es raro encontrar a una persona a quien las ideas creativas y románticas se le ocurran espontáneamente. La mayoría de la gente que conozco que está buscando el romance y la intimidad en sus matrimonios está pasando tiempo planeando, haciendo preguntas, investigando qué se les hace romántico a sus cónyuges y no asumiendo que ya lo saben. Como con cualquier artesanía, hay muchas más ideas descartadas que obras maestras. Pero para sacar una obra maestra tiene que estar dispuesto a trabajar con su creatividad. Le garantizo esto, si ve a alguien que realmente es excelente en galantear a su esposa, probablemente no le es nato. Estaría observando a alguien que se esfuerza para ser creativo, y que hace que la planeación cuidadosa se vea como algo fácil. Amigo, eso es un arte que debemos buscar.

El sexo excelente en el matrimonio viene de una dependencia consciente de la bondad y soberanía de Dios, quien está obrando poderosamente para hacer de nuestro matrimonio una fuente de gozo espiritual y físico.

Hablemos

Pregúntele a su cónyuge si él o ella está consciente de pereza, incredulidad, o amargura como algo que potencialmente pudiera ser un

obstáculo a su vida sexual Dios-glorificante. De ser que sí tome un tiempo para hablarlo con la meta de confesar el pecado, pidiendo y dando perdón, y caminando en la reconciliación. Además, considere expresar su dependencia de Dios en esta área de sus vidas al orarlo juntos. Ahora, para algunos de ustedes esto puede ser un choque mental—¿¡la oración y el sexo al mismo tiempo!? Pero como hemos visto, el sexo es un regalo de Dios, el cual debe ser recibido con gratitud y fielmente administrado. Así que la oración puede ser una parte totalmente apropiada de su vida sexual, y bien pudiera ser un ingrediente carente.

La dependencia diaria: Cuando pecadores dicen “guau”

Mi anhelo en este capítulo es colocar el tema delicado del sexo bajo la esperanza del evangelio, donde debería estar. Por un lado le estoy transportando hacia el matrimonio original, cuando Dios unió a Adán y Eva para que fueran mutuamente “ayudantes” en maneras que extendieron mucho más allá de cuidar del jardín. Se ha registrado que la primera respuesta de Adán al ver a Eva puede ser traducida fielmente como, “¡Guau!” La respuesta de Adán nos comunica mucho acerca del gozo del sexo como Dios lo creó ser entre el marido y su mujer en el pacto del matrimonio. La maldición nos quitó el “guau” y nos dejó con un “ay de mí”. Alabado sea Dios, que el evangelio ha destruído la maldición del pecado, y ha forjado un camino para los pecadores que dicen “acepto” desde el “ay de mí” hasta el “¡Guau!” Sin importar dónde nos encontramos en nuestros matrimonios en este momento, vamos a empezar a caminar hacia ese fin. Y busquemos el día en el cual el letrero arriba de nuestra cama matrimonial sea,

¿Respecto al sexo?...¡GUAU!

Capítulo Diez

Cuando pecadores dicen adiós

El tiempo, el envejecimiento, y nuestra gloriosa esperanza

Escribo esto sabiendo que si usted ha llegado a este punto en el libro probablemente ya ha pasado bastante tiempo pensando acerca de cosas que nunca antes había pensado. Tal vez se siente igual que yo, que hemos estado transitando juntamente en caminos no muy caminados. Hemos recorrido las cuestas mareantes de la doctrina y las profundidades sombrías de la auto-examinación. Nuestra jornada nos ha llevado de la misma manera a las praderas abiertas de la misericordia y de la gracia, al terreno sorprendentemente pedregoso de la confesión y el perdón. Mi más grande esperanza es que, dondequiera que hayamos caminado, no hayamos perdido de vista la cruz—la única guía inconmovible del matrimonio cuando los pecadores dicen, "acepto". Antes de concluir, me gustaría llevarlo a una breve caminata más, y probablemente una vez más, a un lugar que no espera.

Los cementerios siempre han formado parte de mi vida de una manera un poco extraña. De niño, para huir de la supervisión adulta, yo y mis compañeros nos escondíamos en un cementerio cercano, mientras pasaba la tormenta de nuestras travesuras. Después, Kimm y yo vivimos a la vuelta de un cementerio. Por lo general las personas no se reúnen en tales lugares. No hay área de esparcimiento, no hay juegos para los niños, no hay dónde comprar un rico café. Vamos a esos lugares, pues, sólo si es necesario. Antes, yo caminaba con mis hijos por el gran cementerio silencioso de nuestro vecindario para contemplar juntos las lápidas. Esto puede sonar como una forma rara de unirse a sus hijos, pero les quería recalcar que hoy es lo que importa porque el mañana no se puede garantizar. Aun los niños necesitan aprender acerca de la brevedad de la vida.

A veces me he encontrado con un par de lápidas gemelas en el cementerio, una inscrita, la otra todavía en blanco. Es en ese instante que me tomo un momento para ponderar la historia marital ilustrada allí. En mi imaginación veo una pareja joven, embriagada con el romance, de pie con los ojos rebosando felicidad ante el altar ...luego los veo cargando a su bebé recién nacido ...luego

veo otras imágenes más ...los recuerdos e imágenes de una vida entera juntos. Ahora un cónyuge yace allí, y el otro está solo.

Espere un momento—antes de hacer a un lado este libro, diciendo en voz baja, “Los otros capítulos eran buenos pero este apunta a ser algo deprimente”, présteme su atención. Una parte de vivir en un mundo caído es sufrir la más alta consecuencia del pecado de Adán—la muerte. Los estudios resultan conclusivos. Entre todos los que han nacido, todos mueren. No hay pases especiales y nadie está exento. (Bueno, estoy dejando a un lado a Enoc y Elías. Pero si nadie más—Isaías, Juan el Bautista, los doce apóstoles, Pablo—pudo escapar la muerte, usted y yo realmente no somos candidatos al frente.)

Efectivamente, las Escrituras nos presentan una meta fuera de moda para los creyentes: Dios quiere que muramos bien. No tiene nada que ver con la planificación de sucesión. Habla de que si, a través de la santificación, nuestras almas estarán preparadas para la realidad inevitable de la muerte o no. La cultura occidental obsesionada con la juventud, adversa al dolor, y escapista por naturaleza, es una anomalía en la historia de la humanidad. En ella, la preparación para la muerte parece ser algo morboso. Sin embargo, a través de toda la historia, y en buena parte del mundo hoy día, la muerte siempre ha sido parte de la vida y digna de atención. Los puritanos, en su perspectiva admirable de “Vamos a reconocer a Dios en cada momento”, contemplaban el matrimonio no simplemente como una gran manera de vivir, sino también como un campo de entrenamiento para el más allá. El pastor Richard Baxter consideraba que una de sus metas en el matrimonio era “Prepararse el uno al otro para el arribo de la muerte, y confortarse el uno al otro en la esperanza de la vida eterna.”[1]

Claro, la muerte rara vez llega al marido y su mujer al mismo tiempo. Usted y su cónyuge han sido unidos, pero lo más probable es que no mueran juntos. Como nos recuerda sobriamente D.A. Carson, “Sólo tenemos que vivir lo suficiente y seremos privados.”[2]

Tiene razón. ¿Qué pasa cuando “la muerte nos separe” de hecho sucede? Moisés oró en el Salmo 90, “Los días de nuestra vida llegan a setenta años; y en caso de mayor vigor, a ochenta años ...porque pronto pasa, y volamos”. Moisés sabía que el tiempo pasa rápido, y con ello van los maridos, mujeres y matrimonios. ¿Nuestra perspectiva acerca del matrimonio ignora o acepta esta realidad inevitable?

Los pecadores dicen “acepto” para la etapa del declive

Yo crecí con los deportes. La verdad es que amé demasiado los deportes. Al

madurar todavía seguí corriendo por años. Ahora tengo una rodilla defectuosa y una espalda rebelde. Es como una pandilla callejera entre mis miembros, retándome a tomar un mal paso para apabullarme. Aunque mi orgullo se niega a reconocerlo, este cuerpo va en declive. Ahora en lugar de correr, camino (realmente no es un logro atlético por el cual enaltecerse en la oficina). Me pregunto si el asunto va a llegar al punto de tener que andar de rodillas para hacer ejercicio.

Creo que Pablo se puede relacionar. Anima a los Corintios diciendo, “Por tanto no desfallecemos, antes bien, aunque nuestro hombre exterior va decayendo, sin embargo nuestro hombre interior se renueva de día en día” (2 Corintios 4:16). Al describirse a sí mismo, Pablo nos ofrece un diagnóstico fiel para nosotros también. Este declive inevitable viene de nuestro ancestro Adán, cuyo rechazo de Dios para voltearse hacia la auto-suficiencia nos condena al destino físico del universo de polvo a polvo, cenizas a cenizas. Amigo, la vida incluye el decaimiento del cuerpo. La pregunta es a qué hora lo vamos a reconocer.

No obstante, Pablo reviste esta fría realidad física con la verdad radiante del evangelio. El decaimiento del cuerpo no es lo único que está sucediendo: También estamos siendo gloriosamente renovados por dentro. Sabe que el renacimiento, el concepto bíblico de la regeneración, no es como el nacimiento físico bajo el cual básicamente empezamos a morir desde el momento en que dejamos el vientre. (Hablando de llegar a la cumbre a una temprana edad.) Sin embargo, bajo el nuevo nacimiento espiritual, la vida de Dios reaviva nuestras almas muertas por el pecado e invierte el proceso—¡En realidad nos hacemos *mejores* con el tiempo!

Lo que está sucediendo en nuestro interior realmente es algo asombroso. Nuestras almas están siendo preparadas para pasar la eternidad con Dios. Es por eso que Pablo nos anima a no desfallecer. Bueno, físicamente, las cosas no van tan bien. Lo que antes hubiéramos considerado una ventaja, rápidamente se está volviendo un lastre. Los rostros están mostrando arrugas, el cabello se está emblanqueciendo o cayendo, los músculos están decayendo, y la cintura sigue creciendo. ¡Lo veo en el espejo cada día! Las parejas jóvenes a menudo hablan tiernemente de llegar a ser viejos juntos—créame, ¡es más difícil de lo que parece!

Así que cuando la vida le llegue en formas inesperadas, recuerde esto: la regeneración es el arranque inicial de la vida espiritual en nuestras vidas. La renovación es el mismo poder obrando en cada faceta de quienes somos,

preparándonos, por así decirlo, para la vida eterna con Jesús.

Una historia de la renovación: Marcos y Carolina

La vida marital de Marcos y Carolina era complicada. Se conocieron en la universidad, se enamoraron, y empezaron su primer año de casados. No obstante, de recién casados, Carolina cayó en tiempos intensos de desánimo y Marcos estaba batallando en ajustarse a su papel de esposo. Pasaba mucho tiempo con sus amigos, o jugando deportes o viéndolos en la televisión. Según Marcos, él y Carolina eran más bien solteros que se hallaban casados.

Marcos le echaba la culpa a Carolina, "Pensé que ella era la que tenía todos los problemas ...así que me seguí alejando." El trabajo de Marcos requería que pasara mucho tiempo con mujeres. Él dice, "Mis afectos estaban siendo alejados de Carolina; estaba teniendo aventuras emocionales con otras mujeres." Eventualmente Marcos y Carolina buscaron ayuda, y un consejero sugirió un ejercicio: ir a la casa y escribir tres razones por las cuales se casaron el uno con el otro, y luego platicarlo. "Fue la tarea más difícil que me habían dado en la vida," recuerda Marcos.

Allí sentados, compartiendo sus listas el uno con el otro, Dios interrumpió y Marcos vio con una claridad sorprendente las profundidades de su egoísmo e irresponsabilidad. "Fui quebrantado en ese momento," recuerda. "El Señor empezó a restaurar mi visión para mi matrimonio y mi amor por Carolina en ese momento."

A través de la confesión y el arrepentimiento, Dios inició una renovación en el corazón de Marcos. Eventualmente esto se desparramaría a cada parte de su matrimonio. También lo prepararía para recibir unas noticias catastróficas.

Cuidar del barro en declive

Cada persona casada está unida a una persona en declive. Pablo los llama "tesoro[s] en vasos de barro" (2 Corintios 4:7). Es una imagen que queda bien, sin importar si es la etapa de compromiso antes de la boda o si se están acumulando aniversarios ya por décadas. Cuidar del barro es parte del llamado del matrimonio. Tenemos el gozo de prepararnos el uno al otro para el cielo mientras la tierra reclama nuestro cuerpo. Disfrutamos de la mejor vista de la renovación interna aun mientras vemos que la vasija se desgasta.

Mientras empezó a dar fruto el matrimonio de Marcos y Carolina, ni sospecharon que había una tormenta acumulándose en el cuerpo de Carolina. Raras síntomas empezaron a manifestarse: hormigueo en sus manos y pies,

problemas con su vista. Parecía algo serio, y una visita al doctor confirmó sus temores. Carolina fue diagnosticada con esclerosis múltiple (EM) crónica y progresiva. El deterioro del vaso de barro empezó poco después. Al principio Carolina caminaba más lento. Luego necesitaba usar bastón. Luego lo cambió por una silla de ruedas. Luego por una cama. Y todo sucedió con una rapidez devastadora.

Sin embargo, algo mucho más significativo estaba sucediendo a la vez—la renovación. Aunque la salud de Carolina iba en declive, su alma estaba viva a Dios y su esposo estaba experimentando una renovación completa. Dice Marcos, “Cuando la enfermedad empezó a tener efectos, el Señor ya había inclinado mi corazón hacia mi esposa. El diagnosis llegó casi al mismo tiempo que hubo un cambio en nuestro matrimonio. La EM afectó su vista, sus habilidades motores, sus facciones, su movilidad—no hubo nada que no fuera afectado. Pero yo me había enamorado de Carolina otra vez. Sólo veía qué tan bella era para mí.”

Carolina ya lleva doce años encamada. Para sus familiares y amigos ella es una carta de parte de Cristo, escrita en la frágil forma humana. En las pocas ocasiones cuando puede salir Carolina, Marcos intenta aprovechar la oportunidad para hacer cosas especiales con ella. La silla de ruedas que usa cuando está fuera de su cama está diseñada para mantenerla acostada. Realmente es un logro de ingeniería. Pero Marcos casi ni ve la silla. Está demasiado enamorado de la mujer que está en ella.

No se desanime

Un matrimonio que va madurando es uno que mira hacia el final y más allá. A los cristianos casados, Dios nos concede el honor extraordinario de nutrir y celebrar la renovación interior y a la vez cuidar del declive exterior. Es una aventura en la ironía, hecha posible por el evangelio, el único tesoro real en nuestros jarros frágiles de barro. No todo cristiano casado ve esta verdad claramente. Pero para los que sí, gran gozo los espera.

Hace poco, Marcos sorprendió a Carolina con una cita a un banquete para enamorados en su iglesia. Este era un evento que a los dos les encantaba, y Marcos tenía algo muy especial preparado. Durante un baile lento, Marcos se acercó a Carolina, tomó su silla y empezó a bailar con ella. Sólo le daba vueltas a su silla y le decía qué tanto le amaba. Fue un momento profundo para Marcos, Carolina, y los demás que estaban allí mientras se hacían a un lado para hacer más espacio para los amantes al centro de la pista.

Desde un punto de vista terrenal, las cosas van de mal en peor para Carolina.

Su salud va en deterioro y, a reserva de la intervención divina, morirá de complicaciones relacionadas a su enfermedad. Marcos entiende eso, pero a la vez se siente muy honrado de poder cuidar de su esposa mientras ella esté con él. Dice Marcos, “Lo veo como un privilegio y honor el poder servir a Carolina de esta manera. Sí hay dificultades, pero es la manera en que Dios me está enseñando qué tanto me ama a mí. Siento su amor *por* mí en como me confió a Carolina *a* mí.”

Marcos y Carolina son dos de mis héroes. En su extraordinaria y prolongada lucha, se están preparando el uno al otro para otro mundo por la manera en que están viviendo en este. De vez en cuando Dios los interrumpe para darles una probadita dulce de lo venidero. “Hay días,” dice Marcos, “cuando Carolina y yo nos sentamos y oramos juntos y es como estar en tierra santa. Sentimos la presencia de Dios y estamos seguros de que Él está con nosotros. Creo que estos momentos son probaditas del cielo para nosotros.”

Algún día, puede que usted o yo sea llamado a hacer algo similar para nuestro cónyuge. Si llegara esa oportunidad, ¿lo reconoceremos como el amor de Dios hacia nosotros, confiándonos un cónyuge sufrido para cuidar y amar de él/ella a través del sufrimiento? ¿Será nuestro matrimonio una probadita del cielo? Me alegra saber que tengo el ejemplo de Marcos y Carolina para enseñarme cómo se hace.

Pecadores que dicen “acepto” para el momento de decir adiós

Pablo entendía algo importante. Aunque la renovación interior sí es la realidad más importante, no hay manera de dar marcha atrás a, ni negar la realidad de la descomposición externa. La muerte está obrando en cada uno de nosotros (2 Corintios 4:12). Sólo falta saber cuándo y cómo llegará.

Cada matrimonio tiene su momento final. Usualmente la muerte visita a un cónyuge, y el dolor visita al otro. Si el evangelio ha sido atesorado dentro del matrimonio, ambos cónyuges estarán preparados. Para el primero que parte, una bienvenida a casa lo espera a él o ella—la experiencia inimaginable de cruzar entre dos mundos y llegar al lugar para el cual fuimos creados.

Sin embargo, en la providencia misteriosa de Dios, un cónyuge, por lo normal, se queda atrás. La peregrinación de uno de los vasos de barro todavía no se acaba. Una lucha de aflicción inicia, una que pudiera formar cada hora y agotar cada fibra emocional. El lamento es una caminata por lo desconocido, una experiencia universal vivida de una manera extremadamente personal. Como

reflexionaba C.S. Lewis durante su propio lamento después de haber perdido a su esposa, “Nadie me había dicho que el lamento se parece tanto al temor.”[3] No obstante, aun en los momentos más sombríos de la pérdida, anhelamos agradar a Dios en nuestro dolor. No lamentamos como aquellos que no tienen esperanza (1 Tesalonicenses 4:13), porque sí tenemos esperanza—una asombrosa esperanza, cautivadora, y gozosa. La resurrección del Salvador nos ha garantizado eso. El fuego del evangelio arde profundo, aun cuando nos sentimos incapaces de fomentarlo.

Una historia de liberación y esperanza: Jere y Alberto

Jere se acercó a la oreja de Alberto. Quería asegurarse de que él escuchara sus palabras, que lo fueran a alcanzar mientras yacía allí suspendido entre dos mundos. Apenas iba en su segunda semana de cuidado en el hospital para enfermos terminales, pero las cosas se iban deteriorando velozmente. Ya no estaba despierto y su cuerpo se iba apagando. “Amor, corre a Jesús. No te preocupes por mí, Él cuidará de mí también. Pero tú ve con Él.”

Jere había estado casada con Alberto por cuarenta y dos años. Había pasado los últimos once de ellos cuidando de él en su batalla contra el cáncer. Hubo radiación, medicamentos, los efectos secundarios, y la lucha diaria con el temor. Dios se apiadó de Alberto lo suficiente para arrestarlo con el evangelio y para crear algunos recuerdos atesorados en su matrimonio. Pero al final el cáncer predominó.

Jere entendía. Había temido este momento, pero había decidido de rodillas ante Dios que ella buscaría servir a su esposo en su muerte igual que lo había hecho durante su vida. Después de todo, Alberto era un hombre de amor y de responsabilidad. Ella sabía que él lucharía contra la muerte a menos que fuera convencido de que ella pudiera sobrevivir sin él. “Yo estaré bien, amor. Me puedes esperar allá.” Tomó su mano, y luego él se fue.

En el valle de la sombra de muerte, Jere no se aferró a su esposo como a un ídolo mientras él dejaba este mundo. Sólo lo liberó. No era nada como la resignación. No hubo un levantar de hombros y una exclamación de, “Bien, Dios, como este es tu juego supongo que estoy obligada a estar de acuerdo con tus condiciones.” No, más bien hubo una confianza decidida de que Dios sabía lo mejor y que era confiable. Había valor para mirar hacia el futuro, más allá del matrimonio. Eso se llama fe. Del tipo que dice, “El Señor dio y el Señor quitó; bendito sea el nombre del Señor” (Job 1:21). Una esperanza divina iluminaba el dolor de Jere.

Dios nos ofrece una verdad saturada con esperanza en su Palabra, lo cual es esencial para Jere o cualquier cristiano padeciendo de una pérdida. “Pues esta aflicción leve y pasajera nos produce un eterno peso de gloria que sobrepasa toda comparación” (2 Corintios 4:17). Estas realidades inspiran esperanza cuando los vasos de barro se quiebran irreparablemente. Cuando los pecadores dicen adiós, aquellos que permanecen deben tener en mente las realidades sustanciales de la esperanza

Mi pérdida es leve

La palabra griega para “leve” en 2 Corintios 4:17 quiere decir ligera en peso, fácil de soportar, sin mucha sustancia. Es la misma palabra que usó Jesús en Mateo 11:30 al decir, “Mi carga ligera.” Pablo no está pintando el dolor como algo irrelevante o insignificante. Probablemente todos hemos estado suficientemente cerca al proceso del fallecimiento de algún ser querido y sabemos que el dolor de perder a alguien querido es real.

Pablo tampoco está tratando de trivializar la aflicción. Más bien quiere elevar nuestra perspectiva *por encima* de la aflicción. La pérdida *es* real, pero el dolor que sentimos no tiene porque convertirse en una carga aplastante. De hecho, la palabra “leve” se usa intencionalmente en contraste al “peso eterno de gloria que sobrepasa toda comparación” que nos espera en el cielo. “Cuando Pablo dice que sus aflicciones son leves,” escribe John Piper, “no quiere decir que son fáciles o sin dolor. Quiere decir que comparados con lo venidero, no son nada. Comparados al peso de la gloria venidera, son como plumas en la balanza.”[4] En esta vida, la muerte de un cónyuge es un momento decisivo que nos afectará hasta el día en que también muramos nosotros. Sin embargo, comparado con nuestro destino, es sólo un cambio leve de dirección en el océano de la eternidad.

El dolor de Jere era completamente real. Batalló con insomnio, con desánimo y apatía mental, aun con no poder recordar las facciones de Alberto—¡después de cuarenta y dos años de casados! Pero también tenía esperanza. Su confianza en Dios la ayudó a alzar su mirada más allá de sí misma. La fe empezó a producir buenas obras en ella. Al principio eran chicas—la voluntad para levantarse en la mañana, el valor para salir de la casa. Pero al sembrar obediencia, empezó a cosechar una visión. Había personas a su alrededor que estaban sufriendo, y ella estaba libre para ayudarles. Ella podía sobrellevar su dolor y aun servir a los demás. Su pastor en ese tiempo dijo, “Se apenaba, pero también se entregaba con entusiasmo a la iglesia local. Se juntó conmigo para evaluar cómo pudiera servir a la iglesia. Consiguió un trabajo, pero

intencionalmente acomodó su horario para poder servir al pueblo de Dios. ¡La muerte de Alberto la lanzó en una nueva dirección y fue encendido en ella un deseo creciente de no perderse nada!”

Mi lucha es pasajera

Ninguna lucha parece ser pasajera. Hay una cualidad consumidora que infecta cada batalla. Parece no tener fin. Pero Dios nos invita a levantarnos de la mesa y venir al otro lado. Quiere que veamos nuestras vidas desde otro punto de vista.

Así como “leve” es contrastado en 2 Corintios con “*peso* de gloria,” “de momento” es contrastado con “peso *eterno* de gloria”. Cuando se mide con la eternidad, esta vida mortal es sólo un respiro, un vapor, una nube suspendida que rápidamente se disipa con el viento más ligero. Cualquier lucha que esté enfrentando, se acabará, y un día lo verá por lo que realmente es: pasajera y leve.

El lamento a menudo aparenta extenderse como un camino sinuoso que atraviesa un valle largo y profundo. La auto-lástima y el temor siempre nos están queriendo acompañar. Así sucedió para Jere al principio. Sus primeros pensamientos fueron, *¿Qué voy a hacer? Por los últimos once años lo único que he conocido es cuidar de mi esposo, y ser ama de casa los cuarenta y dos años de casada.* Sin embargo, para el cristiano, hay cosas más poderosas que la aflicción. Hay esperanza para el futuro. Hay el servicio en el presente. Y lo más importante, hay la cruz, tanto en el pasado como en el siempre-presente.

La cruz fue el punto alrededor del cual Jere organizó su vida y fue el lente interpretativo de su experiencia. “Ha hecho toda la diferencia el entender lo que fue logrado por mí en la cruz, y el sacrificio de Cristo. Nada me es más importante que la cruz. Lo que Dios me ha dado a través de la pérdida de mi esposo es un mayor entendimiento de quién es Cristo y lo que hizo por mí y un sentido poderoso de la obra del Espíritu Santo en mi interior.” Jere veía que Dios envió a su Hijo como el Salvador sufrido, a morir en su lugar. Eso quería decir que había gran gozo en seguirle, aun en el sufrimiento. El sufrimiento de su pérdida no iba a permanecer. Era pasajero.

En lugar de rendirse a la desesperación, Jere tomó decisiones diarias, a veces cada hora, de abrazar la gracia soberana de Dios y mirar más allá de sí misma. Ella decidió hacer de sus años pos-matrimoniales unos de “devoción sin distracción” para su Salvador y su iglesia. Se entregó al ministerio de solteros (reuniéndose con jóvenes de veintitantos años), alcanzando a los ancianos, y viajando a conferencias sólo para servir. Jere no se encuentra en su casa esperando que se detenga el reloj de su vida. Y definitivamente no está

consumida con las actividades placenteras de los años de jubilación. Por más de una década ella se ha entregado a los demás, el poder de la gracia realizando la eternidad en su vida.

Mi pérdida es preparación

Es difícil pensar en la pérdida como preparación. Ya sea un dolor de muelas o la pérdida de un cónyuge, es obvio que el dolor es una experiencia del aquí y ahora, de manera que el futuro raras veces nos pasa por la mente.

No obstante, Dios nos invita a ver el dolor de la pérdida como preparación para algo incomprensible. Nuestra pérdida actual no sólo abre la puerta a la gloria, sino que produce la gloria. “Esta aflicción leve y pasajera *nos produce* un eterno peso de gloria” (2 Corintios 4:17). Es más, esta gloria “sobrepasa toda comparación”. Medite en esas tres palabras un momento. ¡Pablo no puede ni siquiera dar una analogía o ilustración para ayudarnos a entender la gloria que espera más allá de nuestro dolor! Dice que es insondable, inconcebible, e inimaginable, que *sobrepasa toda comparación.* Eso puede anhelar el cónyuge que se queda atrás: la gloria incomparable.

El funeral de Alberto se llevó a cabo hace más de once años. Hay veces en que Jere no puede creer que ha sido viuda por tanto tiempo. Hace diez años vendió su casa—con treinta y dos años de recuerdos de criar a tres hijos, los días festivos juntos, las fiestas del vecindario, el lugar donde el marido y su mujer compartieron sus últimos “te amo”. Eso fue difícil. Ahora vive sola en un apartamento cómodo de una habitación. Pero rara vez se encuentra allí. ¡Hay demasiado que hacer!

A Jere le encanta estudiar. Aun a los setenta, su entusiasmo para el aprendizaje es contagioso. Estudia la palabra de Dios y buenos libros con regularidad. Esto no sólo prepara su alma para su Salvador, sino le da más que ofrecer a los demás. Una madre de tres hijos dijo, “Por el ejemplo y la honestidad de Jere he sido animada y exhortada a amar más a mi Salvador y a tener más diligencia con mi familia. No sólo eso, ahora tengo una visión de cómo Dios me va a ayudar cuando ya tenga más años.”

Jere capta algo que a muchos viudos y viudas se les pasa. Sin tener ya responsabilidades hacia su esposo e hijos, Dios la ha liberado para entregarse a los demás, y las Escrituras le piden eso (Tito 2:3–5). Ella tiene una excelente filosofía de vida, “Una persona sabia siempre se está preparando para la siguiente etapa de su vida,” dice. “Pues, ya estoy en el invierno de mi vida. Quiero vivir preparándome para lo que sigue. Quiero gastar mi tiempo y dinero

de tal manera que reconozca la eternidad." No desperdicia el tiempo adivinando acerca del futuro. Sólo se prepara para ello.

Yo quiero ser así cuando crezca. Y si no lo soy, no tendré excusa, porque Jere no sólo me es un ejemplo increíble. Es mi madre. Y yo estoy aquí en la primera fila, viendo su carrera y animándole hacia el final.

Este día para ese día

Matthew Henry una vez dijo, "Prepararnos para el día final debería ser la ocupación de cada día."[5] Este pastor puritano estaba consciente de terminar la carrera, y una parte vital de esa carrera es la carrera de relevos hecha por dos, que inicia cuando pecadores dicen "acepto". Al principio de este libro le pedí que fuera estricto al ver su pecado y cómo se manifiesta en el pacto del matrimonio, la más íntima y significativa de las relaciones humanas. Espero que ahora se de cuenta de que, al mirar a nuestro pecado bíblicamente, mantenemos nuestros ojos fijos en lo que realmente importa en el matrimonio: el amor y la misericordia insondables que Dios derramó para nosotros a través del Salvador.

Cuando fijamos nuestra mirada en la cruz, empezamos a ver la temprana luz de un día glorioso. Su matrimonio, mi matrimonio, nos preparan para ese día. ¿Cuál día es ese? Es la Cena Nupcial del Cordero, lo que Charles Spurgeon describe como "el día festivo del cielo". No hay mejor manera de concluir este libro que pararnos al lado del pastor Spurgeon y entrever con él por la ventana de la eternidad, vislumbrando lo que nos espera.

> El cielo siempre es el cielo, y lleno de bendiciones indecibles; pero hasta el cielo tiene sus días festivos, hasta el éxtasis tiene sus desbordamientos; [Sin embargo] en aquel día cuando la marea viva del océano infinito del gozo haya llegado, qué desborde inconmensurable de deleite va a abrumar las almas de todos los espíritus glorificados al darse cuenta de que la consumación del gran diseño del amor ha llegado—"¡La boda del cordero ha llegado, y su esposa se ha alistado!" No sabemos todavía, amados, de cuánta felicidad somos capaces ... ¡Ay, que pudiera estar allí! ... Si sólo pudiera ver al Rey en su belleza, en lo completo de su gozo, cuando Él tome de la mano derecha a aquella por la cual derramó su sangre preciosa, y conozca el gozo que fue puesto delante de Él, por el cual sufrió la cruz, despreciando el oprobio, ¡seguramente seré bendito! ¡Ay, qué gran día será cuando cada miembro de Cristo sea coronado por él, y con él, y cada miembro de ese cuerpo místico sea glorificado en la gloria del Novio! El día vendrá, el día de los días, la corona y gloria del tiempo, cuando ...los santos,

> vestidos en la justicia de Cristo, serán eternamente unidos a él en una unión viva, amorosa, y perdurable, compartiendo de la misma gloria, la gloria del Altísimo. ¡Qué será estar allí![6]

Nuestros matrimonios son una imagen imperfecta de lo que esperamos gozar en nuestra relación eterna con nuestro Salvador. Espero que este libro le haya dado una visión por la manera en que Dios está obrando aquí para nuestro gozo allá.

Amigo, sea como sea su matrimonio actualmente, está apuntando a la realidad más grandiosa posible. Y por más reales que sean nuestros matrimonios en este mundo, son sólo una sombra de la realidad que vamos a experimentar cuando Cristo venga a reclamar a su novia. Luego tendremos un banquete nupcial para celebrar nuestra unión con Cristo, lo cual será incomparable con cualquier otro banquete que se haya celebrado anteriormente. La familia entera de Cristo estará presente—ni uno solo faltará de toda la tierra. El gozo presente en ese banquete no será estropeado por el pecado, las luchas, el dolor, o la desilusión. Estaremos para siempre con Cristo en nuestro nuevo hogar. Mire la gloria que se nos pone por delante—siendo nosotros pecadores que hemos dicho, "acepto".

Notas

Reconocimientos

1. John Piper, A Godward Life (Sisters, OR: Multnomah, 1997), 189.

Prefacio

1. Thomas Watson, *The Doctrine of Repentance* (Edinburgh: Banner of Truth Trust, reír. 1987), 63.
2. Horatio G. Spafford, “It Is Well With My Soul,” verso 3, 1873.

Capítulo 1

1. R.C. Sproul, *Knowing Scripture* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1978), 22
2. George Knight, Recovering Biblical Manhood and Womanhood: A Response to Evangelical Feminism, ed. John Piper & Wayne Grudem (Wheaton, IL: Crossway, 1991), 175–176.
3. Cornelius Plantinga, Not the Way It’s Supposed to Be: A Breviary of Sin (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1995), 199.
4. A.W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (San Francisco: HarperSanFrancisco, a division of HarpersCollins Publishers, 1961), 1.

Capítulo 2

1. Henry Scougal, The Life of God in the Soul of Man: or The Nature and Excellency of the Christian Religion (Harrisonburg, VA: Sprinkle Publications, 1986), 81.
2. Arnold A. Dallimore, *Spurgeon*, *A New Biography* (Edinburgh: Banner of Truth, 1987), 14.
3. John F. MacArthur Jr., The Vanishing Conscience: Drawing the Line in a No-Fault, Guilt-Free World (Dallas: Word, 1994), 11.
4. Jerry Bridges, The Discipline of Grace: God’s Role and Our Role in the Pursuit of Holiness (Colorado Springs: NavPress, 1994), 193.
5. J.I. Packer, *Rediscovering Holiness* (Ann Arbor: Servant Books, 1992), 135.
6. John Owen, *Sin and Temptation*, abridged and ed. By James M. Houston (Vancouver, B.C.: Regent, 1995), xvii.

Capítulo 3

1. Doris Kearns Goodwin, *Team of Rivals* (New York: Simon and Schuster, 2005), 371.
2. Debido a que todo pecado, ya sea que esté confinado al campo de batalla de su propio corazón o esté en el campo de batalla más grande de su matrimonio, está en guerra contra Dios. Usted está siendo llamado en ese sentido a simplemente rendirse a él: su meta es confesar, arrepentirse, y recibir el perdón.
3. John Newton, *Letters of John Newton*, no. 23 (Carlisle, PA: Banner of Truth Trust, reprinted 1990), 129.
4. Philip Yancey, *Soul Survivor* (New York: Doubleday, 2001), 58.
5. R.C. Sproul, *Pleasing God* (Wheaton, IL: Tyndale House Publishers, reissue edition, 1994), 150.
6. Thomas Watson, *Doctrine of Repentance* (Edinburgh, Banner of Truth, 1988), 110.

Capítulo 4

1. Graeme Goldsworthy, *Gospel and Wisdom: Goldsworthy Trilogy*, (Carlisle, UK: Paternoster Press, 2000), 528.
2. J.I. Packer, A Quest for Godliness: A Puritan Vision of the Christian Life (Wheaton, IL: Crossway Books, 1990), 118.
3. Nanci Hellmich, “Couples Manage Conflicts Best with Empathy, Respect, Love,” *USA Today*, September 26, 2005, reprinted in *The News Journal*, Wilmington, DE.

4. John Calvin, *Institutes*, ed. Battles, (Louisville-London: Westminster John Knox Press, 1960), 604. John Calvin lo dijo así, "Nosotros enseñamos que todos los deseos humanos son malos, y les acusamos de pecado—no porque sean naturales, sino porque son excesivos."

Capítulo 5

1. Kevin A. Miller, "Character," en *Christian Leadership: Cultivating a Leader's Heart*, ed. David Goetz (Wheaton, IL: Tyndale House Publishers, 2001), 26.
2. En su libro *Relationships, A Mess Worth Making* (Cincinnati: New Growth Press, 2007), Tim Lane y Paul Tripp hablan de algunos temas de la misericordia aplicada a relaciones en general.
3. Paul Tripp, *Instruments in the Redeemer's Hand* (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian & Reformed, 2002), 136–137.
4. Susannah Wesley, nacida en el año 1669, se conoce como la "Madre del Metodismo". Era esposa de pastor y la madre de diecinueve hijos, de los cuales sólo nueve sobrevivieron para llegar a ser adultos. A través de su vida conoció bien el sufrimiento y el lamento. Sus hijos Charles y John llegaron a ser los fundadores del Metodismo, un avivamiento que enfatizó el estudio metódico de la Biblia y una santa manera de vivir.
5. John Stott, Basic Christian Leadership: Biblical Models of Church, Gospel and Ministry (Downers Grove, IL: Intervarsity Press, 2002), 38.
6. William Shakespeare, *El Mercador de Venecia*, 4.1.179–182 eds. Stephen Greenblatt et al. (New York, London: WW.Norton, 1997). Cita traducida por Pamela Ramos, 7 de septiembre, 2008.

Capítulo 6

1. Disponible en el sitio http://en.wikipedia.org/wiki/31st_G8_summit.
2. Se puede defender que podemos perdonar a alguien inaccesible, como en la instancia de la muerte, la distancia, o la negación. Sin embargo, este es un libro en el cual el pecado se muestra entre dos personas que duermen en la misma cama. Así que para ese propósito, vamos a empezar viendo la experiencia relacional de perdón a nivel de persona-a-persona.
3. "Humiliation" tomado de The Valley of Vision: A Collection of Puritan Prayers and Devotions, ed. Arthur S. Bennett (Edinburgh: Banner of Truth, 1975), 143.
4. R. T. France, *Tyndale New Testament Commentaries: Matthew* (Leicester, England: InterVarsity Press, 1985), 277.
5. Ken Sande, *El Pacificador* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1991), 163.
6. John Newton, *Letters of John Newton*, no. 24 (Edinburgh: Banner of Truth, 1988), 132–133.

Capítulo 7

1. Tom Carter, comp., 2200 Quotations from the Writings of Charles H. Spurgeon (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1988), 172.
2. Matthew Henry, *The Quietness and Meekness of Soul* (Morgan: PA: Soli Deo Gloria), 113.
3. J.I. Packer, *Knowing God* (Downer's Grove, Il.: InterVarsity Press, 1993), 90–91.
4. David Powlison, *Suffering and the Sovereignty of God* (Wheaton, Il.: Crossway Books, 2006), 145.
5. Dr. Martín Lutero, *Works of Martin Luther*, trans. & eds. Adolph Spaeth, L.D. Reed, Henry Eyster Jacobs, et al. (Philadelphia: A.J. Holman Co., 1915), vol. 1, 29–38, Argumento del Dr. Martín Lutero sobre el poder y la eficacia de las indulgencias, 1517.
6. A.W. Tozer, Capítulo 9: "Meekness and Rest" en *The Pursuit of God*, (Camp Hill, PA: Christian Publications, Inc.).
7. C.J. Mahaney, *Humildad, Grandeza Verdadera*, Editorial Vida, Miami, Fla, 2006, p. 98.

Capítulo 8

1. Recomiendo estos libros que hablan del romance: *Love That Lasts* por Gary y Besty Ricucci; *Sex, Romance and the Glory of God* por C.J. Mahaney; *Sex and the Supremacy of Christ* por John Piper; y *The Intimate Marriage* por R.C. Sproul.
2. J.I. Packer, *God's Words* (Downer's Grove, IL: InterVarsity Press, 1981), 95–96.

3. Cornelius Plantinga, *Not the Way It's Supposed To Be: A Breviary of Sin* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Pub. Co., 1995), 199.

4. John Stott, *The Message of 1 Timothy and Titus* (Leicester, England; InterVarsity Press, 1996) 193.

5. Andrew A. Bonar, Life and Remains: Letters, Lectures and Poems of the Rev. Roberty Murria M'Cheyne, Minister of St. Peter's Church, Dundee (New York: Robert Carter, 1848), 209.

6. Jerry Bridges, *Disciplines of Grace* (Colorado Springs: NavPress, 1994), 21.

7. John Owen, *Sin and Temptation* (Portland: Multnomah, 1983, repr. Vancouver, B.C.: Regent Collage, 1995), 36–37.

Capítulo 9

1. Tomado del *Dictionary of Paul and His Letters*, 172–173, "Un próspero centro de comercio para marineros, el Corinto griego obviamente fue conocido por su vicio, especialmente por su corrupción sexual, y por los muchos templos y ritos religiosos. Aristofánes (c. 450–385 a.C.) hasta acuñó el término korinthiazesthai ("actuar como un corintio," o "cometer la fornicación") a la luz de la reputación que tenía la ciudad. Platón usó la frase "mujer corintia" como un eufemismo para una prostituta. Y aunque se cuestiona la validez histórica, el registro de Strabo de 1000 prostitutas en el templo de Afrodita sí refleja la imagen de la ciudad, en la cual muchos de los templos tuvieron parte en el tenor inmoral de la vida."

2. John F. MacArthur, *1 Corinthians Commentary* (Chicago: Moody Publishers, 1984), ix.

3. R.C. Sproul, *The Intimate Marriage* (Phillipsburg, NJ: P & R Publishing, 1975, reissue 2003), 89.

4. Sesenta por ciento de las visitas al Internet son de naturaleza sexual (MSNBC Survey 2000); actualmente, Hollywood saca 11,000 películas para adultos por año—más de veinte veces más que la producción de películas comerciales (LA Times Magazine, 2002); uno de cada cuatro adultos americanos encuestados en el 2002 admitieron de haber visto una película (pornográfica) en el último año. (National Opinion Research Letter); http://www.blazinggrace.org/pornstatistics.htm).

5. Uno de los retos más grandes al abrazar la perspectiva bíblica acerca del sexo en el matrimonio es que nuestra experiencia actual puede ser tan desalentadora y parecer ser tan desesperada. Puede ser que traigamos a nuestro matrimonio una gran culpabilidad o vergüenza por cosas que hemos hecho o cosas que nos han hecho en la vida. Y nuestras interacciones sexuales dentro del matrimonio a lo mejor fueran realizadas sin amor, por manipulación, o motivadas por la lujuria. Estas luchas son reales y poderosas. Mi esperanza es que este capítulo les dé una visión para lo que PUDIERA ser el sexo, y que empiecen a trabajar juntos para realizar una mejor experiencia cada vez más. Si hay una sola cosa que sé es esta, que el poder transformador del evangelio puede alcanzar a cualquiera relación o experiencia y llenarla de vida y gozo donde antes sólo había derrota y remordimiento.

6. John Piper, *Desiring God* (Sisters, OR: Multnomah, 1996), 175.

7. C.J. Mahaney, Sex, Romance and the Glory of God: What Every Christian Husband needs to Know (Wheaton, IL: Crossway Books, 2004), 79

8. Gary and Betsy Ricucci, *Love That Lasts: When Marriage Meets Grace* (Wheaton, IL: Good News-Crossway Books, 2006), 117.

Capítulo 10

1. J.I. Packer, *A Quest for Godliness* (Wheaton, IL: Crossway Books, 1990, repr. Richard Baxter, Works IV: 234, The Poor Man's Family Book, 1674).

2. D.A. Carson, *How Long, O Lord?* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1990), 109.

3. C.S. Lewis, *A Grief Observed* (New York: Harper Collins, 1961), 3.

4. John Piper (sermón, Bethlehem Baptist Church, Minneapolis, MN, 6 de septiembre, 1992).

5. Citado por Randy Alcorn *In Light of Eternity* (Colorado Springs, CO: Waterbrook Press, 1999), 137.

6. C.H. Spurgeon, *The Marriage of the Lamb,* no. 2096 (sermón, Metropolitan Tabernacle, Newington, England, el día del Señor, 21 de julio, 1889).

Dave Harvey es el pastor principal de la iglesia Covenant Fellowship localizada en Glen Mills, Pensilvania, que forma parte de una familia de iglesias llamada Ministerios Gracia Soberana. Además, como miembro del equipo de liderazgo de estos ministerios, Dave sirve a las iglesias en el noreste de los Estados Unidos, supervisando la vida cristiana práctica, las misiones y las estrategias para establecer iglesias. También dirige el involucramiento de los continentes de Europa, África y partes de Asia. Dave recibió su Doctorado de Ministerio en Cuidado Pastoral del Westminster Theological Seminary (Seminario Teológico de Westminster) en el 2001. Ha escrito tres folletos para la serie de Perspectivas de Gracia Soberana y ha contribuido al libro, “Why Small Groups?” (“Por qué existen las células?”)

Mission Statement

Shepherd Press is committed to providing God's people with solid biblical books and materials. Our material seeks to have two qualities that make them unique and spiritually satisfying:

First, they focus on heart issues rather than performance issues. Authentic change works from the inside out. The resources you will find here focus on the "abundance of the heart", not just performance.

Second, the material you will find here maintains the centrality of the gospel. The riches of the gospel go deeper than the assurance of sins forgiven and eternal life (as indescribably wonderful as that is). The message of the gospel includes not just forgiveness of sin, but also radical, internal transformation and empowerment to live in the ways God calls us to live.

At Shepherd Press we look for materials that serve both of these ends. They will enable us to identify the idols of the heart that pollute our service to Christ, keeping us mired in sin, unable to obey God. They will also encourage us that we can "do all things through Christ who gives [us] strength." They will remind us that the gospel is for Christians. We daily repent and cast ourselves on the abundant grace of Jesus Christ.

Our prayer and expectation is that the things you find here will help you identify and respond to areas of personal and family needs with the certain hope of grace and empowerment from God.

Info

Cuando Pecadores Dicen “Acepto”

Trade Paperback: ISBN 978-0-9824387-1-8

eBook

ePub: ISBN 978-1-936908-707

Mobi: ISBN 978-1-936908-714

Texto en cursiva o negrita dentro de citas bíblicas indica énfasis agregado.

Diseño de página y composición tipográfica por Lakeside Design Plus

Diseño de portada por Tobias Outerwear for Books

Publicado en los Estados Unidos de América

eBook Access: Shepherd Press eBooks

Visit Shepherd Press for other important books, videos, audio-books.